

H U M O

(YO MISMO)

Vicente Medina



AÑO MCMXXII

0487

3-A-33

Huano.

(YO MISMO)

VICENTE MEDINA

Archivo M. Murcia



1008331
3-A-33



R. 10.575

Obras de Vicente Medina

POESÍA Volúmen de 512 páginas. Contiene toda la labor poética del autor hasta 1908, con doce juicios críticos de escritores ilustres.

LA CANCION DE LA HUERTA. Aires murcianos - Ilustraciones fotográficas de paisajes y costumbres de la huerta, tomadas del natural por el mismo autor.

LA CANCION DE LA VIDA Poesías con autobiografía.

ALMA DEL PUEBLO Primeros ensayos poéticos.

LA CANCION DE LA MUERTE Cuadros en prosa - Páginas de intenso pesimismo.

ABONICO Poesía - Las cartas del emigrante Nuevos Aires murcianos.

CANCIONES DE LA GUERRA Poesía. Piadosa lamentación, queja angustiosa, protesta airada contra la locura sangrienta de los hombres. Esto es este libro.

TEATRO

El Rentó

La sombra del hijo

El alma del molino

¡Lorenzo...!

OBRAS DRAMATICAS INÉDITAS

La pena duerme

La copla triste

El calor del hogar

En lo obscuro

Los pájaros

La fiesta del mar

El canto de las lechuzas

HUMO

(YO MISMO)

Colección
de las
Obras Completas
de

VICENTE MEDINA

Editadas
por el propio
autor

VIII

Rosario de Santa Fé

(República Argentina)

Año 1921

ESE HUMITO...

Sé que pronto llegará, quizá, el momento en que este libro mío, y todos mis otros libros, me parecerán verdadero «Humo»...

Me doy prisa, por eso, á componerlos, dando la posible persistencia á este humo... á esta débil columnita azuleada, blanca ó negra...

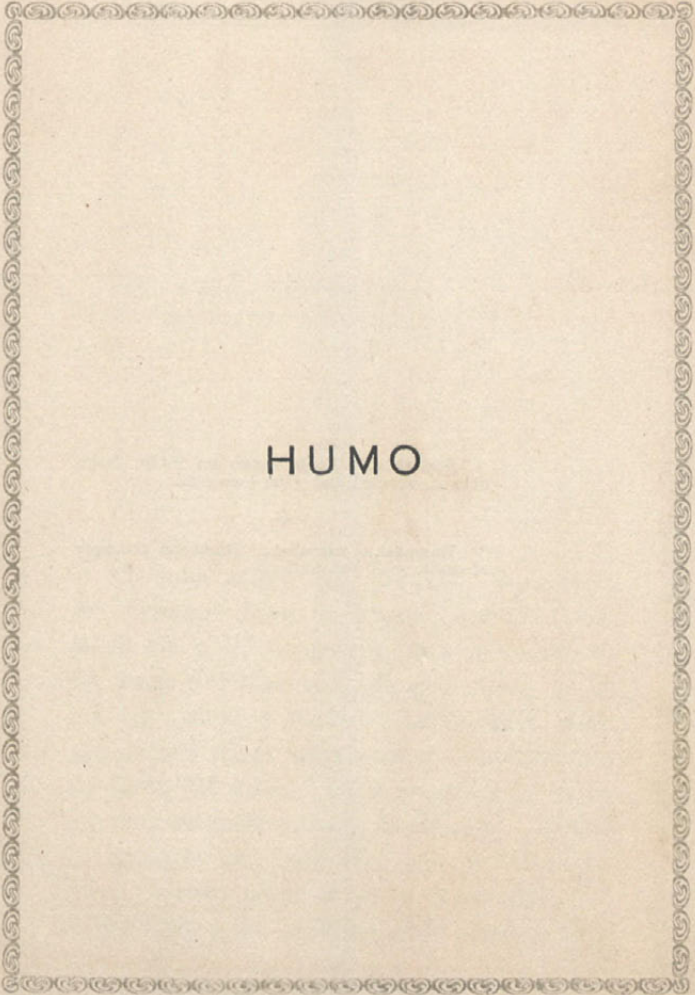
La mayoría de las cosas son eso: ¡un humito!...



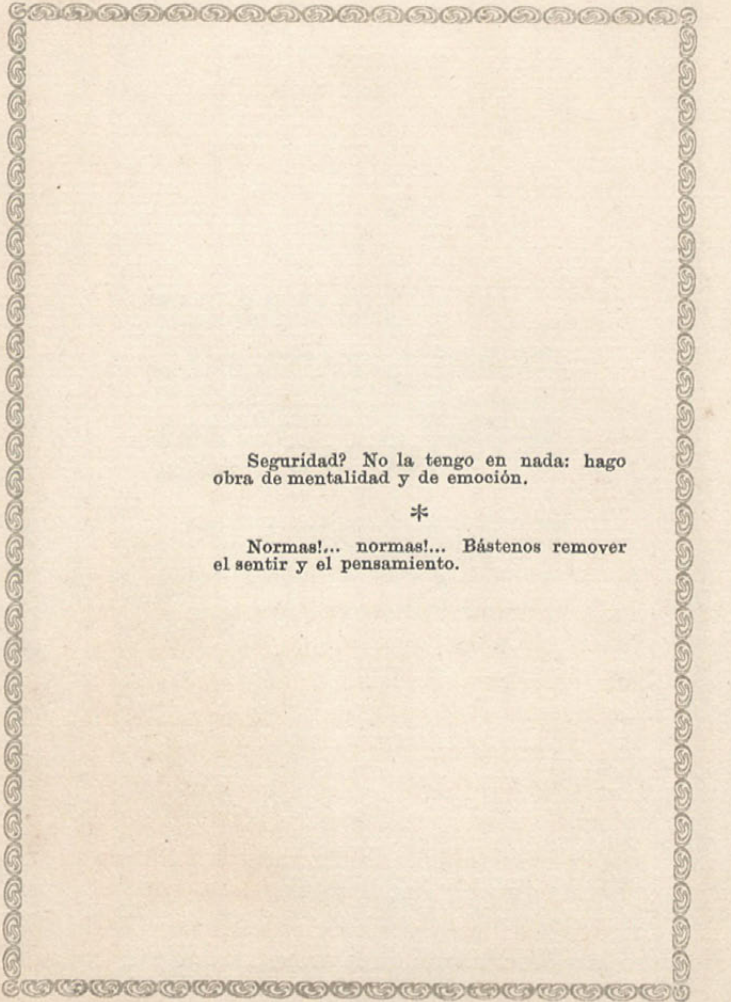
Además, ya empiezo á sentirme como esos niños que han dibujado con tiza un paisaje en un pizarrón: terminado el cuadro, la mano está nerviosa por borrarlo y comenzar otro...

¡Si se pudiese borrar una vida y comenzar otra!...

DERECHOS RESERVADOS

A decorative border with a repeating scroll-like pattern surrounds the central text.

HUMO



Seguridad? No la tengo en nada: hago
obra de mentalidad y de emoción.

*

Normas!... normas!... Bástenos remover
el sentir y el pensamiento.

De mí mismo (1)

MI buen amigo A. Pikhart, Secretario del Tribunal Civil de Praga (Austria-Bohemia), me pidió unos renglones sobre mi vida, para publicarlos en lengua **checa**, a la vez que diera a conocer, traducidos, algunos de mis **Aires murcianos** y composiciones de **Alma del pueblo**. Para complacerle y, de seguro, extendiéndome demasiado, escribí la presente autobiografía que, a falta de otros méritos, tiene el de la sinceridad.

Perdone, pues, el lector si le canso y abu-

(1) Prólogo de mi libro "La canción de la vida".

rro con esta prosa que, para mí, también tiene su poesía y que bien podría titularse **La canción del poeta.**

Mi padre fué de clase modestísima y desempeñó los oficios más humildes: de mozo, iba al monte por leña, que traía a sus espaldas, y estuvo sirviendo de mozo de labranza en casa de unos parientes suyos; pero era despejado y se propuso dedicarse a trabajos menos penosos. Entonces aprendió, por las noches, a leer, escribir y contar, y se dedicó a dar lecciones en las casas de campo. Se despertó en él mucha afición a la lectura de romances e historias, y leía cuanto pillaba, gastando sus pequeños ahorros en papeles de estos.

Después fué camarero y empleado en alguna oficina del balneario de Archena (Murcia) nuestro pueblo natal, y en vista de su gran afición a los libros, el administrador del balneario le aconsejó que pidiese algunos a Madrid y pusiese en el balneario un puestecito de ellos. Así lo hizo; luego pidió periódicos también, y yo, que entonces tenía unos ochos años, vendía los periódicos

dicos con mi padre, por la calle, las fondas y los cafés, voceando: **La Correspondencia, El Imparcial, El Globo...** Esto era por el año 75; yo nací el 27 de Octubre del 66.

Desde los ocho años a los trece, vendí periódicos en la calle y libros en el puesto, yendo con mi padre, durante los meses en que se cerraba el balneario, a vender libros y romances a los pueblos de la comarca. Estas escursiones las hacíamos a pié y con el ható a cuestas; alguna vez hicimos jornadas de ocho y doce leguas.

A la necesidad de andar siempre entre libros y periódicos se debió mi afición; yo leía mucho para matar el tiempo en mi puestecito, y a los trece años, ya había leído repetidas veces las obras de nuestros más populares poetas y novelistas, así como las de algunos extranjerós ya traducidos entonces: Zorrilla, Espronceda, Becquer, Narciso Serra, Campoamor, Núñez de Arce, Fernández y González, Alarcón, Valera, Trueba, Balzac, Lamartine, Victor Hugo, Zola, Dikens, Julio Verne...

Pero, es natural, todo desflorado, saltan-

do lo que me cansaba, cosas buenas sin digerirlas bien.... Estas lecturas, sin embargo, dejaron en mí excelente disposición.

Entonces ya, a los trece años, fui poeta de original modo: empecé a sentir esos amores deliciosos de la niñez en que se tiene novia sin declararse a ella, tal vez sin hablar con ella tampoco, quizás sin mirarla. Se dice a los amigos, sintiendo profunda emoción, furtivamente, con gran misterio: "¡Aquella es mi novia, la del vestido azul!" y se añade: "No mires, que puede mirar, no sabe todavía que la quiero!..."

Pues entonces leía yo con mucho afán mis poetas favoritos, y así que encontraba en ellos unos versos que eran aproximada expresión de mi estado de ánimo, de mi sentir, ya los estaba copiando y, firmados por mí, los enviaba a la niña del vestidito azul...

A los trece años me mandaron mis padres a Madrid, con el buen deseo de hacer de mí un hombre de provecho.

Fuí a casa de un señor, Procurador de los

Tribunales, para hacer compañía a un hijo suyo, ir al colegio y a paseo con él y, según propuso a mi padre, estudiar yo, al mismo tiempo, una carrerita corta.. Efectivamente: acompañaba al muchacho, llevaba las togas de los abogados al palacio de Justicia y me dedicaba en la casa a ocupaciones bien humildes.... Por las mañanas embetunaba tres o cuatro pares de botas, luego iba al mercado con la señora, llevando la cesta de la compra, algunas veces acarreaba el agua, trayendo un cántaro a hombros desde una fuente de la vecindad...

Comprendí cuál iba a ser mi carrera en aquella casa, un día que el procurador me dijo incomodado, porque no le había limpiado las botas a su gusto: “No vas a ser nunca nada! Es necesario que aprendas bien a dar betún, que luego cuando vayas al servicio y seas asistente, no te pesará”.

Me marché de la casa del procurador.

Un día me preguntaron unos señores protectores míos: “¿En qué quieres ocuparte? qué quieres ser?”. Y recuerdo que les respondí con la mayor candidez del mun-

do: "Yo quisiera ser artista." Se sonrieron bondadosamente:

—¿Artista? pero qué? músico? pintor?... qué sabes?

—Nada, pero yo aprendería.

Me hicieron comprender que el camino del arte era espinoso, lleno de amarguras y privaciones, y me colocaron en un comercio... que prometía más.

En el comercio compraban periódicos atrasados para envolver; yo aprovechaba cuantos momentos podía para cortar y coleccionar los folletines que, a escondidas, leía por los rincones ávidamente... Al año y pico me dejé el comercio, no era aquello para mí... Regresé al pueblo.

La noche de Sábado Santo, en la huerta, los novios ponen a las novias enramadas de flores a la reja... Yo que tenía entonces dieciseis años, también llené de flores una ventana... ¡y entre las flores esparcí versos! Eran los primeros que hacía, defectuosos, pero espontáneos, sentidos... En ellos encomendaba a las flores que hablasen por mí, que confesasen mi ternura a la ni-

ña que dormía, en tanto que yo llenaba su ventana de versos y flores...

A partir de entonces hice muchos versos, pero malos, incorrectos, disparatados... In-crustaba en ellos muchas palabras por lo bonitamente que me sonaban y no porque racionalmente se debían emplear.... Desconocía en absoluto (y desconozco aún oficialmente), la retórica y poética... así tenía yo teorías maravillosas como la de creer que hacer versos libres, era hacerlos a capricho y con entera libertad de metro y rima!

Con una mediana instrucción y después de haber sido nuevamente vendedor de libros y algunos meses mancebo de botica, a los 18 años ingresé voluntariamente en el servicio militar... En los cuerpos de guardia y en las oficinas hacía versos siempre, aún muy malos; pero ya eran leídos algunos y se me tenía como poeta. ¡Oh suspirado título!

Entonces escribí un drama en tres actos larguísimos... ¡más de cinco mil versos en octavas reales, quintillas, redondillas, se-

guidillas!... Cuando pienso que aquello estuvo a punto de estrenarse!...

Fuí a Filipinas en donde estuve poco más de un año... mi gusto literario se depuraba lentamente... No tenía quien me aconsejara y dirigiese... Yo buscaba con afán alguien que, después de leer un trabajo mío, me digese con claro juicio: "Esto es malo... esto es bueno... es bueno o malo, por tal o cual cosa." Pero no encontraba este censor y maestro soñado por mí; en cambio tropezaba con los que hablan mucho siempre y nunca dicen nada:

—¿Qué me dice usted? Hable usted sin reparo.... No le importe señalarme defectos... Yo deseo corregirme y aprender.

—Pues le diré a usted, ¡claro! en la composición se nota inexperiencia ¡es natural! usted principia ahora... tiene defectillos, incorrecciones... pero algunas cosas son bonitas...

—¿Es larga la composición...

—Tal vez.

—¿El cambio de metro....

—Acaso.

—¡Las asonancias....

—Sí, puede ser.

—¡Entonces....

—Usted escriba... escriba y emborrone mucho papel, que así es como se aprende.

—Muchas gracias.

Regresé de Filipinas, tomé la licencia y volví al pueblo. Tenía entonces 24 años.

Traté de vivir con un pequeño comercio de tejidos en otro pueblo cercano, adonde iba con un borriquillo que me llevaba la carga. No pude sostener mucho tiempo aquel lujo de caballería, porque era demasiado gasto el del pienso, y no me quedó otro camino que llevar yo mismo mi fardo a cuestras.... A pesar de la economía y de andar a diario de tres a cuatro leguas con mi tienda al hombro, no podía vivir y tuve que emprender nuevos derroteros.

Hice mi corto equipaje y, con los primeros cuadernos de algunas obras de casas editoriales de Barcelona, y resuelto a embarcarme para Orán (Argelia francesa) en donde pensaba dedicarme al negocio de subscripciones o a lo que fuese, vine a Cartage-

na; pero algunos buenos amigos de aquí me disuadieron de seguir tal aventura, aconsejándome que me quedase en esta ciudad donde me ayudarían para que hallase un destino. Así lo hice y, después de un mes de apurillos y desalientos en que estuve a punto hasta de hacerme carabinero, encontré colocación en una oficina comercial cuyo dueño era propietario a la vez de dos periódicos: **La Gaceta minera** y **El Diario de Cartagena**. En la redacción de este último conocí a José García Vaso, crítico literario, futuro abogado entonces, joven y de ideales como los míos... Desde aquel momento se hizo mi orientación literaria.

—Deseo que lea usted mis versos y me aconseje, — le digo.

—Tráigalo usted todo y lo veremos.

Le llevé dos o tres cuadernos y un paquete de cuartillas... su franca naturalidad me había conquistado, simpatizamos en seguida... Leía... sus observaciones eran claras, precisas, resueltas... me explicaba el suspirado por qué de las cosas:

—Esto es malo, de mal gusto, por ésto.

Aquí hay una idea bonita, pero la forma es deplorable... Esto está confuso, esto es anodino, aquí la contradicción es evidente... Asonanta usted versos impares, estas asonancias dentro de verso perjudican...

Y continuaba:

—Hiatos, cacofonías!... nada, nada!... esto hay que limpiarlo mucho... estas trasposiciones y estas ampulósidades no pueden ser... Sencillez, naturalidad, espontaneidad de la frase, como aquí, este cantar es muy bonito:

“No he tenido carta tuya,
pero de mi madre sí...

¡y aún no le he escrito a mi madre
y otra vez te escribo a tí!”

Este cantar lo escribía yo en una carta, desde el Archipiélago Filipino, a la niña del vestidito azul, que ya me había olvidado...

Mis composiciones, en su mayoría, creo que todas, están tomadas de la realidad, de mí, de otros, vividas, sentidas, lloradas... Sentí **Murria** en Filipinas, **Cubierta de flores** es la historia de aquel amor que me hi-

zo poeta, ¡Tóico! una verdad amarga de aquella misma historia...

A partir de mi conocimiento con García Vaso, me dejé arrebatar por mi pasión literaria, que era más grande cada día, y escribí mucho y sin ton ni son: cuentos, artículos, versos cómicos o tristes... En prosa, imitaciones de Selgas; en verso, imitaciones de Rueda, Campoamor y otros.. Todo aquello lo veía Vaso y podía pasar por el momento; pero no se podía señalar en aquellos escritos nada saliente, original, personalidad literaria... Solo, de vez en cuando, alguna nota sincera, sentida... algún arranque impetuoso....

En lo que más alabanzas obtuve de Vaso, fué en los cantares; esto y el entusiasmo que yo había sentido siempre por Trueba, me inclinaron a la poesía popular.

También hice algunas composiciones de espíritu social moderno, que le gustaron a mi amigo: son las que componen el grupo de **Sectarias** en **Alma del pueblo**.

A todo esto, mis producciones solo se publicaban y conocían en la prensa local

de Cartagena: **El Diario de Cartagena, El Republicano, Cartagena, Las Noticias** y ¿....? Este último, semanario satírico fundado por Vaso, otros amigos y yo.

En aquella época y desde hacía bastante tiempo, me hormigueaba el deseo de escribir una obra dramática de costumbres murcianas y en el lenguaje típico de la huerta. Ya con Vaso había intentado yo hacer algo de esto en colaboración; pero nos desanimamos al ver que Feliú Codina estrenaba **María del Carmen** con un argumento parecido al que nosotros íbamos a emplear. Entonces fué cuando concebí **El rento** y empecé a madurar su plan. Yo sentía un cariño que rayaba en ternura, por el lenguaje típico murciano, y se explica este sentimiento porque aquél era mi lenguaje natal y porque en Madrid, cuando me carcomían las primeras y más hondas nostalgias de la tierra, lo evocaba leyendo **El panocho**, periodiquín en verso y en lengua huertana, publicado en Murcia. Por cierto que me indignaba al leerlo, muchas veces, porque el periodiquín, que era cómico, exageraba el lenguaje de los

huertanos, afeándolo y haciéndolo ridículo.

—Es lástima! — exclamaba yo — estropean un lenguaje que es puro, delicado, tierno....

Cuando tuve esbozado **El rento**, me propuse hacer unos estudios del lenguaje que iba a emplear en él, escribiendo algunos romances en el habla de la huerta. El primero de estos romances fué **La barraca**, y animado por el éxito que alcanzó entre mis amigos, le siguieron **En la cieca**, **La novia del sordao**, **Isabelica la Guapa**, **Carmencica**... Gustaban siempre y me animé. Habían nacido los **Aires murcianos**. Terminé **El rento** y se estrenó en Cartagena con el título de "Santa", por vía de ensayo. Gustó en general, y, con la experiencia de la representación, lo corregí cuidadosamente.

Desde entonces quedó definido claramente mi carácter literario. Géneros: la poesía y la dramática. Escuela: la naturalista. Asuntos: la vida actual, sus luchas, sus dolores, sus tristezas. Tendencias: radicales. En mi labor, dos literaturas, al parecer: re-

gional y general; a mi entender, una sola: la popular.

Hice una edición de **El rento** de 100 ejemplares: vendí 50 de estos a los amigos para pagar la tirada, y los 50 restantes los envié a los críticos y a la prensa de gran circulación. A los dos o tres días, José Martínez Ruiz (que luego ha sido Azorin) salía en **El Progreso** con un artículo elogiándome mucho como autor dramático, y me escribía, una carta cariñosa. Esto me alentó y le envié un paquete de mis versos en recortes de periódicos de Cartagena. Sin hacerse esperar, publicó un segundo artículo en **El Progreso** alabando mis poesías, me dió a conocer entre sus relaciones literarias y me brindó las columnas de **Madrid Cómicó**.

Todo marchaba bien.... Publiqué entonces un tomo de **Aires murcianos** y, a poco, el editor Bernardo Rodríguez Serra, hizo de **Aires murcianos** también, el primer tomo de su biblioteca Mignón. Por este librito, realmente, me dí a conocer y de él hablaron con excesiva bondad Bonafoux, Leopoldo

Alas (Clarín), Urbano Gonzalez Serrano, Pedro Corominas y otros.

Alcanzados tales éxitos, abrigué la ilusión (¡oh vanos sueños!) de vivir de mis trabajos literarios, y entregado a ellos exclusivamente con la calma y atención que requerían; pero, aunque la intención era excelente y mis aspiraciones bien modestas, no he conseguido sacar los piés del plato. Vivo y sostengo mi familia, como entonces, trabajando ocho o nueve horas diarias en dos oficinas, una comercial y otra del Estado, con lo que reuno el modesto sueldo de 200 pesetas mensuales.

Desde aquella época he producido, además de los libros que se conocen, tres tomos de poesías y varias obras dramáticas, aún sin editar.

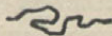
Tenía la esperanza de que, con los rendimientos de una obra dramática que tuviese éxito, podría emanciparme; pero no consigo lo principal, que es estrenar obras en Madrid.

En cuanto a los libros, no se venden; excepto el tomo **Mignon**, todos están editados

por mi cuenta y ellos se comen, no solamente lo poco que cobro por la publicación de versos en periódicos y revistas, sino algo también de lo que gano escribiendo cartas comerciales y haciendo guarismos y facturas.

En estos momentos acabo de editar **El alma del molino**, drama de costumbres murcianas... ¡Para ayudarme a pagar la edición, escribiré una cartita a treinta o cuarenta amigos (creo que no son tantos los que tengo) rogándoles que acepten un ejemplar de la obrita y me envíen su importe de una peseta!

Cartagena 19 de Mayo de 1902.



No contaré grandezas

MI autobiografía anterior data de veinte años atrás, y, hoy, al seguir con estas notas “de mí mismo”, quiero comenzar diciendo que no contaré grandezas.

Y no diré—como es costumbre—“siento no poder contar grandezas”, pues me avergonzaría de tenerlas que contar...

Una persona que yo quiero mucho y que ha sido muy pobre, tiene ahora una casita suya y me dice: “No me acostumbro a creer que es mía”....

Hay quien ha nacido para pobre y aun-

que tenga una casita o varias casas, sigue siendo pobre.

Sentimiento de humildad, diremos; pero acaso mejor observado digamos "sentimiento de justicia".

Y por eso, quizás,^{es} por lo que yo me avergonzaría de tener que contar grandezas.

La debilidad, el desamparo, de un niño descalzito, de un anciano, de un enfermo, de una pobre madre, me arrancan siempre un rugido de indignación y me revuelvo airado, ciertamente sin saber contra quién: unas veces miro al cielo... otras veces miro los hombres y sus grandezas...

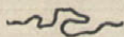
Existe un sentimiento de decencia, que por los mismos que no lo sienten se admite como detalle de una delicada educación, y es el de no aceptar sumisiones y acatamientos excesivos, declinando títulos, tratamientos y honores.

Otra manifestación laudable, (no de muchos, tristemente,) inspirada también por ese sentimiento de decencia "de no querer ser más que otros", es ésta: Nos dá ver-

güenza estar con los brazos cruzados cuando los demás trabajan, y hacer en coche un camino por donde pobres gentes van fatigosas haciendo a pié su jornada, y comer en un lujoso restaurant viendo, a través de los biselados vidrios, rostros escuálidos que nos miran hambrientos...

Mi madre, cuando niños, nos solía decir: "Comeros esto... ¡pero aquí dentro, en casa!... Me dá pena ver los ojos de hambre con que os miran los chicos de ahí enfrente"....

Ciertamente también he conocido muchos que iban a propósito a comer su merienda y sus golosinas delante de otros pobres chicos para darles envidia.... ¡Y recuerdo siempre la cara idiota de los que comían y los ojos de hambre de los que alargaban el cuello!....



Cansera

¡ Pa qué quies que vaya? Pa ver cuatro pigas
 arroyás y pegás á la tierri de;
 pa ver los sarmientos mimes y mustros
 y canias her'cegas,
 sin me gramo, d' uva
 ni, tampoco, s'iquia, sombra de ella...
 pa ser el barranco,
 pa ver la luera,
 sin una matafa... ¡ pa ver que se embisten,
 de pedás, las heias!...
 Andá tú, si quieres,
 que á mi no me quere
 ni un soplo d' aliento,
 ni una onza de pierza,
 ni gomas de verane,
 ni de que me mienten, si quia, la rosecha...
 Andá tú, si quieres, que yo pue que nunca
 pise más la senda,
 ¡ ni pue que la pare, si no es que entre cuatro,
 ya muerto, me lleven!...
 Andá tú, si quieres...
 no he d' ir, por mi gusto, si en eris me lo ruegas,
 por esa sendia por onde se fueron,
 pa no volver nunca, tant'as cosas buenas...
 Esperanzas, quererres, sudores...
 ¡ to se fue por ella!...
 Por esa sendia se murió aquel hijo
 que murió en la guerra...
 Por esa sendia se fue la alegría...
 ¡ por esa sendia vinieron las penas!...
 No te eases, que no me remuevo.
 Andá tú, si quieres, ¡ y éjame que diréna,
 ¡ á ver si es pa siempre!... Si no me espetara...
 ¡ tengo una cansera!...

Vicente Medina

Vicente Medina

SIN duda el lector recuerda el nombre del poeta. No han pasado tantos años. Aún vivían los maestros a quienes había convertido en ídolos aquella generación que no había sentido su rostro flagelado por la vergüenza del fracaso nacional.... Eran los maestros Valera, Pereda, Clarín... Aún no se había suicidado Ganivet y todavía Joaquín Costa no había tenido ocasión de lanzar sus trenos ardorosos sobre las imbéciles muchedumbres. Había, sin embargo, ya en todos los ánimos una viva inquietud. Los políticos preten-

dían, en vano, tranquilizar a España, engañándola con aquella pertinacia de la última peseta y el último hombre, que encubría todas las imprevisiones.... Los buques sin cañones y sin proyectiles; las bahías de Manila y de la Habana sin minas; los territorios sublevados sin ferrocarriles y aún sin carreteras estratégicas; una diplomacia torpe y cobarde sin atreverse a desenmascarar a los Estados Unidos..., y, con las pocas balas que quedaban, se fusilaba a Rizal. (1).

Mala ocasión era aquella para que la nación produjera poetas. Menos, el poeta civil que todos pedíamos; la lira estremecida de indignación y de ira que hubiese arrastrado al pueblo a la Revolución vengadora que nuestros famosos revolucionarios no sabían ni querían encender. Ese poeta hubiese tenido que ser un coplero vulgar, un romancero de aldeas y cortijadas; porque nuestro pueblo, como no sabe leer, está aislado de toda dirección intelectual seria y cuando se convenza de que tiene que hacer una revolución, la hará de oídas, como aquella otra desdichada de

...en el puente de Alcolea
la batalla ganó Prim...;

(1) Pues hoy, á los veinte años de aquel entonces, estamos igual: Los moros á las puertas de Melilla, más de diez mil bajas y más de trescientos millones de pesetas de pérdidas, y la censura y el estado de sitio casi permanentes.

que no estuvo en Alcolea, ni se había aventurado a buscar a las tropas de Isabel II.

Y, sin embargo, en un semanario agonizante, casi ya sin lectores, se había publicado una poesía que nos había conturbado y estremecido a todos. Se titulaba *Cansera* y la firmaba un poeta desconocido: Vicente Medina.

¿No era acaso *Cansera* la mortal angustia que España padecía? Este poeta singular, ¿no había condensado en una veintena de versos, en llano lenguaje del pueblo, toda la intensidad dramática de aquel momento que vivía España? El labriego huertano dialoga con un personaje ignoto, con su propia mujer, acaso, que le incita a ir al campo a trabajar. ¿Para qué ir? Aquel símbolo de España siente el tremendo cansancio, el tedio insuperable de quien desbordó las energías de su vida en una intensa labor y al cabo de ella advierte que ha sido estéril su esfuerzo. ¿Para qué ir al campo?

... Pa ver cuatro espigas
arroyás y pegás a la tierra;
pa ver los sarmientos ruines y mustios
y esnúas las cepas,
sin un grano de uva...

Y en su desesperanza el huertano gime que no ha de volver a pasar por la senda que conduce a

su campo, por donde tantas veces cruzara alegre, riendo, cantando:

... por esa sendica por ande se fueron,
pa no volver nunca, tantas cosas buenas...
esperanzas, querer, sudores...

¡tó se fué por ella!...

Por esa sendica se marchó aquel hijo
que murió en la guerra....

Por esa sendica se fué la alegría...

¡por esa sendica vinieron las penas!...

Y esa senda era la Historia, cuyos últimos capítulos de grandeza escribíamos apresuradamente. Clarín consagró con un artículo al poeta novel. Pereda aseguró que Cansera le parecía una poesía genial. Maragall escribió palabras entusiastas. España, al fin, en aquellos días aciagos, en la tristeza de aquellas bajumbres, a las que no descendíamos, sino que rodábamos, tenía un poeta....

Pocas veces un nombre ha conquistado la fama tan prestamente. Arturo Reyes llevaba bastantes años de labor cuando Ortega Munilla le proclamó gran novelista y gran poeta; Gabriel y Galán no logró hasta su muerte conquistar nombradía fuera de los cenáculos literarios. Así otros muchos. Pero Vicente Medina había triunfado ruidosamente; Cansera había llegado al corazón de España. Era el éxito...

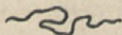
El éxito significaba para Vicente Medina tener que seguir ganando veinte duros mensuales en el Arsenal de Cartagena, como escribiente. Luego, en el resto del día, llevaba las cuentas de una fábrica y ganaba otros veinte duros. Le quedaba la noche para leer, estudiar y componer sus rimas. Tenía mujer; tenía hijos... España no sabía dar a su poeta más recompensa que los elogios de Clarín, que la admiración de Pereda y de Valera, que las palabras entusiastas de Maragall...

Y un día, hace años ya, supimos que Vicente Medina había hecho su hatillo y se había embarcado para la Argentina, persiguiendo la suerte que España le negaba. No iba, como Zorrilla a Méjico, en busca de la amistad de un Emperador, sino, como van los rudos emigrantes españoles, a que el dios Azar les cobije y les ampare y a que otro dios, más poderoso y milagrero todavía, el dios Esfuerzo, les enseñe las grutas y simas misteriosas donde la Fortuna esconde sus tesoros.

Y allá le llevó el Azar a Rosario de Santa Fé, y allá este hombre, templado en el yunque de tantas adversidades, trabaja y gana la vida de los suyos, con seguridades y amplitudes que en España no tuvo, y luego compone sus versos admirables.

“La Esfera” -8-IV-1916.

Dionisio Pérez



El poeta emigrado

TODOS los días finales de mes entra en el Consulado un hombre pequeño, vestido de gris, con barba del mismo color y gafas. Este hombre firma un papel que se llama "fe de vida", lo recoge cuidadosamente y se marcha. Ante las autoridades españolas ha demostrado que existe, y ello le permite cobrar allá, en España, una módica

pensión por no sé qué antiguos y modestos servicios. El hombre de gris y de la "fe de vida" es el poeta Vicente Medina. Un día, antes del despacho de su asunto, he tenido el placer de estrechar su mano como amigo. Conocía yo versos suyos leídos en la adolescencia; pero hacía tiempo que nada nuevo producido por él había caído en mis manos. Su persona, bondadosa y honorable en todos sentidos, me hubiera quizá inspirado viva simpatía tan sólo por ser poeta. He conversado con él largamente, y no sé por qué estas tranquilas charlas con Medina han sido para mí más intensas que la serie de charlas que por deber o por otras razones sostiene uno casi todos los días con hombres venidos de todos los rincones de España.

Vicente Medina es un ejemplo vivo del amor a la tierra nueva, por el recuerdo o por la nostalgia de la pérdida. El me explicaba este fenómeno, que todos los emigrados sienten, y pocos saben expresar, con un término original; él llama a esta modalidad de su espíritu "habitualidad". El hábito a la nueva tierra y a los nuevos hombres lo adquirió Medina con el dolor de la pérdida. El lo había dicho en unos versos profundos: "¡Que me abrigue mi cuerpo mi tierra!" Allá en Murcia, donde él pasó gran parte de su vida, quedó también la tierra que había de abrigar el cuerpo del poeta. Pero él supo después sentir el afecto a la nueva tierra. Como dice en otra ocasión, hablan-

do de su nueva vida, él también plantó un árbol, construyó una casa, y puso esperanzas en sus trabajos nuevos. De aquí nació la habitualidad suya, que es, en el fondo, un nuevo amor.

Vicente Medina es un hombre original y de una duplicidad sentimental excepcional. Todas las mañanas lo veo pasar frente a mi oficina de vuelta de la suya. El es contador de una gran casa de comercio, y este hombre, metido entre números y facturas, conserva, a pesar de ello y quizá por ello mismo, un espíritu de poeta completamente juvenil. Me lo decía días pasados, comentando las pequeñas cosas cotidianas. Lo único que, a su juicio, ha marcado en él una superioridad, ha sido el haber sentido toda su vida la necesidad de escribir versos.

Los versos le salen de adentro... Y, sin embargo, Medina es el tipo del emigrante aprovechado y ahorrador. Hoy el poeta sería en España un hombre acomodado, casi rico. Tiene una casa-quinta, rodeada de un jardín y una huerta. El ha puesto en ella una infinidad de detalles que recuerdan a España. Los días de descanso toma su coche y va a su finca. Es una huerta murciana en la Argentina. Allí escribe sus versos, que él publica en ediciones esmeradas. Esos libros de versos, sus lecturas y alguna charla furtiva con un amigo que le hable de estas cosas son el manjar espiritual del poeta emigrado.

Yo he hablado con Medina con una viva simpatía. No sé por qué el espíritu del emigrado pone entre los que lo sienten un nuevo punto de contacto. El cronista es como el poeta, un emigrado, aunque de excepción. Y es el caso que los emigrados, cuando hablamos de allá, lo hacemos siempre con el mismo criterio, hasta con la misma entonación de voz. Siempre hablamos de "allá". El allá lo siente Medina intensamente, tan intensamente, que aún escribe el poeta versos murcianos en la llanura argentina, como este reciente:

"Mira qué ilusiones,
nenica: me pienso
que estás más bonita
cuanti más te beso".

Medina se ha interesado también por mi manera de ver estas cosas. Yo le he dicho, al uso clásico, que abundo en su manera de sentir las; pero que tantos vaivenes va dando uno por el mundo, sin saber adónde ni hasta cuándo, que es difícil que en mí las sensaciones, a fuerza de ser variadas, tengan la nitidez de las suyas. Creo en efecto, que Medina, que plantó un árbol y recogió los frutos de su huerta de la ciudad de Rosa-

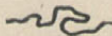
rio de Santa Fe, donde él vive, "siente" más la Argentina que el cronista que no tiene tiempo de sembrar nada, ni mucho menos de recoger frutos.

Y así, de esta forma, hablando de Vicente Medina, más como hombre que como poeta, le extiende ante sus lectores españoles, y especialmente ante los murcianos, una nueva "fe de vida", ¡y de una vida, en una nueva tierra!

Tomás Sierra

(Cónsul de España)

Rosario, Abril 1920 — "A. B. C." No. 5454.



Letras españolas

en América

VICENTE Medina llegará hoy a Buenos Aires.

Vicente Medina no puede ser tratado con la despreocupación ya tradicional en la crítica. Merece más, porque no es "un" poeta, sino "el" poeta de un momento de la vida española, "el" poeta que ha compendiado en sus elegías toda la honda, amarga y desgarradora tristeza de una decadencia nacional.

La poesía, ya hoy, debe de entenderse como una floración espiritual de todo cuanto de bello y de grande hay en el alma de una raza. Épica, si el pueblo es fuerte; elegiaca si, vencido por la implacabilidad de un destino adverso, cae en la inercia del abatimiento, dejándose llevar por el sentimiento dominante. Gloriosa y dominadora la Alemania de 1870, necesitaba toda la sonoridad de un Wagner, ese poeta épico de la armonía. Carducci, en la misma época, representaba la autoridad de una nación que se constituía para nobles destinos. España, cuando llegó su momento de prueba, cuando cayó vencida, no tuvo el genio de un Guerra Junqueiro que en un postrer esfuerzo dignificador lanzara al rostro del triunfante el salvazo de befa y abofeteara en rimas candentes a los traidores. Tan grande fué el dolor, tan dolorosa la impresión de la formidable caída, que toda su vitalidad se diluyó en los ayes de las madres angustiadas, en el gemido de los enfermos que agonizaban añorando su tierra. La energía nacional se diluyó en un gesto vago, y por eso el genio que sintetizó toda la confusión de aquel duro momento fué el "genio del llanto", que "Clarín" descubrió animando de una extraña vida los versos de Vicente Medina.



Entre todos los que en España, desde hace algunos años, prodigan su actividad en la poesía, nin-

guno había conseguido ser tan sincero como ese que, inesperadamente, surgió en Murcia diciendo la infinita tristeza del alma nacional. Cuando apareció "Cansera", — es necesario decirlo, — la literatura española hizo un alto en su camino, señalando una nueva etapa vencida. No porque su autor trajera una modalidad completamente nueva, no porque innovara la técnica tradicional, sino porque sin salir de lo acostumbrado, de lo corriente, en la lengua sencilla de los huertanos, supo expresar acabadamente los sentimientos tumultuosos que en aquellos tristes días agitaban el alma de su pueblo.

Las literaturas caminan por el sentimiento, es decir, por las ideas, cuando los poetas saben interpretar con exactitud lo que en un momento preciso anhela y siente la colectividad. Cuando la multitud cambia de ideales, obligada por las contingencias múltiples de la vida, la literatura, y especialmente la poesía, parece detenerse, como en una angustiosa expectativa. Y hasta que el poeta surge, la poesía no vuelve a andar; pero, cuando lo hace, ya va transfigurada por el soplo vital de las nuevas ideas, encaminada hacia horizontes más amplios y más hermosos.

En España la poesía vegetó tristemente durante largos años, en manos de los poetas menores. Desde que fracasaron ciertas ideas de libertad, puédesse asegurar que no tuvo poetas. Los so-

brevivientes de días pasados trabajaban muy poco, lo bastante para no morir en el olvido. La coronación de Zorrilla, en Granada, fué la postrer fulguración del génio romántico. Los que le sucedieron no habían podido amalgamar sus deseos personales con las necesidades colectivas. Rueda, Ferrari, Velarde, unos cuantos más, andaban perdidos acá y acullá, extraños a todo lo que les rodeaba, como si la poesía hubiera dejado de ser el sacerdocio civil por excelencia.

Entretanto, los acontecimientos políticos y sociales se sucedían, vertiginosamente, desplazando los viejos ideales colectivos. España no solamente dejaba de ser fuerte en la realidad de los hechos, sino que día a día se infiltraba en su espíritu el doloroso convencimiento de la implacable debilidad. Y cuando, después de una pasajera excitación, último sacudimiento del glorioso poder ya en agonía, vino el desastre, todo asomo de energía quedó desechado. La tristeza fué reina y señora en el espíritu español.

En ese preciso instante se produjo el acontecimiento esperado: la aparición del poeta, como ocurre en todos los momentos en que el pueblo necesita las luces espirituales del genio.

Apareció el poeta con aquella elegía ya citada, con aquella "Cansera", lamentación amargurada de todo un pueblo incapaz de energía. Aquel labrador, aquel viejo a quien no le queda "ni un so-

plo de aliento — ni una onza de fuerza”, es, en verdad, la exacta representación de nuestro pueblo después de la guerra. Como el personaje a quien Medina dió vida con cuatro rasgos de pluma, el pueblo español no podía ya erguirse como en los viejos tiempos. Abatido por el golpe, más feroz cuanto más inesperado, se dejó caer sobre el surco, repitiendo la lamentación tristísima... Era un cansancio de siglos; era el abatimiento de la larga jornada cuyo resultado no se adivina; era el dolor sin nombre del que ha fracasado en su empeño, para llegar a la vejez con el duelo en el alma y el cansancio en el cuerpo.

“Cansera” fué comprendida. Y la crítica y el público ribalizaron en aplausos hacia el poeta fiel intérprete del dolor de la raza. “Clarín” dijo que era una poesía admirable, “una de las más “reales” poesías de la lírica española en el siglo XIX”, Unamuno, Pereda, Valera, Azorín, González Serrano, Maragall, la plana mayor de la intelectualidad hispana, abundaron en francos elogios. Y el público, ese buen público, tan calumniado por los innovadores, por los “raros” que no saben llegar al alma popular, tributó a Medina su glorificación, aprendiendo de memoria sus “Aires murcianos”.

¿Efectos del momento, acaso? No, porque hoy, diez años más tarde, esa poesía y las otras que la sucedieron en aquel instante de dolor colectivo,

viven aún, y vivirán, para siempre incorporadas al tesoro de la lírica española, pues han sido una necesidad de su tiempo y como tales han de quedar, no como el capricho pasajero de un rimador a caza de emociones.

Medina pudo ser el poeta que se nos demostró más tarde, porque su frente de niño fué oreada por el viento de la miseria; porque en la escuela de la desgracia aprendió a sufrir; porque antes de dar vida a imaginarios personajes, viviola él mismo; porque, en fin, cuando se dispuso a escribir obedeció a una fuerza superior que le impulsaba a volcar en el papel todo lo que en sus años había recogido, en esa floración de tristezas, de alegrías, de esperanzas y desengaños que perfuman a ambos lados de la senda misteriosa.

Hijo del pueblo, vendedor de periódicos en su niñez, mozo de tienda, mancebo de botica, soldado a los dieciocho años, guerrillero en Filipinas, trabajador obstinado, constante, pertinaz, ha padecido mucho. Los dolores del pueblo conócelos todos; de ahí que sus composiciones tengan ese fondo de tristeza y decepción que las distingue aún en aquellas mismas que cantan a la vida.



El alma del pueblo murciano ha sido sorprendida en sus momentos más álgidos por este poeta que ha hecho de la humanidad el objeto primor-

dial de sus divagaciones, pues no solamente llega a dar la fiel nota psicológica, pintando tipos y describiendo caracteres, sino que es exacto en lo gráfico y sencillo de la expresión, en la manera ingénua de decir.

Su léxico es fácil, corriente; usa las palabras vulgares, hace la idea accesible a todos los entendimientos, sin necesidad de gimnasias mentales.

De esta manera fácil y simple están escritos los "Aires murcianos" y "La canción de la huerta", donde palpita y vive, no solamente Murcia, ni tampoco España, sino toda la humanidad.

Recuérdese aquella "Canción triste" y diga quien la haya leído si no es esa una poesía verdaderamente universal, perfectamente comprensible en cualquier parte del mundo, allí donde un hombre suspire, preso de la añoranza, recordando algo que ha dejado atrás de sí.

Vicente Medina puede rechazar el título de poeta regional, con que, exclusivamente, se le ha querido agraciar. No es solo de una región el que escribe la "Canción triste", el que traza el cuadro poderosamente sugestivo de "Murria", el que esculpe lo grande de un amor en "La carta del soldao". Poeta, sin adjetivos de restricción, es el que dice cosas tan humanas como las del "Camínico".

No es Medina el poeta solo de su tierra y de su momento. Si representa a España, si encarna

debidamente las aspiraciones de todo un pueblo, no es porque su poesía sea estrechamente de su terruño, sino porque dentro de ideales muy humanos, muy eternos, muy universales, pone la característica de la raza en este momento: la tristeza.

De lo humano tiénelo todo en sus poesías; pero de España tiene ese culto sedimento de amargurada desilusión que constituye la característica de la vida peninsular.

Medina es español por esto; en lo demás de su poesía es universal, habla al corazón cosmopolita de las multitudes, que hoy saben conmoverse lo mismo al oír un "lied" de Heine que al escuchar un cuento de Gorki. Trasladadas a cualquier idioma extranjero, las poesías de Medina producirían el mismo efecto; — los sentimientos que en ellas predominan, en cualquier idioma han de herir con igual intensidad el alma humana.

Sentimientos he dicho, y es porque en Medina, antes que la forma está la idea y sobre la misma idea está el sentimiento. Cuando canta lo hace para despertar sentimientos útiles en el alma de sus semejantes.

Entre todos los poetas españoles del momento presente, Medina es el único que con un deliberado propósito viene haciendo literatura.

Además de aquella parte de su obra que pudiéramos clasificar de ambiente murciano, Medina ofrece en esta su reciente recopilación (1) otras, don-

(1) Alude al tomo "Poesía"

de el hombre aparece, confirmando por completo nuestra afirmación de que es un poeta universal en la manera de expresar los sentimientos. "Canción de esperanza", "En el hogar", "Del dolor", "Rebeldes" y "Alma popular", nos muestran a Medina cantando en correcto lenguaje castellano, lejos de los modismos regionales y sin perder un átomo de su espontaneidad y belleza.

Repleto de ideales nuevos, empapado en teorías ultra modernas, Medina se nos aparece en muchos de sus cantos como un poeta revolucionario, destructor de formulismos actuales, proclamador de todo lo que mantiene al hombre dentro del derecho y de la justicia.

Su rebeldía no es producto de un exceso demagógico. Medina cree y su primer canto es a Cristo, el manso predicador de la bondad fraternal. Su creencia es un panteísmo espiritual, un materialismo lírico muy hermoso y consolador.

No es esa, en verdad, la parte más débil e inconsistente de su obra. Tiene méritos bastantes para poder soportar el análisis de la crítica, pues las mismas condiciones de sentimiento vibran en ella.

En una advertencia puesta al comienzo de "Rebeldes", hace constar el autor lo siguiente: "Si eliminase de aquí estos versos hurtaría indignamente algo de mi humilde personalidad literaria... Son hijos de mi rebeldía, preñada de un

amor infinito a la verdad, a la justicia, a los débiles". Rechácenlos otros, para mí esos versos, puesto que contienen tanta sinceridad como los "Aires", valen tanto como ellos, y establecen el equilibrio entre la característica tristeza española y la exaltación humanitaria que inflama el alma del poeta.

Hay que degustar lentamente su "teoría del placer" para llegar al fondo de su alma, que yo presiento agitada por todas las angustias del vivir, deteniéndose en el umbral de los grandes misterios....

No es la suya una teoría de anarquía demole-dora, sino una especie de resignación cristiana. Nos aconseja aceptar la realidad de todo, hasta del mismo dolor, apropiándonoslo, haciéndolo nuestro. Creer que la realidad tangible es todo lo que el mundo puede darnos y aceptarla tal como se nos presente, no es una teoría anárquica, más bien nos ayuda a construir un mundo propio, adecuado a nuestro sentir, a nuestra propia manera de pensar. Es una especie del "sé tú mismo" que Max Stirner pregonaba desde lo alto de la montaña de donde más tarde debía de bajar Zaratustra, a predicar sus maravillosos discursos entre los hombres.

La rebeldía de Medina es una rebeldía llena de ese manso cristianismo que hizo a los mártires y que hoy, siglos más tarde, ofrece también ejemplos

de iluminado humanitarismo. En el fondo es el eterno sentimiento de justicia, el eterno anhelo de redención espiritual, levantado por millares de bocas hambrientas, en un bárbaro delirio que la desigualdad social azuza, empujando a la vindicta, castigada como delito.

Lo que más se hace admirar en Medina es la honda *compenetración psicológica* de los personajes que describe. Ya sea en el sencillo huertano, ya en otro tipo cualquiera de nuestra decadente sociedad, llega a lo hondo del alma sin perderse por los vericuetos de la divagación personal.

Solo comparable con aquella tantas veces recordada "Cansera" es una composición titulada "El cuento de nunca acabar". En ella habla el poeta; el personaje descrito no merece un solo rasgo que lo determine, y, entretanto, lo vemos aparecer a nuestros ojos, moverse, hablar, tanta es la verdad del sentimiento que el poeta graba en la fácil armonía de sus versos. Esa composición, que don Juan Valera habría calificado de simple esbozo, apunte para obra de mayor importancia, es para mí, uno de los poemas más sentidos y naturales de nuestro idioma, concretando uno de los más agudos sentimientos del vivir contemporáneo.

Ese pobre hombre a quien nadie escucha, cuyo dolor ya todos han llegado a saber de memoria y que apesar de todo, se complace en repetir su

lamentación, como en un interminable monólogo, es una gráfica representación de ese sentimiento de abandono y soledad que a todo hombre invade en medio de un mundo indiferente y hostil. Como ese hombre, todos nosotros nos hemos aproximado al primero que el acaso nos ha deparado para contarle la triste historia, ya conocida de él, por ser quizás también la suya, satisfechos de poder desahogar momentáneamente la pena acumulada en el corazón estrecho.

Esta es la gran cualidad de Medina, que la crítica no debiera cansarse de señalar.

La poesía, contenida por una serie de obstáculos a cual más artificial, había venido degenerando en estos últimos años para convertirse en un torneo de gramaticalerías; lo más sonoro y armonioso del diccionario era lo que aparecía en la liza; la vida, empero, no se dejaba ver por ninguna parte.

La reacción fué necesaria, y en Francia con Francis Sammes, en Italia con Pascoli, en España con Medina, volvió la poesía a la tierra madre, sencilla hija de sinceridad, para conmover a los hombres con el encanto de lo natural.

Por lo que corresponde a Medina conviene hacer constar que ninguno ha ido tan adentro del alma popular; ninguno ha ido tan a lo hondo en el espíritu del pueblo. Medina es menos artista que Francis Sammes, carece de la gran erudición

de Pascoli; pero, quizás por esto mismo, es menos rebuscado que aquel, menos afectado que éste. Tiene mayores cualidades de espontaneidad y humanismo y es más poeta, — entendiendo por poeta el tipo descrito por Carlyle en sus "Héroes": el vate cantor de los dolores de su pueblo, adivino de sus glorias.

Medina, cuando se siente herido por su gran afecto a todo lo que vive, no reconoce la estrechez de la regla literaria. Gran psicólogo, quizás porque mucho ama, acierta con maravillosa lucidez como en "El cuento de nunca acabar", donde queda dibujado para siempre un aspecto del hombre.

Las cualidades de que Medina ha hecho gala en la poesía, repítense también en su obra en prosa, ya sea en los pequeños poemas de "La canción de la muerte", obra fragmentaria y amarga, ya sea en dramas como "El rento", "El alma del molino" y "Lorenzo". Este último, sobre todo, alcanzó un éxito que resonó paralelamente a los aplausos tributados a los "Aires murcianos".

"El rento" vale más como obra de observación, como cuadro completo, como labor concluída, pese a sus tendencias revolucionarias, con algo de "Juan José" y de "Los malos pastores". En ella, empero, está siempre latente el poeta lírico, denunciándose en hermosas escenas donde aparece de nuevo su gran característica: la tristeza de la decadencia.

Y en este caso conviene aclarar algo expuesto más arriba sobre la decadencia de España, que yo entiendo como una señal evolutiva, como transformación de una modalidad para dar nacimiento a otra, más adecuada con las exigencias del momento. Lo que existe muere; pero no desaparece: se transforma, deja de ser en un sentido para accionar en otro.

La vida española se transforma también, obedeciendo al influjo de las exigencias universales. El aspecto de ayer, tradicional, entra en decadencia, muere para transformarse, para dar nacimiento a una nueva manera de ser. La España de ayer, vieja y triste, deja lugar a otra España de actividad y de fuerza.

La decadencia queda en las páginas de la historia y en los poemas de Medina; en éstos más naturalmente, más humanamente explicada que en todas las historias.

De aquel momento de tan grande trascendencia, Medina quedará siendo el intérprete que al través del tiempo llevará la voz de todo un pueblo, sus dolores, sus quimeras, y, sobre todo, su esperanza, esa esperanza que en la misma "Cansera" aparece, sintetizada en el desconocido interlocutor que al pobre vencido de la vida dá el aliento de un consuelo que es energía y voluntad.

Juan Mas y Pi

"El Diario Español" — 25 Febrero 1908.

Medina viene del pueblo y vuelve á él

DON Emilio Castelar, en la reunión de la noche, mostró deseos de oír las poesías de Medina.

—Que lea el poeta — dijo; pero el poeta no sabe leer sus versos, y leyó el Sr. Vaso los titulados **Cansera y Murria**, que ya conocen nuestros lectores, y los inéditos de **La canción triste**.

Unos y otros merecieron los entusiastas elogios del señor Castelar, y los honores de la repetición, que pidió él mismo.

—Medina es un gran poeta popular — dijo Don Emilio.

Y Medina, que estaba escondido entre las sombras de su modestia, fué descubierto por aquella alabanza luminosa del gran orador, y se puso rojo, rojo como los ababoles de su huerta.....

José García Vaso.

De la visita a Castelar, en Sax (Alicante) “Madrid Cómico” 18-VI-1898.

MEDINA es el único poeta verdaderamente popular,—en el hondo sentido de la palabra,— que tenemos en España. Su inspiración brota del pueblo y al pueblo vuelve. No ha habido poeta que haya llegado nunca tan hondo a las entrañas de lo verdaderamente humano como él, ni cantor que

sepa encontrar tan deleitosos y gratos filones de inspiración.

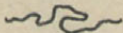
Alejado de todo elemento conceptual, con el espíritu en la calle, a todos retrata y de todos es entendido. Y sin quererlo, sin afán sectario de ninguna especie, realiza verdadera labor social, labra en el corazón de las muchedumbres.

Es verdaderamente extraño y singular que este hombre, respirando oleadas de espíritu nuevo, viviendo constantemente en una ciudad mercantil, como Cartagena, con el alma metida en las complejidades urbanas y en los vaivenes de redentores presentimientos sociales, no se haya dejado llevar en la "Canción de la Huerta" de sus pasadas inquietudes. Cada día adquiere de poeta lo que va perdiendo de sectario. Y cada día, sin él darse, acaso, clara cuenta, se va convirtiendo en el más terrible revolucionario, que desparrama inquietudes en el corazón, aunque no se cuide de las dudas que pueda hacer brotar en el cerebro.

Nosotros, los salmantinos, tenemos con Medina grandes deudas que pagar. Ha sido el único poeta contemporáneo que ha tenido una influencia positiva sobre el llorado cantor del **Cristu Benditu**.

José Sánchez Rojas.

"El Castellano" — Salamanca 17 Abril 1905.



Platicando con Medina

PASEÁBAMOS, tomando el sol, por los muelles del puerto de Cartagena, Vicente Medina y el que estas líneas escribe.

El exquisito poeta, que es ante todo y sobre todo, un alma humilde, según nos la ha revelado en su prólogo a "La Canción de la Vida", me comunicaba, con cierto dejo de cansancio, sus dudas, sus vacilaciones, sus inquietudes acerca de la utilidad de su labor.

—¡Poeta! — exclaman las gentes con aire de desdén, — ¡poeta! Y no parece — añade Medina — sino

que robo a los que producen el pan que me como. Es verdad que soy poeta (y esto me lo dice cual si confesara un pecado); pero también trabajo en el Arsenal y después llevo la contabilidad de una sombrerería...

—Amigo, le replico, cuando nos pongamos de acuerdo sobre el concepto de “lo útil”, podremos ver si es verdad esa idea vulgar de considerar al poeta como un holgazán, como un holgazán amable y divertido, sin duda; pero, en resumen, como un holgazán.

Si “lo útil” es, en fin de cuentas, todo aquello que remedia una necesidad nuestra, que nos proporciona una sensación agradable y placentera, que nos eleva y dignifica, que nos produce alegría, amor a la vida, satisfacción íntima; si “lo útil” para el hombre es, usando la frase de Bartrina, “lo que le electriza la médula espinal”, habremos de convencernos de que el arte tiene una grande, una positiva, una maravillosa utilidad bien perceptible y directa, aparte de aquella utilidad indirecta que pueda tener por su influencia ética y moral. De mí sé decir que encuentro mucho más útil la música de Wagner que la carne de ternera. ¿Y por qué no? Entre un buen plato y un buen concierto, muchos somos los que sin vacilar elegiríamos lo segundo.

Mas no es esto sólo, amigo Medina. La parte de su vida que usted derrocha y malgasta no es,

ciertamente, la que emplea en escribir sus versos; sinó la que invierte en extender minutas y copiar facturas. En realidad, una factura ¿es acaso otra cosa que un vigilante apostado contra la picardía humana? ¿Y para qué sirve una vez cumplida su función? Dígame usted: ¿qué queda hoy de toda su monótona, abrumadora labor mercantil del año pasado? Nada ¿eh? Y bien ¿se le ha borrado una tilde de "Cansera"? — ¿Qué radio de acción han alcanzado sus minutas, expedientes y asientos en el libro de Caja? A lo sumo habrán producido su efecto entre algunas docenas de personas. Y en cambio sus versos han sido leídos por millares de personas, y muchos años han sido y continuarán siendo un manantial inagotable de emociones delicadas para las almas superiores.

Ruskin (padre) fué un honorable comerciante, un buen burgués que honradamente reunió una cuantiosa fortuna. Ruskin (hijo) el Ruskin inmortal, se dedicó a contemplar hermosos cuadros, a observar bellos paisajes, y gastó las rentas de su padre en estudiar las formas cambiantes de las nubes, las curvas y cresterías de las montañas, los matices caprichosos de las luz. Y luego, de una manera minuciosa, lenta, inacabable, igual que el padre describía su bolsillo en el Diario y en el Mayor, el hijo puso su alma, enriquecida con aquellas visiones, en magníficos libros y en obras imperecederas.

El distinguido hortera, para quien la labor de Ruskin (padre) será eminentemente útil, y que se hubiera horrorizado al ver a Ruskin (hijo) "perder el tiempo" en ver correr las nubes, cuando quiera elevar su espíritu a las puras y serenas regiones del arte, pasará con un gesto de fastidio ante un Diario y un Mayor ya inútiles, y con veneración y respeto abrirá Los Jardines de las Reinas o Las Siete Lámparas de la Arquitectura.

Cuenta la historia que Felipe IV, queriendo galardonar con gran merced a aquel Valázquez que "perdía el tiempo" embadurnando lienzos, le otorgó el sueldo y dignidad de barbero de cámara. ¿Dónde están los regios pelos que cortaba aquel peluquero? ¿Dónde podemos ver hoy útilmente cristalizada la vida de aquel rapista equiparado al pintor? Quitáos el sombrero ante las Meninas o el cuadro de Las lanzas, y no blasfeméis más discutiendo la utilidad del arte.

Si hay alguien o algo que en algún momento viva inútilmente, que por el mero hecho de vivir no legitime y justifique su vida, sois vosotros, orgullosos filisteos cuya actividad se reduce a escatimar el céntimo. Vosotros que perdeis el tiempo y malgastáis miserablemente y sin provecho vuestra vida, y no ese hombre silencioso que durante años y años medita sobre la caída de una manzana...

Si por una pérdida inevitable todos los ejemplares del *Quijote* se hubiesen destruído, sería de lamentar por nosotros y no por Cervantes, cuyas horas mejor empleadas hubieran sido siempre aquellas que invirtió en escribir las aventuras del hidalgo manchego. Sí; — oídlo bien, fijáos bien, — aún cuando nadie, por un accidente fatal, pudiese haber leído nunca las cuartillas del glorioso manco.

Cuando me demostréis que la violeta que en estos momentos entreabre su corola en algún bosque impenetrable, no debe exhalar su perfume más que para halagar vuestras narices, reconoceré que al marchitarse en la sombra ha faltado a su objeto y ha vivido una vida fracasada. Pero hasta que me demostréis eso plenamente, permitidme que siga creyendo que malgasto mis días mientras los empleo en ganarme el sustento, y que sólo vivo de un modo verdadero y amplio cuando contemplo las olas azules, las montañas verdes; cuando me extasio, dulcemente herido el corazón por la belleza de las obras de arte; cuando dejo vagabundear mi pensamiento por los rientes países del ensueño; cuando me entrego a infinitas contemplaciones o a la disciplina severa de la reflexión.

Si, amigo Medina, proseguía yo manoteando con creciente entusiasmo. La industria, el comercio, la medicina, la técnica, son imprescindibles

criados, siervos necesarios de la existencia.

Pero si la vida tiene algún objeto más que la vida misma, — éste no puede ser otro que la Verdad, el Bien y la Belleza. Que no se queje y gruñe el criado porque el amo parece que holgazanea: convéznase de que está cumpliendo por los dos la misión vital que ambos trajeron, pero que aquel no puede realizar, distraído y ocupado en las más modestas faenas...

Cuando acabada la humanidad, alguien nos pidiera cuenta de nuestra labor y nos preguntara por nuestras obras, no iríamos a enseñarle nuestras facturas, ni nuestro balduque, ni nuestras panaderías, ni nuestros ejemplares de carneros premiados en la exposición. Mostraríamos la Iliada, la Venus de Milo, la Crítica de la Razón Pura, la Concepción de Murillo, el Quijote, la Novena Sinfonía, las hermosas vidas de un Jesús y un Confucio...

Y Vd. Medina ¿acaso dirá que el fruto de sus años son sus expedientes y sus libros de contabilidad? ¿O son sus "Aires Murcianos" y su "Canción de la Vida"?

Mi interlocutor, convencido del todo, repuso: "Amigo Ras: ¿por qué no escribe usted eso que me dice? Sería una defensa contra la legión de filisteos que nos acosa, y que a mí me produce a veces un hondo desaliento, una secreta angustia."

Y como los ruegos del gran poeta murciano son órdenes para mí, obediente a su mandato, ahí va, tan descosida y desaliñadamente como lo digimos, lo que hablamos una tarde, tomando el sol por los muelles del puerto de Cartagena.

Aurelio Ras

(Presidente de la Sociedad de
Estudios Económicos de Barcelo-
na.

“La Tierra” — 14-II-1905



En Barcelona

Yo creía a Medina un hombre apocado, melancólico, triste; sus poesías siempre hablando de tristeza y de dolor, me habían hecho pensar en un hombre pesimista, siendo todo lo contrario: pues Medina es un ser enérgico, decidido, y con una fuerza de voluntad extraordinaria.

Los días que he estado acompañándolo por esta bulliciosa ciudad, serán para mí inolvidables. ¡Cómo me complacía viendo al poeta correr con actividad de un sitio a otro, para el mejor arreglo de su viaje. ¡Todo lo hacía activamente; pero como hombre metódico, cada asunto iba precedido de la mayor reflexión. Antes de ventilar algo, miraba y estudiaba lo más conveniente, y al

darle solución, aplicábale la fórmula más conveniente y más económica, porque Medina, aunque parezca raro, tiene mucho de poeta y algo de comerciante, y forzosamente ha de ser así; porque en estos tiempos de mercantilismo, la humanidad tiene más de mercader que de poeta.

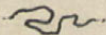
—Amigo Cánovas, acompáñeme a la agencia...

—¿Dónde está la Trasatlántica?... ¡son tantas cosas!... Consulta sus papeles, despues agrega:

Antes deberíamos ir a que nos arreglen los documentos de embarque... — No sé si me queda tiempo para ver a Maragall... a Corominas'' ya me dirás dónde está el Banco... Vamos al Siglo... Tengo mucho que hacer... Y el caso es que yo quisiera acompañar a mi familia a dar un paseo, quiero que vean la ciudad, ¡gozo tanto viéndoles gozar! Uno de los principales atractivos de mi viaje, es el llevar a mi familia conmigo.

S. Cánovas Cervantes

“La Tierra” — 20-II-1908.



De poeta á vendedor
de tomates

“**V**OY a América, querido Bonafoux. Me marcho con toda la familia. Somos siete, y diecisiete que envié por delante hace un año. Nos juntaremos allí mi madre y seis hermanos, con las respectivas familias... Yo al frente de la tribu... Me voy a América a ser poeta o a ser vendedor de tomates — ¡o lo uno y lo otro!—, pues aquí dicen que soy poeta; pero yo sé que vivo como vendedor de tomates.”

Es la dedicatoria del último libro de Vicente Medina.”

Luis Bonafoux

“Heraldo de Madrid” — 4-II-1908.

Un representante
de Apolo y Compañía

HOY que sobre la actualidad imperan los grandes y maravillosos versificadores, no puede ser bien comprendido el poeta Vicente Medina, toscovate, gañán que tiene un ensueño en la inteligencia y un estuche de suspiros en el corazón.

Vicente Medina es un espiritual que viene al país floreciente de la prosa a ejercer el viejo apostolado de la poesía. Hubiera sido más práctica la llegada de un agricultor pero yo opino que, aunque parezca raro, la llegada de un poeta es más trascendental. El alma de los pueblos es tan honorable y tan necesaria como el vientre de los pueblos; la fisiología y la ideología, aunque

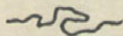
son tan heterogéneas, no tienen más remedio que hermanar.

Si Vicente Medina se radica aquí, sabido es que tendrá que meterse a cerealista o a otra cosa por el estilo. Pero como el poeta, aunque el hombre se disfrace, vivirá siempre en él, insensiblemente habrá de ejercer cierta influencia romántica en las costumbres argentinas, y las gentes irán poco a poco comprendiendo que no solo el problema garrapaticida y el problema langosticida, son los problemas de aspecto trascendental; también el problema de las espiritualidades es problema; problema que conduce a ciertas felicidades exquisitas.

Saludemos a ese poeta extranjero, importador corresponsal de la casa "Apolo y Compañía".

Francisco de la Escalera

"El Mercantil" Rosario 29-II-1908.



Medina aventurero

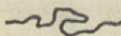
VICENTE Medina lleva dentro un aventurero. De haber nacido unos cuantos siglos há, hubiera ido a esas tierras ignotas, embarcado en una de las naos de Colón; hubiera peleado entre las huestes de Cortés o de Pizarro; hubiera narrado en verso, como Ercilla, las hazañas de aquellos aventureros españoles, que dejaron en las lejanas tierras de América, con su habla espléndida, la sangre generosa...

Mientras Medina tuvo, en España, su porvenir incierto; mientras hubo de luchar para ganarse el pedazo de pan cotidiano y el pedazo de gloria para siempre, el aventurero tenía obra y empeño

por delante y no pensó en abandonar el lugar de la pelea. Pero llegó un día en que aseguró una y otra cosa, más el pedazo de gloria que el pedazo de pan, y el aventurero dejó las armas, y se cruzó de brazos... ¡Aquel día Medina pensó en América!

José García Vaso.

“La Tierra” 24-I-1908.



Adiós á Medija

EL Rey de las Españas piensa en un bello viaje por las tierras de Indias: yo no sé si lo hará; pero el júbilo corre por mar y por bosque y los Andes inclinan sus cumbres por si va.

El que hoy va es un poeta, cuyo fino cordaje dice un cántico; el cántico que siempre sonará, del amor que suspira por el patrio paisaje y por el tiempo heróico que nunca volverá.

El Rey de las Españas llevaría su cetro.
Poeta: tú la lira, y el número y el metro
con que la vida ajustas al son de tus canciones.
Por si va el Rey, tú ahora el homenaje empiezas:
porque si él verá como se doblan las cabezas,
tú verás como en cambio se alzan los corazones.

José Santos Chocano

Cartagena 23 Enero 1908.

Pasados veinte años

Rindiendo cuentas

HAN pasado veinte años desde que el público y la crítica me dedicaron su atención como nuevo poeta aparecido.

Han pasado veinte años y me pongo a releer los artículos publicados entonces ocupándose de mí.

Los que en estos artículos me alabaron y se prometieron de mí grandes cosas, hoy me podían salir pidiéndome cuentas; pero es lo triste que casi todos ellos han muerto:

Clarín, Bonafoux, Maragall, Llorente, González Serrano, Valera... También murieron otros no conocidos pero muy queridos en el corazón: Adolfo Vaso, Eduardo Flores, Chantilly, Bautista Monserrat, Piñerico...

Todos no murieron; quedan algunos: Unamuno, Azorín, Pedro Corominas, Aurelio Ras, Altamira, Pepe Vaso, Jorquera, Márquez...

(Haciendo memoria): Márquez... Márquez... Buk... ¿Quién más? ¡Habían más... ¿Moriría don Luis Márquez? Comandante de caballería retirado, director del diario "Las Noticias" — de Cartagena — era un intelectual muy preparado, poseía el francés a la perfección, conocía toda la gran literatura... ¿Buk? Buk... Buk... ¿No era un ruso muy españolizado, emigrado de la Rusia de los zares, nihilista creo? Pero no... ese no era Buk... ¿Cómo se llamaba el ruso aquel, alto, rubio?... ¿No era don Ernesto Bark? Era un políglota, daba lecciones en toda clase de idiomas... ¿Habrá figurado en la gran

revolución rusa, vivirá, será un personaje en la Rusia del soviet?

No, no me pedirán cuentas: los muertos, porque ya están muertos, y los que vivos quedan, porque anda cada cual por su lado, como andamos todos, lejos, aislados y sin saber unos de otros, en esta batahola de mundo, como si ya todos nos hubiésemos muerto también...

Pero no obstante como, si bien murieron la mayoría de mis acreedores en estos negocios intelectuales, quedan herederos legítimos y albaceas y testamentarios, yo, voluntariamente, deseo llevar a cabo esta rendición de cuentas, ya que hay plazo más que largo que explica este balance general de mis libros, y para retirarme a descansar gozando de las honestas ganancias y a morir, cuando me llegue mi hora, en paz y gracia de Dios.

¿He malogrado la esperanzas de los que en mí las pusieron al proclamarme poeta? Creo que no del todo. Me clasificaron poeta del dolor y de los débiles y de los humil-

des... y poeta popular de la sencillez y del sentimiento... Me consideré enaltecido con estos títulos gloriosos y obligado a merecerlos por mi trabajo y por mi fidelidad. Fiel he sido a esos títulos: ahí están mis obras.

Azorín (José Martínez Ruíz) al acusarme recibo de mi libro "La canción de la vida", me escribió la siguiente carta:

Monóvar 11 agosto de 1902.

Querido Medina: he leído el libro; ¿qué quiere usted que le diga, sino que a mí me encantan todos sus versos? Hay ingenuidad y hay sencillez; yo creo que esto es lo esencial en la poesía. Cuanto menos se abuse de **eso** que se llaman figuras retóricas, mejor. Es preciso presentar la vida directamente, sin auxilio de proyectores; y esas figuras, para mí, son así como proyectores viejos y ridículos.

Usted cuando canta **la tierra**

es cuando mejor está; no abandone usted nunca ese camino. No hay peligro de que el tema se agote: la tierra es multiforme y eterna... Destierre usted las generalidades — más o menos brillantes, — huya del lirismo retumbante. Y en cambio acopie usted pequeños y auténticos detalles — ¡por vulgares que parezcan! — vaya usted ensamblándolos poco a poco, pacientemente, y de este modo formará el mosaico de la vida, y la lírica será en efecto, como debe ser, la **esencia de las cosas**.

El arte es la verdad, y la verdad se compone de otras verdades pequeñas que juntas — y ese es el papel del artista: **juntarlas armoniosamente** — que juntas producen la síntesis grande y espléndida. Así está hecho todo en el universo, desde nuestro organismo formado de diminutas

células, hasta los astros que giran en concierto infinito...

Esta es en dos palabras (mal dichas) mi opinión, la opinión que usted me pide.

Quería haber hecho algo en el **Heraldo**; he visto la crónica de Bonafoux. Trataré de hacerlo en otro periódico.

Le abraza,

Martínez Ruiz

El prólogo es hermosísimo; pocas cosas he leído tan naturales e ingenuas". (1)

Esta carta es toda una sabia preceptiva literaria que ha robustecido mi propia vocación de naturalidad en arte.

(1) "De mí mismo" (Pag. 5 de este libro)

Las alabanzas

del maestro

YO no he sido un discípulo muy aplicado, fuí poco tiempo a la escuela y desigualmente a causa de tener que ayudar a mi padre en la venta de periódicos y libros en el Balneario de Archena, cuyas temporadas eran tres meses en primavera y tres en otoño.

El Maestro, Don Miguel Medina, padre de Inocencio Medina Vera y tío mío, no tenía de mí un concepto extraordinario ni mu-

cho menos. Yo le parecía buen muchacho, pero no figuré entre sus discípulos distinguidos. Esto explica su admiración cuando vió mi poema "El naufragio". Entonces me escribió la carta que reproduzco a continuación y, cuando fuí al pueblo, me decía mirándome con asombro: "¡Pero Vicente, ¿has escrito tú esto?!" Y su sencilla admiración, que recojo aquí, la considero uno de mis triunfos más gloriosos: ¡Yo, aquel muchachico con mi pobre pantalón remendado y con alpargates, arrinconado en un banco de la escuela sin hacer viso alguno... y llegar a merecer aquellas alabanzas y agasajos de El Maestro, a quien tanto miedo le teníamos!

Y conste que "El naufragio" apenas vale nada: endecasílabos, descriptiva altisonante, la patria, la enseña, los mártires... Sonsonetes y cosas que se me habían pegado de malas lecturas.

Pero El Maestro, mi tío, no vió "El naufragio" con un juicio crítico de estos tiempos (han pasado veintiseis años) y además lo juzgó viendo aquel pobre muchachico,

con los pantalones remendados y con alpar-gates, que había escrito aquel poema. Y esto era como una maravilla y veía al muchachico como en un resplandor...

He aquí la carta de El Maestro:

“Archena 17 Abril 1895.

Querido Vicente: Te deseo salud, &a., en unión de tu esposa y demás.

Con el mayor placer y algo de orgullo, te felicito por tu poema, pues para mí, no debe ser poemita, y así lo acredita la opinión general; pues públicos son los elogios que merece por doquiera.

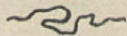
Esto para mí es de grandísima satisfacción y no tengo inconveniente en decirte que me entusiasma su lectura, y que me hace derramar lágrimas; pues has sabido aproximarte muy bien, a pintar las escenas terribles que sucederían en aquellos tristísimos trances, hasta la muerte de aquellos, para mí, desgraciados mártires.

Pido a Dios te conceda salud y vida lar-

ga para que puedas llegar en tus fines al logro de ellos, y que de ello consigas algunas utilidades.

Te felicito una y mil veces por tu notable trabajo en ocasión tan oportuna; y recibiendo los afectos y felicitaciones de toda nuestra familia, haciéndolos extensivos a tu esposa, cuenta con el cariño de tu tío, que te desea felicidades”.

Miguel Medina



Medina editor

TODO el público que lee, que es bien poco desgraciadamente, conoce al Vicente Medina poeta y autor dramático, pocos conocen al Medina editor de sus libros.

“La canción de la muerte” va ilustrada con fotografías del natural, del propio autor, que dicho sea de paso, es un notable *amateur*, como sería notable y sobresaldría en todo aquello a que se dedicase.

Vicente Medina es activísimo, y en sus libros él lo hace todo: compra el papel, elige el tipo de letra, las orlas de los clichés, el tamaño de los títulos, todo, en una palabra, es elegido y a gusto de él.

Las pruebas las corrige múltiples veces, y por sí a él se le ha escapado alguna errata—cosa que

le costaría un gran disgusto—hace que se las corrijan todos los que por su alrededor se encuentran; únicamente así queda conforme.

Pero donde pone todo su cuidado es en las pruebas de los clichés; éstas son examinadas minuciosamente por Medina, con ayuda de una lupa; el defecto más insignificante y que escaparía a todas las miradas, es visto por él, que hace que se corrija una y mil veces, causando la desesperación del maquinista, que pronto acabará tísico si Medina sigue tirando libros con clichés.

Adolfo García Vaso

“La Tierra” 17-XII-1903.

Yo no me acordaba de estas líneas de Adolfo Vaso, presentándome como editor y, tristemente, he resultado tan editor que, siendo mis obras bastantes, han sido todas editadas por mí, excepción hecha del tomito **Mignon**. Y digo tristemente, porque esto significa poco éxito. Pero me consuelo al instante pensando que es “poco éxito de librería”.

Reconozco, a la vez, que esto de editar yo

mis libros es una de mis grandes debilidades... Claro que la fundamento en el "instinto de conservación, de artista" más fuerte en mí que el instinto de conservación humano. Todo lo que hice en mi vida, derecho o torcido, fué por mi arte. Yo, que soy serenamente excéptico, creo, más por instinto que por idea, que si traemos alguna misión a la vida, yo he traído exclusivamente la de mi obra literaria. En una gran parte de mi obra literaria hay una tendencia redentorista. Bueno, pues, francamente: yo no creo en la eficacia de mi redentorismo y sigo haciéndolo motivo de mi arte, porque saco, de ese redentorismo, tonalidades bellas y delicadas en horizontes amplísimos....

Cada día espero menos del perfeccionamiento humano: se nace o nó.

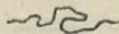
Por el arte, me hubiera gustado ser un apóstol, un predicador en gracia... ¡pero me habría faltado la fé en las conversiones!

Ya está explicada la razón de mis entusiasmos editoriales. ¡Todo por el arte!

Un amigo mío gran aficionado a hacer

chistes, y muy celebrado por su ingenio, los hacía de su padre muerto, que fuera, y de su propia mujer, de los más escabrosos... No reparaba en lo peligroso del resbalón, en tal de que los oyentes soltasen la carcajada... Y es que aquel era su arte. ¡Todo por el arte!

Yo no sé, por el arte, lo que yo hubiese hecho o lo que haría.



Oyendo á Medina

MEDINA es de una sinceridad extraordinaria.

—Yo no leo nada, absolutamente nada—me dice con resolución.—Ni novelas, ni poesías, ni aun periódicos. ¿Para qué cansar la atención en un trabajo estéril, sin resultado práctico alguno? Si no fuera porque me ayudan a vivir, tampoco haría versos... Es una labor completamente inútil... para los demás.

Sin volver de mi asombro, abrumado por la terrible confesión, le argumenté:

—Pero ¿qué sería de su próxima obra, adoptando como criterio general el de usted?..

Entonces recordó lo que había tenido que hacer en ocasiones semejantes. Recurrir a los amigos, para medio sacar el importe de la tirada. Y me dijo:

—Ha habido momentos, en que he estado tentado de escribir a los críticos, suplicando un “palo” muy grande, sin contemplaciones de ningún género. Hoy, para llamar la atención del respetable público, es preciso armar un escándalo. ¡Oh, la crítica!— decía irónicamente. — El día que se me antoje, cojo la pluma y escribo un artículo poniéndome de vuelta y media... Nadie como yo para conocerme. (1).

Y Medina siguió hablando, hablando, animado por el desaliento que a veces le acomete, a pesar de su actividad constante, dominado por el más negro pesimismo. Sus quejas eran las de su “Cansera.” Las lamentaciones por el trabajo esterilizado ante la estupidez y la imbecilidad reinantes..

“La Tierra” 10-12-1903

J. Piñero Martínez

Claro, yo a Piñerico se lo decía todo, porque era Piñerico un alma de Dios. ¡Como que yo le decía hasta esas cosas confusas que son, en nosotros mismos, negación y contradicción! Y si en este mundo, todo fueran almas de Dios, ¿qué peligro ni daño habrían en salir gritando: “Yo soy así”... “Yo soy asao”...?

(1) Años después me hice yo mismo unas cuantas críticas: una de ellas la publicó «CARAS Y CARETAS» de Buenos Aires.



Breves juicios

José M^a. Buck, en "El Liberal" de Alicante de 23 VIII 1902 decía, poco más o menos:

"Medina no oculta su pensamiento: cuando las formas sociales le obligan a contenerse, declaran su sentir los ojos y no despega sus labios, por no mentir."

"Ama todo lo que es noble; sus ideas son radicalísimas."

"Canta sin metro, sin medida, sin reglas, con toda espontaneidad, con toda franqueza:"

"Sin consuelo"—una de las más hermosas poesías de su libro "La canción de la vida"—está escrita con unas cuarenta palabras sencillas:"

“Verás... Yo soy lo mismo
que aquel romero triste del alto de la sierra”...

dice en “Mi reina de la fiesta” — y estamos viendo un romero, solitario, agostado por el calor, con el tono verdoso rojizo de planta enferma... La figura no solo nos encanta, sino que se fija imborrable...”



Distinguido señor:

Sólo le conozco por sus versos; ya vé V. que le conozco bastante, porque allí está V, todo entero, con su hermosa sensibilidad, que tan bien comprende y comparte los dolores del pueblo, y que sabe hacer artísticos un lenguaje y unas situaciones que apenas son pintorescos e interesantes, — pero no explotables—y eso para escogido número de gentes.

No he leído: he devorado con delectación creciente sus “Aires murcianos”, y después conocí su espada del torneo de Cartagena. En aquel librito, primorosa y tiernamente interpretado por Medina Vera, hay no sé qué vaga melancolía por encima de la que V. quiso ponerle, que me seduce por completo. Es tal vez porque allí palpita el alma de un pueblo que se parece mucho al mío, que siente

lo que el mío y que habla un idioma también así, adorable en su imperfección, y más cariñoso que el puro español a causa de la frecuencia del diminutivo. Y por donde los profanos pasarían sin reparar en nada, V. no pasó de largo, sino que se detuvo y escuchó, y luego se agachó para recoger ese romero silvestre que huele tan bien, y esas quejas del labrador, llenas de tanta resignación y amargura.

En el justador de los juegos florales advierto la misma conmiseración, pero no ya para "los otros", sino para sí mismo: Bien está que lllore a su reina muerta: es justo; pero no debe echar de menos la juventud, porque el que de tal manera sabe sentir y expresar jamás es desmedrado ni será viejo.

Permita V. que un desconocido le estreche las manos con caluroso entusiasmo, y créalo desde hoy su admirador y amigo.

Guillermo R. Calderón.
(Colombiano)

"Las Noticias" 19-VIII-1899.



Dijo Lorenzo de Huesna en "El Mediterráneo"
—de Cartagena—14 Junio 1898.

"Medina es también el poeta que, como espectador que asiste a esta profunda crisis, a esta horrenda lucha entablada entre un ideal que agoni-

za y otro que fulgura con formas indecisas en las nebulosidades del porvenir, siente las necesidades, las exigencias de las postrimerías de este siglo que amenaza sepultar, con su último crepúsculo, todos los ideales, todas las creencias que sólidamente, paso a paso, con igual dirección y hacia un mismo fin, fueron levantando las precedentes generaciones.

Sin un ideal bien definido y universalmente aceptado, porque el anarquismo intelectual impera, y destruidas todas las creencias, la mente vive en perpétua negación y reporta al individuo un tédio inextinguible, producido por una idea sin estímulo ni objeto, que llena de un tinte amargo, sombrío, el alma del poeta. Tal es el estado de Medina cuando escribe.

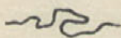
“¡Luchar para vivir!... ¡Monomanía
más ridícula y necia!...

Duraría la vida aquello poco
que, buenamente, a su sabor quisiera,
pues triste y miserable
no vale lo que cuesta,
o, a mí sabor también, luego, tan pronto
que me cansase de ella,
como dueño absoluto
de la parte mezquina que me alienta,
con desdén y desprecio soberanos
¡yo mismo en polvo vil la convirtiera!”

¿Cómo Lorenzo de Huesna, adivinó el fu-

turo, que a los dieciocho años, fué una actualidad efectiva y pavorosa? Y yo también, dentro de aquel presagio, hoy, realmente, soy “espectador que asiste a esta profunda crisis” y mi obra actual, en gran parte, es el resultado de esta espectación.

“Canciones de la guerra”, “Ya regada está la tierra con la sangre de los hombres”, “Hondos surcos han abierto los trabajos y las penas”, “Sembradores, a los campos, que es el día de la siembra” “Tribulación”, “Sin rumbo” “A la buena de Dios”, “Sed tengo” &a. son mi tributo a esta hora trágica.



Intimidades

Madrid, 5 Abril 98

Querido Medina:

Una de las satisfacciones más grandes de mi vida literaria me la da usted pidiéndome un prólogo para su libro.

Cómo no? Para mí es usted un eminentísimo poeta y ese libro será clásico en nuestro Parnaso. ¿Cómo no sentirme orgulloso de que vaya mi nombre en la portada?

Hace mucho tiempo que yo no he escrito nada con tanta pasión y tanto entusiasmo como las líneas que a sus poesías he dedicado. Por eso quisiera, y en ello tendría grandísimo gusto, que en

vez de escribir nuevo prólogo, que forzosamente habría de ser una repetición, fuera ese artículo al frente de los versos que está imprimiendo (si en hacerme ese honor insiste).

Por el mismo correo se lo mando corregido. Si usted se decide a darlo, yo le estaré profundamente agradecido, porque tengo interés en que mi nombre vaya unido al suyo.

En el número próximo de "Madrid Cómico" va lo que le anuncié.

No me dice usted nada de los ejemplares de "El Rentó" que le he pedido. Mándemelos, y escribame.

En Mayo estaré aquí, y todos los amigos de "Madrid Cómico", tendremos verdadero gusto en abrazarle. Suyo.

J. Martínez Ruíz

Valverde, 11, 2o. izquierda.

11 mañana:

Acabo de recibir su carta. Gracias por todo. Los ejemplares, a lo que se ve, llegarán en el otro correo; si manda retrato probablemente lo publicaremos aprovechando la aparición del libro.

Resignación, resignación. ¿Quién no tiene dolores y amarguras? La vida parece, a ratos, una broma de mal género, pero hay que sufrirla y ser

tolerantes con todos y transigir, cuando la transacción ha de aminorar el mal... aún a costa del amor propio. Nadie tiene más motivos que yo para quejarse. Pero me veo, como espectador ingénuo de una inmensa comedia que hace llorar si se toma en serio.

J. M. R.

*

Cartagena Diciembre 1898.

Mi querido amigo Martinez Ruiz:

Siento necesidad de escribir a Vd., de decirle algunas cosas...

Para atender al mantenimiento de mi numerosa familia, de la que el único sostén soy yo, trabajo más que nunca en la penosa labor de escritorio: atiendo a tres destinos, empezando a las 8 de la mañana y terminando a las 9 de la noche, descansando de estas 13 horas, únicamente 30 minutos la mayor parte de los días, o sea el tiempo tasado pa-

ra comer. Y estas 13 las paso sin levantar cabeza, haciendo facturas, asientos en los libros, escribiendo cartas comerciales... No me queda un claro para mis aficiones artísticas... cuando llegan las nueve de la noche estoy rendido totalmente, sin cabeza para nada, ni para leer... no hago un verso, ni una línea en prosa...

Esta forzosa abstinencia de cultivar mis aficiones literarias, centuplica mis deseos de producir obras artísticas ¿pero cuándo escribir? Me siento pletórico de ideas; pero amontonadas, confusas que surgen y se me olvidan, como manantial sin corriente que a poco de nacer se lo tragara la tierra.

En esta lucha no me abandonan las fuerzas o las esperanzas, que ambas cosas pienso que son lo mismo; pero, conforme en situaciones difíciles tanteamos nuestras fuerzas, quiero también tantear mis esperanzas para calcular en lo posible hasta dónde puedo llegar.

La temporada teatral está encima: ¿Espera Vd. todavía que D. Ceferino Palencia ponga **El rento?** ¿Y **Lorenzo!**? qué hago

con él? Lo tengo todavía en manuserito y sin estrenar. A nadie más que Vd. tengo que vele por mí y a nadie más tampoco a quien contarle mis cosas de esta manera tan franca como ruda. Deme usted algún consejo; dígame Vd. algo.

En carta de 2 de Mayo último me decía Vd. "A Clarín le han gustado sus versos".

En carta de Mayo también, me decía D. Juan Ochoa: "Cansera" y "Murria" le gustaron mucho también a Clarín": así me lo dijo y ya sabe usted que él no dice lo que no siente".

Ahora pregunto yo: ¿Ha dicho D. Leopoldo en la prensa alguna cosa de mí? ¿lo sabe Vd. acaso? Yo, con esta vida tan "salvaje" que llevo, sin leer a penas, no sé nada. ¿He cometido, tal vez, la incorrección de no dar las gracias a D. Leopoldo por haberse ocupado de mí? ¿Ha dado su opinión sobre "El Rentó" privadamente? De esta obra le remití un ejemplar rogándole dijera su parecer por desfavorable que fuera. Se lo remití cuando a Vd. la vez primera. Los "Aires murcianos" también los tiene por media-

ción de Vd.

Del nuevo libro no sé nada , desde hace un mes; le dije a D. Bernardo que si algo tenía que consultarme, para más prontitud lo hiciese a Vd., cuyo parecer aceptaba yo en absoluto.

Del primer libro de "Aires murcianos" he vendido trescientos ejemplares en totalidad y la edición de mil doscientos me costó 425 pesetas.

Los trimestres teatrales pueden producir más "beneficios" ¿pero quién estrena?

¿Escribe Vd. en algún periódico? Tengo afán de cosas suyas. Leí en "Madrid Cómico" el artículo que firmaba "Uno de la galería"; era de usted ¿verdad? ¡Cuánto me gustó aquella tendencia amplísima!

Perdone Vd., amigo mío, tan enorme lata y ya sabe cuanto le quiere.



Vicente Medina

Madrid, 22 enero 99

Querido Medina:

Bonafoux leyó anoche "Cansera" y me dijo: "Dígale usted a Medina, de mi parte, que esto es hermosísimo". Hablará de usted.

Esta noche sale para Santander (Carvajal, I, 20.); estará allí unos quince días.

Miguel de Unamuno me dice en su última carta: "Vicente Medina me gusta cada día más. Quiero escribir acerca de él y relacionarme con él".

Escríbale usted. Unamuno es de los hombres que más valen en España.

Señas: Miguel de Unamuno, profesor en la Universidad de Salamanca.

Del drama no sé nada; es decir, sé que la camarilla que rodea a la Guerrero "se pone en guardia". He oído decir que trinan contra "Clarín".

Representétese o no esta temporada, -- algo avanzada ya -- "El Rentó" ha de ser admirado en Madrid.

Usted se impone y gana amigos, más amigos cada día. Lo tengo por indiscutible.

Adelante; no desmaye usted. El triunfo está cerca. Suyo.

J. Martínez Ruíz

Espero carta de Alas para saber lo que hay en definitiva.

J. M. R.

✠

MARGARITAS Y PERLAS

(Crónica de Bonafoux)

AL volver a casa, con el alma dolorida por la contemplación del triste paisaje que presenta Ma-

drid, con la idea fija de que aquí se ha perdido todo, y de que no hay esperanza de redención, encuentro en la antesala, sumergido en tinieblas, un joven que a primera vista me parece un estudiante de la Universidad de Koenisberg, un joven alto, rubio, de aspecto frío, de mirada observadora, de modales severos, vestido a lo cuáquero... Al verme se levanta, y tímidamente, pero tenazmente, con gesto de hombre que sabe esperar tranquilo, me ofrece, como tarjeta de introducción, un folleto que dice:

“La evolución de la crítica, por J. Martínez Ruíz”. Eran las once de la noche.

Hace un cuarto de hora que está frente a mí sin decir palabra; luego me dice con la misma timidez de Charles Malato:

—Yo no sé hablar...

¡Un español, talentoso e ilustrado, que no sabe, o que no quiere, hablar! ¡Un escritor español que vive, a lo asceta, en Madrid, enterrado en su cuartito de estudiante, leyendo a Tarde, a Dorado, a Grave, sabiendo de todo y escribiendo en silencio...

Con el mismo gesto tímido de los anarquistas de raza, me ofrece otro libro: — “Aires murcianos, por Vicente Medina”.

—¡Si usted quisiera hojearlo!... Y lo hojeo allí mismo, en seguida, no sé por qué, irresistiblemente atraído por el gesto circunspecto del estudian-

te de Koenisberg; y a medida que voy leyendo se apodera de mí extraordinaria emoción, y cuando llego a la "Cansera" se me llena el corazón de lágrimas y pienso que aún hay algo en España, porque aún hay poesía.

—Esto es una perla, una perla de orgulloso oriente, una perla "desconocida"...

El estudiante calla. Levántase para marcharse. Voy acompañándole hasta el portal, y allí me dice:

—Al lado, en Romea, hay una actriz que aplaudiría usted...

Y sin saber cómo, en vez de subir a mi cuarto a arreglar la maleta, me encuentro en Romea, en un ambiente infecto, sobre montones de basura, al lado de una chula, toda cuajada de piedras preciosas, que echa un tufo a pescadilla frita. Y sin que me la descubra el estudiante, digo: "¡es es!", y aplaudo el gesto, el desparpajo, el arte escénico, la genialidad de una actriz de veras, que París aplaudiría tanto como a la Guilbert; acaso más...

—¡Pero yo no tenía noticia de esto! ¿Cómo se llama?

—La Prado... En España casi todo lo que vale es desconocido... En provincias, singularmente en Barcelona, hay mucho talento.

Y se va, se va tímidamente, pausadamente, el estudiante de Koenisberg, pasando por entre los

“golfos” de la Puerta del Sol como la salamandra por el fuego, abstraído, ensimismado...

—“Ese”, me ha dicho alguien esta mañana, es... “un jesuíta”.

—Pues, amigo, hay que aplaudir a los jesuítas en Madrid, siquiera por gratitud, porque nos descubren las margaritas y las perlas...

Luis Bonafoux

“Heraldo de Madrid” 22 Enero 99.



Jueves, enero 1899.

Querido Medina:

Carta de Clarín en este momento. Cuatro palabras para explicar mi telegrama.

Dice que ha recomendado en carta de cuatro carillas y “con el mayor entusiasmo” a la Guerrero “El Rentó”.

“...el final del primer acto me ha parecido sublime...”

“Medina es, de fijo, autor dramático para el gran público; para “nosotros” no se diga...”

Ni la alegría, ni el tiempo, me permiten otra cosa. Acabo de leer la carta de Alas, y veo que me recomienda reserva. No le telegrafío a usted.

Prudencia. Hasta mañana. Suyo

J. Martínez Ruíz

Monóvar, 12 Julio 99.

Querido Medina:

Aunque no escriba usted más, este diminuto volumen, que es de oro, bastará para colocarle a usted entre los grandes líricos de nuestro Parnaso.

Su poesía es de las pocas que conmueven hondamente.

Diga lo que diga la prensa, puede usted tener la íntima convicción de que ha hecho una obra de gran artista.

Adelante. Le abraza.

J. Martínez Ruíz

Martínez Ruíz (Azorín) aludía a mi tomito de "Aires murcianos", de la Biblioteca "Mignon".

*

Monóvar, enero 1900.

Querido Medina:

De Madrid me mandan "hoy" su carta. Escribo para que distribuyan los ejemplares del drama y me manden el mío. Y cuando lo lea escribiré a usted.

Efectivamente, yo no veo tampoco para usted otra solución "práctica" que un estreno en Madrid. Creo que no necesitaría usted más y que podría dedicarse holgadamente al arte. Esto es algo difícil, pero se consigue; otros lo han logrado.

¿Tiene usted alguna obra en preparación? (ha-

blo de teatro). No tengo grandes dotes de sociabilidad, mejor diré, de flexibilidad de espíritu para llevar a término negociaciones en escenarios y cuartos de cómicos, pero desde luego me ofrezco a gestionar, a mi vuelta a Madrid, el estreno de un drama de usted. Hablo con entera sinceridad. Tengo fé en sus dotes de dramaturgo y tengo verdadero empeño en que el poeta dramático "salga" como ha salido el lírico.

Mi ideal sería que se representase "El Rentó". Y desde luego pondré de mi parte lo que pueda cuando vuelva a Madrid, que será dentro de un mes. Sea en ésta o en la próxima temporada, la cuestión es que llegue el momento.

Mande usted un ejemplar de "La sombra del hijo" y otro de "¡Lorenzo!" a D. Vicente Colorado, Colegiata, 14, Madrid.

No tengo ni un ejemplar de "Los Hidalgos". Cuando vaya a Madrid le mandaré a Ud. uno. Le abraza.

J. Martínez Ruíz

*

Cartagena, Noviembre 1900.

Mi querido amigo Martínez Ruíz:

Recibo su deseada.

Esa lucha, la lucha horrible en ese "am-

biente de frivolidad, de mala fé, de pequeñez, de envidias", me la imagino y, por eso, cada día deseo menos ir a Madrid.

Iría, si me lo permitiesen mi esclavitud y mi bolsillo, pero solo a ver a los buenos amigos y a gestionar el estreno o edición de alguna obra . . . nada más! unos días y, a ser posible, no visto de nadie . . . ¡Madrid, ese Madrid **oscuro**, me dá miedo!

Y luchar, sí; pero no como luchan ahí tantos desgraciados, perdiendo un tiempo precioso, alimentándose de una vida vana . . luchar, sí, como Vd. y algunos más: creando, produciendo, dejando rastro, abriendo el hondo surco

En mi vida material continúo lo mismo: con mi familión y mis tres destinos: tarea brutal desde las siete de la mañana a las nueve de la noche y cuarenta y seis duros al mes

En mi vida intelectual, produciendo, como siempre: con horas robadas al descanso y de aquí y allá como Dios quiere, sin leer nada de lo mucho que deseo, y, en la actualidad,

un poco fatigado por la extensa labor de dos años a esta parte... Comprendo que necesito descansar, si todavía quiero producir algo fresco y sano... Aquí de mis proyectos teatrales: con un buen éxito creo que mi vida se arreglaría un poco...

Fuentes? la 2a. temporada del Español? No he hecho gestión alguna este año por ahí. ¿Por qué? Mil causas, verá Vd.: Por un lado cierto desaliento... así como la intuitiva certidumbre de que es pronto, de que no son llegados los días... por otra parte la desilusión de mi ¡Lorenzo...! 6 representaciones en toda España, a pesar de su éxito **verdadero**: 20 duros total, cobrados por derechos de galería... creo también que lo de la 2a. temporada del Español se quedará en agua de cerrajas o será un negocio tan deplorable como el del año pasado... luego muchas obras de grandes maestros, el asedio de los arregladores, Balart que no sé cómo vería **El rento**, única obra que yo daría para la 2a. temporada del Español... ¿Qué hacer? Si se le ocurre, aconséjeme algo, guíeme!

Thuillier lleva para estrenarlo en provincias otro drama mío que Vd. no conoce aún: **El canto de las lechuzas**. . . un tanto convencional. . . todo por los míseros ochavos!

Miguel Muñoz, que está en la Princesa, tiene el ejemplar de **Pedrín**.

Felisa Lázaro tiene el ejemplar y música de **La Perla**, zarzuela en un acto.

Bartolomé Perez Casas, Músico Mayor de Alabarderos, tiene para ponerles música:

¡**Lorenzo!**. . . Arreglo a zarzuela, drama lírico en un acto. **La coplica triste**, drama lírico, ópera en 3 actos de costumbres huer-tanas.

La sombra del hijo. . . esperando turno y una ocasión en que el arte honrado y el sentido común abunden un poco.

Ya vé Vd., todo esto es lo que hay.

Dentro de dos días le enviaré los libros prometidos.

Sus cartas me hacen mucho bien y las deseo.

Suyo y también le abraza de corazón.

Vicente Medina

Madrid 22 Abril 1902.

Querido Medina:

La lucha literaria es la más estúpida de todas las luchas. El calificativo de imbecil es ya, definitivamente, monopolio de la gente de pluma. No me extraña lo que le sucede a usted, no; a mí, a Baroja, a todos los que no somos industriales, nos pasa cosa parecida.

Vives me preguntó si conocía un poeta para que haga un arreglo del Tenorio, que necesita, yo le dí al nombre de usted. ¿No le ha escrito nada? Hace quince días.

Me imprimen en Barcelona una novela: "La Voluntad".

Y voy a comenzar otro libro, vivido: "La vida obrera".

¡Adelante! Suyo

Martinez Ruiz

Relatores, 22, 30.

*

MÁS ÍNTIMO Y PRIVADO

Archena 6 Junio 1898

Mi querido hijo Vicente:

Recibida la libranza y las tuyas, celebrando sigais buenos y quedando enterado de su contenido.

Yo cada día peor, a pesar de ciencia, paciencia y Cía.

Los demás, regular, esto lo hago en la cama.

Recuerdos a Josefa, besos a Aurora y tú el cariño de tu padre.

Juan de Dios Medina

Y mi padre se murió a los pocos días.

*

Archena 4 Noviembre de 1902

Mis queridos hijos: En mi poder los cinco duros; me alegra que esteis buenos; yo regular.

De lo que me dices de tu viaje a Madrid, lo que es menester que sea acertado y que todo te salga a medida de tus deseos.

Sin más, el cariño de vuestra madre.

Joaquina Tomás

Yo iba a Madrid a recoger promesas y desengaños.

*

Archena 6 Febrero 1906

Mis queridos hijos: Ha sido en mi poder la vuestra y la letra de cinco duros. Casa de José Antonio, al pagármela, se han cobrado cinco reales para la cuenta atrasada que dicen importa veintiuna pesetas. El otro día fuí a que me dieran para guisar hasta que tú me mandarás dinero y no me quisieron fiar nada ni allí ni en ninguna parte. Con los cinco duros he pagado lo que debía y

me quedan veinte reales para una arroba de harina. Hacen unos fríos atroces y en el pueblo hay una miseria terrible.

Vuestra madre que os quiere

Joaquina Tomás

*

Cartagena 15 de Febrero 1906

Deseo que esteis buenos al recibo de esta aquí todos buenos: Hay te manda Vicente 3 duros que cobrarás y que con ellos comprarás dos arrobas de arina para que tengamos pan este carnabal que si Dios quiere iré a esa y el otro duro para que gastes o pagues tu beras. Sabrás como cuando vine me encontré a tu padre en el camino con la brigada y que lo salude y me contestó muy afectuoso pero no me dijo que me quedara a dormir en la casilla nada más que no dejara de ver a tu madre cuando pasara por la casilla y así lo hice por cierto estaba algo costipada y tampoco me dijo de quedarme a dormir sino que me dió un pedazo de longaniza y un vaso de vino y se empeñó en que tomara una peseta y en ninguna parte me quisieron recoger por no llevar documentos y llegué a Cartagena a las once de la noche y dormi en la imprenta de La Tierra. Con que ya sabes. De lo que debemos viejo no des un cuarto pues oy no estamos pa pagar pues ya bendra el berano y

además aquí ay poco trabajo pues eso se lo debo a Vicente.

Oy me e compraó un pantalón de pana y unos apargates cuando la semana que viene o sea vísperas de carnabal baya me lo coseras.

Ricardo vive con su cuñada Carida en la calle del Duque en una Terraza y sigue trabajando todavía.

Pepe como siempre con dos o tres novias siempre muy contento.

Aquí oy no ay que pensar en nada de venir asque esto se asegure más o me coloque yo en alguna parte. Mandame en hilo la media de el pie con calcetín de Juan de Dios y Alfonso para si puedo llevarles unos apargates cuando me baya pues de aqui duran mucho si tengo dinero.

Sin otra cosa que los conserveis buenos

Juan de Dios.

Esta carta es de un hermano mío a su mujer.

*

Y aun habrá quien, después de leer todo esto, me pregunte por qué emigré de España.

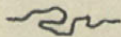
Lo que siento es que no se puede emigrar de La Tierra sino suicidándose.

*

¿Que por qué doy estas cartas aquí, al-

gunas tan de índole privada? No sé: por impulso; el impulso suele ser, como la intuición, heraldo de la razón. ¿Cuál, si no la índole privada, es la íntima, la que más "yo" y relación con el "yo" nos puede dar?

Hay cosas y detalles que relacionan y complementan otras cosas; el fondo y el ambiente son necesarios al cuadro, a la figura, al drama.



Despertando en América

(Mi segunda época literaria)

YO le doy a mi segunda época literaria, tanta importancia como a la primera. Y le doy tanta importancia a mi prosa como a mi verso.

“Un escritor ensancha sus propósitos a medida que su público se ensancha”. Unamuno dijo esto y creo que a mí me ha pasado.

Yo emigré de España con ansias de renovación y juraría que me he renovado no so-

lo psicológicamente, sino fisiológicamente. Estoy ahora más joven de alma y de cuerpo que cuando salí de España, hace catorce años.

De mi segunda época literaria son mis obras siguientes:

Abonico (cartas del emigrante) Nuevos Aires murcianos.

Canciones de la guerra.

Ya regada está la tierra con la sangre de los hombres.

Hondos surcos han abierto los trabajos y las penas.

¡Sembradores, a los campos que es el día de la siembra!

TRIBULACION que contiene:

Hacia la nueva Jerusalén.

Patria grande.

Ante la nueva fábrica del mundo.

“Abonico” es aquel sentimiento del terruño, en la ausencia...

Los otros libros (ensanchado el propósito del escritor) son el grito dolorido, el ánimo atribulado, el ansia orientadora, ante la vida humana desquiciada...

Después han seguido mis otros libros:

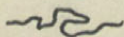
- Viejo cantar (Versos de amor a los 50 años).
 ¡Padre nuestro! (Breviario).
 Patria chica (Sentimiento regional).
 En las escuelas (Preceptiva pedagógico-literaria).
 En el mundo huérfano (Excepticismo).
 La compañera (Versos — Poema íntimo).
 Humo (Yo mismo — Autobiografía, confesiones, intimidades.)

Hasta aquí lo publicado de mi segunda época; pero me quedan para editar, y todavía inéditos, estos otros libros:

- Pavesas
 Cenizas
 A la buena de Dios
 Heces
 Sin rumbo
 ¡Sed tengo!
 Ninfas y sátiros
 Plumas al viento
 Mujer, Dios te salve
 En el surco
 Aires argentinos (Estilos)
 &ª. &ª.

Más o menos, otra docena de volúmenes.
 Me he rebuscado, me he depurado... Ga-

nándome la vida en otros campos, he trabajado en el de la literatura desinteresadamente, procurando dar a mi obra una finalidad humana de belleza y de orientación...



Unas palabras al
aparecer en
revista "Letras"

ESTA revista viene a llenar una gran necesidad... una gran necesidad de nuestro espíritu. Viene también a llenar un vacío... uno muy grande y espantoso, que invade al mundo; la universal vaciedad.

¿Sirve para maldita cosa la literatura?

Si: para mortificar a los estudiantes en los forzados cursos que de ella imponen todas las Universidades e Institutos, sin práctico

objeto alguno, francamente; y para molestar a los lectores (mayoría de mercaderes e industriales) que al hojear diarios y revistas buscando anuncios, cotizaciones, crímenes y política, pasan rápidamente las páginas de versos y de prosa literaria haciendo ¡fú! como el gato: “¡Qué peste de literatura!” — exclaman.

Estos lectores tienen razón: las revistas y diarios aun suelen publicar vergonzosamente alguna cosita que otra, literarias, en contra, por cierto, de sus intereses, pues molestan a su público. No deben publicar nada absolutamente de literatura: perseveren en el ejemplo de esas grandes revistas de Norte América, ejemplo que ya siguen otras muchas de Europa. Se impone la cultura práctica. ¡Fuera lirismos!

Nosotros tenemos nuestras rarezas pero somos razonables y vamos a ser sinceros: Esta revista, que será literaria y de ideas, la publicamos solamente para unos cuantos raros como nosotros. Al gran público devorador de anuncios, cotizaciones, política y

demás crímenes, le recomendamos las otras revistas vergonzosamente literarias y, mejor, los catálogos de las grandes tiendas y bazares.

Esta revista la publica un poeta que es empleado de comercio. Este poeta conoce así lo ideal y lo práctico y, por eso, lo ideal y lo práctico formarán el carácter de esta revista.

¡Ojalá pudiésemos abrigar la ilusión de llevar a los hombres esta redentora teoría de lo ideal y lo práctico!... ¡pero no nos hacemos ilusiones!

En estas páginas el poeta irá dando versos y prosas: lo suyo y lo de otros. Para nada nos preocuparemos de que lo que hayamos de publicar sea o no inédito. Trataremos de que sea selecto, o cosas que en sí encierren algo bueno.

Nos ocuparemos también de trabajos literarios, de autores noveles principalmente, publicando y comentando lo que podamos. Nuestra crítica será sincera, mensurada y breve.

En una sección titulada “**Correspondencia**” contestaremos las cartas.

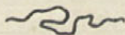
Devolveremos personalmente en nuestra redacción a los autores los originales que no publiquemos, y les instruiremos “en el oficio” en la parte que podamos, sin endiosarnos. Sabemos tratar bien a las personas, porque hemos sido tratados mal muchas veces.

Hay grandes revistas que se han formado y hecho poderosas y ricas, a la sombra de literatos y artistas que siguen pobres. Y estas revistas hoy ponen en letra muy visible en todos sus números un cartel de ignominia que dice más o menos: “No contestamos las cartas ni acusamos recibo de libros ni de originales. Los originales no los devolvemos. Pagaremos solo aquello que nosotros solicitemos y publiquemos cuando nos convenga”.

Verdaderamente estas revistas, mejor dicho estas empresas, hacen bien, porque para ellas lo de menos es ya la literatura y el arte.

Nosotros no pagaremos, por ahora lo que publiquemos... pero tampoco pensamos cobrar nosotros.

Esta revista será muy personal, muy del poeta que la publica. Sépalo el público para no llamarse luego a engaño.



La poesía del pueblo

TENEMOS nuestra opinión sobre la poesía popular: Hay grandes colecciones de cantos "populares": populares porque fueron hechos por el pueblo sin preparación e improvisados casi siempre; populares también porque de autor anónimo, hijos sin padre, los adoptó el pueblo.

Creemos que en la poesía popular, hija del pueblo sin preparación, hay pocas cosas buenas. Hay muchas pero lo son, seguramente, de autores desconocidos cultos y preparados y que tomaron con plausible acierto

la hermosa y sencilla modalidad del pueblo.

Pero tenemos que explicar lo que entendemos por culto y preparado, pues para nosotros no lo es precisamente quien cursó una carrera ni quien obtuvo a más o menos tirones un título académico.

Es culto para nosotros quien cultivó su espíritu en silenciosa labor de sentimiento y pensamiento.

Unamuno dijo:

... ara en mí, como un manso buey, la tierra el dulce silencioso pensamiento”.

Y ya en este punto, puede ser culto para nosotros un humilde pastor analfabeto...

Y preparado también, porque, si no se preparó en aulas y bibliotecas, ha podido prepararse, para ser poeta popular al menos, oyendo canciones y viejos romances que luego le servirían de modelo y guía para sus cantos...

Y así entendemos que hay buenas poesías populares que vienen de poetas populares;

pero cultos y preparados, a su modo.

De uno de estos poetas vamos a ocuparnos; es un jornalero de la tierra; es de una región de España donde se “trova” mucho: el campo de Cartagena. Los trovadores de allí podrán ser como los “versolari” vascos y otros poetas populares de otras regiones. La inmediata calificación de trovadores les viene de su facilidad para “trovar” o para hacer “trovos”.

“Trovo”, o glosa, es una composición en octosílabos con un cuarteto y cuatro quintillas, siendo el último verso de cada quintilla uno de los versos del cuarteto.

Este jornalero, poeta, era un conocido nuestro, del cual no conservamos hoy ni el nombre. Y así habrá venido a ser muchas veces la poesía popular anónima. Este jornalero había emigrado sin la familia. Un día dijeron que le había escrito a su mujer una carta en verso. Solicitamos ver la carta y nos gustó tanto que pedimos una copia. Eran unos “trovos”. La forma simple, sencilla, popular, ya nos gustaba; pero lo que más nos encantó fué el sentimiento, la ternura,

en términos tan reales y tan humanos. ¿Y las incorrecciones? ¡Oh, qué gracia y qué verdad!

Damos seguidamente, la producción del poeta popular anónimo y cuidamos, como de una filigrana, de que salga con todas sus incorrecciones y detalles auténticos para mayor realce de su valor y belleza.

Los poetas que pierden el tiempo en composiciones insulsas y falsas, rebuscando palabras cuando debían rebuscarse el corazón, descúbranse y lean:

María me acuerdo de tí
De Carlos y Ana María
También me acuerdo de Elisa
Y lo que aigas dado a luz

Cuando me pongo a sulsir
 O me pongo a remendar
 Lo que tengo que sufrir
 En tí me pongo a pensar
María me acuerdo de tí.

Cada ves que veo niños

Más si los siento llorar
Me acuerdo yo de los míos
Digo: Lo mismo estarán
Mi Carlos y Ana María

Vi una niña pequeña
por la calle pasear
Ruvia y era muy vonica
Y yo me puse a pensar
También me acuerdo de Elisa

Nunca te pensarás tu
Lo mucho que en tí é pensado
Si avrás tenido ora buena
Yo a Dios se lo e rogado
En lo que aigas dado a luz

*

En pensar en tí no duermo...
A las dos de la mañana
Me levantaba a escribirte
Mejor que estar en la cama

Me se figura a mi mismo
Mentira lo que te digo
Porque aquí muy poco duermo

Tanto como aí e dormido
En pensar en tí no duermo...

Levantarme de la cama
Yo en esa para escribir
Nunca lo e echo serrana
Pero aquí si me levanto
A las dos de la mañana.

Yo estaba pensado en tí...
Cuando me ponía a senar
Desía: Tengo que escribir
Y a de ser de madrugada
Me levantaba a escribir

De tí mucho me acordaba
También de nuestros claveles
Y soñava que lloraban...
Tenía gusto de escribirte
Mejor que estar en la cama

Este gran poeta humilde, emigrado de su hogar, zurce y remienda su pobre ropa de jornalero y piensa enternecido en su mujer María.

María me acuerdo de tí

Y en sus hijitos: Carlos, Ana María y
Elisa

Y en lo que aigas dado a luz

Dejó en cinta a la esposa y piensa melancólicamente

Si avrás tenído ora buena

Yo a Dios se lo e rogado

Vé niños, y se acuerda de los suyos:

Más si los siento llorar

Se acordó de su Elisa viendo pasear por
la calle una niña

Ruvia y era muy bonita

¿Y cuando se levanta a escribir porque
no puede estar en la cama?

En pensar en tí no duermo

Luego agrega:

De tí mucho me acordava

También de nuestros claveles

Llama claveles a sus hijos. ¡Oh delicado

cantor del pueblo!

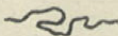
Y soñava que lloravan

Acendrado amor de padre tierno.

Tenía gusto de escribirte

Mejor que estar en la cama

¡Angustia de la ausencia y de la separación, explosión de ternura y de tristeza!...



Pequeñas andanzas

del autor novel

Nos parece que fué Azorín quien estuvo en Oviedo y visitó el despacho de Clarín. Queremos recordar que, de la lectura de aquella visita, nos impresionó mucho el detalle de haber visto Azorín en el despacho del maestro montones de libros sin cortar, sin abrir.... quizás sin romper la faja de correos...

La emoción, la tristeza de aquel detalle, la sentimos todavía... Hemos sido jóvenes, hemos escrito un libro y, poniendo en él nuestras ilusiones y nuestras esperanzas y una dedicatoria de acatamiento y ruego, lo hemos mandado al maestro... Y aquel libro (sin abrir, sin romper su faja siquiera, igno-

rada aquella dedicatoria humilde y cariñosa que pedía una mirada y un momentito de atención) ha quedado arrojado sobre el montón y hundido por otros que corrieron la misma suerte y que fueron tirados allí como víctimas... ¡Oh, la queja, la cariñosa súplica de aquellas dedicatorias ahogadas en aquel montón de esperanzas y de ilusiones...

¿Y qué culpa tenía el maestro? ¿Cómo iba a leerlo todo? No tenía tiempo. Atendía su cátedra, escribía críticas y críticas, traducía y, finalmente, era artista, era pensador, y él también quería escribir, dar su corazón y su pensamiento.

Apenas había, ni ha habido después, otro crítico asiduo como Clarín; recibiría montones de libros diariamente... ¿cómo leerlos todos, ni hojearlos siquiera?

Paseábamos un día con Azorín y nos parece que nos dijo:

—Mi “Sociología criminal” no la ha leído Clarín. Se ha ocupado de ella ateniéndose a lo que de ella le digo en mi propia carta.

Cuando nosotros comenzábamos, comenzaba también Azorín a darse a conocer. Por cierto que tuvo que apelar a fuertes gritos de rebeldía para que fijasen en él la atención. Mandamos entonces a Azorín algunos recortes de nuestros versos: "Murria", "Cansera" y otros, y en la carta le decíamos más o menos: "Si es Vd. como tantos otros, no nos hará caso, no nos leerá siquiera"... Y Azorín no fué como tantos otros: nos leyó y publicó en "El Progreso" artículos que nos dieron a conocer y que nos alentaron. Azorín nos sacó de pila y siempre se lo agradeceremos con toda el alma.



Nosotros hemos trabajado mucho porque nuestros trabajos sean conocidos, sancionados, aconsejados, y hemos sufrido (¡Oh, fecundo sufrimiento!) para llegar a nuestro fin.

Los mismos amigos buenos que nos aplaudían y alentaban, nos han llamado "lata" y nos han mandado a paseo alguna vez.

En una ocasión quisimos leer nuestro dra-

ma “El rento” a estos amigos y prometimos antes, para atraerlos, convidarlos a pastelillos. Comenzamos la lectura comiendo pastelillos y cuando se acabaron éstos, fueron desertando los amigos poco a poco con distintos pretextos. Seguimos leyendo, no obstante, reconocidísimos a un señor de edad que pacientemente nos escuchaba. Era en el “Ateneo” de Cartagena. Nuestros amigos jugaban al billar en una sala próxima, haciendo la digestión de los pastelillos. Llegamos al final de la lectura y miramos al señor que nos seguía escuchando. Aquel señor era Don Juan Miguel López y dormía profundamente.



Otra vez, en aquella ciudad provinciana, habíamos recibido la carta de Don Juan Valera que figura en nuestro libro “Poesía”. Hicimos un viajecito a Madrid a otras cosas y quisimos ver a Don Juan, que ya estaba ciego, para agradecerle su carta. En la antesala de la casa de Don Juan nos recibió una sirvienta tan fina, tan dulce y tan

amable, que merecía ser reina, no de la casa de Don Juan Valera, sino de un palacio.

La sirvientita nos hizo sentar y tomó nuestra tarjeta. Nosotros no íbamos lujosamente portados; íbamos modesta y pulcramente vestidos. Acaso nuestro gabán tenía un corte provinciano... tal vez, algo corto de mangas, dejaba asomar un poco (detalle de mal gusto) las de nuestra americana... quizás también llevábamos el calzado un poco empolvado: habíamos llegado a pié. A poco de sentarnos, salió la señora de Don Juan Valera trayendo nuestra tarjeta en la mano, y muy displicente y altiva se nos dirigió de este modo:

—¿Qué deseaba usted?

—Señora... (poniéndonos de pié) ver a Don Juan Valera.

—¿Y quién es usted?

—He dado mi tarjeta, señora.

—¿Usted es Vicente Medina?

—Sí, señora.

—¿Y usted piensa que basta ser Vicente Medina para ver a Don Juan Valera?

En esto, y gracias a Dios, al destemplado tono de la señora, acudió Pedrito, el secretario particular de Don Juan, y nos hizo pasar al despacho, dándonos excusas, justificando la acritud de la señora por los continuos sablazos de que era víctima Don Juan por parte de los bohemios y escritores de mal pelaje. Yo me acordé entonces de aquellos elegantes abrigos de pieles y de aquellas chisteras alisadas que al diputado de nuestro pueblo le abrían las puertas de los salones, a pesar de que el diputado era tonto de nacimiento y solo sabía decir, como un lorito, cuatro correctas vulgaridades.

Nos compensó el recibimiento cariñoso de Don Juan Valera y de su secretario Pedrito, que con su exquisita amabilidad y cultura nos borraron el mal efecto de aquel impertinente:

¿Quién es usted?

¡Oh! También nos compensó la deliciosa amabilidad de aquella sirvientita haciéndonos sentar... De aquella sirvientita culta y delicada que merecía, no digo ser la rei-

na de la casa de Don Juan Valera, sino la reina de un palacio.



Unamuno estuvo en Cartagena de mantenedor de unos juegos florales. Ejercitaba su apostolado. Fuimos a verle a la casa en donde se alojaba y estuvimos con él en su habitación. Nos llamó la atención su baúl de viaje: era un baulito de estudiante, diminuto y casi vacío. Lo abrió ante nosotros para sacar unos papeles, y había eso: papeles, alguna ropita blanca y un levitón negro: “No gasto corbata — nos dijo — uso chaleco cerrado hasta arriba”.



A Martínez Ruíz (Azorín) lo vimos en Madrid. Vivía en una casa de huéspedes. Nos hizo pasar a la habitación donde trabajaba. — He terminado ahora mismo “La evolución de la crítica” — nos dijo.

Efectivamente allí estaba la obra. Había

una mesita de pino humildísima, de tres pesetas, y sobre ella un tintero de los de a diez céntimos, tres o cuatro cabos de pluma de los de a cinco céntimos y una botella grande de tinta, pero vacía... Todo el piso de la habitación estaba cubierto de cuartillas manuscritas que el escritor había arrojado al suelo para no perder tiempo en secarlas... aún estaba en algunas la tinta fresca, la tinta de los grandes y gruesos caracteres, y las plumas estaban embadurnadas y había tinta en la mesa, del sacudir de la pluma, como si, en una fiebre de escritor, la tinta sobre las cuartillas, y las cuartillas por el suelo, se hubiesen derramado fluídas y abundantes como las ideas.

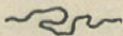


Acompañados de Azorín fuimos a visitar a Núñez de Arce. Núñez de Arce era académico y nos recibió en un gran salón aristocrático alfombrado y ricamente amueblado y lleno de chucherías.

Recordamos de aquella visita un soberbio

y rico escritorio que había en un extremo del salón y en donde nos recibió Núñez de Arce.

Nos impresionó, me impresionó a mí, vivamente, aquel escritorio, porque había en él un tintero de nácar que jamás había contenido tinta y una pluma de oro no mojada en el tintero nunca... Aquel aparatoso escritorio sin tinta y sin cuartillas borroneas, nos dejó helados.



El poeta novel

LA poesía está en decadencia"... "La poesía está llamada a desaparecer"...

Desgraciadamente hay poca afición a los versos... Se escriben pocos versos buenos... Reconozcamos también que la Humanidad toda está casi por civilizar...

Pero la poesía no desaparecerá... La poesía es el encanto de muchas cosas imperecederas: la delicadeza de las almas, el perfume de las flores, la belleza de los cielos...

No es posible la vida sin poesía: sin ilusión, sin ideal, sin un fin... Ese fin para el que hemos sido creados: anhelo al que damos cada cual formas ideales a su modo... El más bestia tiene su ideal, aunque sea un ideal de bestia.

Los versos son una forma que recoge la poesía de las cosas, como la prosa y la música y la pintura y la escultura...

Hay cosas que solo pueden expresarse en verso con toda su belleza y todo su encanto.

Y por esto hay y habrá siempre poetas.



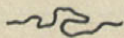
Ahora bien. Ya sabemos que hay muchos poetas malos: la mayoría; pero algo así sucede con los músicos, los pintores, los escultores... Y nadie afirma que están llamadas a desaparecer las otras bellas artes que no son la poesía.

De entre los poetas malos salen los buenos... y ya es bueno el que trata de recoger en un verso una sensación delicada. Si

no aciertan siempre estos poetas malos no es por falta de buena voluntad... Además la crítica (muchas veces peor que ellos) ni benévola ni tolerante, los persigue con ensañamiento, y ellos sobre su buena voluntad, que ya es algo, tienen aureola de mártires de una inocente y bella inclinación.

Tratemos de orientar a esos poetas nuevos; digámosles:

“No escribais sino lo que sintais hondamente, y dadlo con la frase natural, clara, sencilla, gráfica... Preocuparos de dar la sensación de las cosas y no de que la forma sea bella... La belleza de la forma es su fuerza de convicción que es la verdadera elocuencia.



La admiración al genio

EL público apenas concibe a los genios si no fueron, siquiera al principio de su carrera, pobres infelices, hambrientos y con los pantalones rotos, que pasaron muchas noches al raso en el banco de un jardín y tiritando de frío bajo la capa de los cielos...

Verdaderamente la capa de los cielos es bastante desabrigada... tachonada de astros refulgentes y todo, le pasa lo que a los mantos reales: que no abrigan a los pobres que tiemblan de frío... A un pobre hom-

bre, que era muy bueno y que era mi padre, lo recuerdo yo cuando abrigaba a sus hijitos debajo de su capa raída y llena de agujeros!... ¡Aquella capa sí que era calentita!... ¡El manto de los cielos!... Tristes de los que no tengan otro abrigo!...

Pues, como íbamos diciendo, el público no concibe a los genios, en sus comienzos, sino pobres y muertos de hambre y de frío. Le pasa igual que con los maestros de escuela y con toda clase de profesores: siempre se los imagina también pobres y famélicos.

Y esto el público lo encuentra natural y lógico: “¿Cómo, si no son pobres, han de ser poetas, artistas, profesores, genios?”

Nosotros también encontramos muy natural y lógico en el público ese concepto de justicia que tiene respecto a ciertas cosas.

Yo recuerdo cuando me dieron un empleo en las oficinas de aquella gran empresa: el Director me recibió muy afable:

—¡Amigo Medina! ¿Qué tal esos versos?

—Bien, Señor Director.

—¡Oh, aquella “Cansera”!...

A los pocos días el Director me encargaba un bombo para la empresa aquella: había que hacer algo para sostener las acciones... algo como un reclamo de cartel de esquina... cifras y vaticinios altisonantes en el campo de los negocios.. Yo sudaba tinta... El Director me decía:

—El autor de “Murria” y de “Cansera” y de “La canción triste” debe encontrarse esto hecho...

—Trataré de complacerle, señor Director.



Y el Director estaba contento y ufano de la protección que me dispensaba. Un día yo mismo oí desde Secretaría como en la opulencia de aquella oficina de la Dirección le decía a un acaudalado amigo:

—Ahí tenemos a Medina, el gran poeta. A mí me gusta proteger a los que valen. Le damos treinta duros.

Después el Director mostraba al señor

acaudalado las oficinas y el personal, y cerca de donde yo estaba le oí decir:

—Es aquél.

Y me señalaba como a un bicho raro.

El señor acaudalado parece que no encontró en mí nada de particular.



Ha pasado el tiempo y hemos rodado por el mundo:

Eres pobre y eres peña
que por los suelos te vés
y que vas ande te rulan
los que te dán con el pié.

Y hemos recordado con gratitud aquel nuestro Mecenas, a su modo... Otros no nos han hecho la merced de recordarnos nuestras obras geniales encomendándonos un bombo para la plana de anuncios de un diario, ni, menos, nos han señalado, mostrándonos a los visitantes como un raro ejemplar entre los bípedos. No nos han he-

cho caso, en su perfecto derecho. Nos han tomado, por tanto al mes, para su servicio y necesidad.



Pero todo esto no sería nada.

Lo que sí nos llegó al corazón fué la original manera de ser considerados por un admirador nuestro, de verdad, por un conocedor y entusiasta, de verdad, del arte y de las legítimas exquisiteces de la literatura.

¡Triste ironía de la vida! Por algo nosotros no nos queremos hacer demasiadas ilusiones ni empingorotarnos.

Yo a la sazón era empleado de una empresa higienizadora: alcantarillas, cloacas, detritus y aguas sucias...

El cargo no era nada limpio, pero sí su misión y finalidad... Y yo, un poco filósofo, sabía ver la sublimidad de esos hombres humildes y limpios de corazón que se hunden en inmundicia, para que la gente muy lavada y muy planchada aparezca limpia en las calles disimulando la porquería de

su alma...

Pues este admirador mío, que era un fuerte propietario de casas, cuando yo iba a cobrar los recibos de aquella empresa que se enriquecía con el sustancioso negocio de los fecales, siempre me entretenía hablándome de versos y haciéndome tener los recibos en la mano. Cosa que no me agradaba mucho, entre paréntesis, pues desde que tuve que aceptar aquel empleo, porque para vivir no hay que andar con dengues y ascos a más o menos porquerías, se me metió la aprensión de que aquellos recibos y todos los papeles de la empresa olían a cosa fea. También, después de enjabonármelas mucho me llevaba siempre las manos a la nariz oliéndomelas desconfiado, y hasta le encontraba a veces a lo que comía un cierto sabor desagradable relacionado con el artículo principal de nuestra industria y negocio.

Pero esto no era nada comparado con manos sucias y ensangrentadas que no pondrá nunca en luz ningún jabón del mundo ni bajado del Cielo, ni comparado tampoco con las cosas repulsivas que hay que tragar

y digerir en esta comida de fieras en que los hombres gruñimos disputándonos la carroña.

Pues este admirador mío me hablaba de versos, como digo, siempre que iba a cobrarle los recibos por extracción de materias fecales, y aunque era ya contraste demasiado fuerte el hablar de versos con motivo de aquella misión mía que trascendía a lo más recatado y deplorable, no lo era tanto, sin embargo, y es lo que yo quería referir, como el remover mi admirador aquellos negocios, a la vez que me ponderaba mis versos. Más o menos su discurso era éste:

Amigo Medina: No me hartaré de alabarle "Las acacias", poesía aromática, sutil, tristísima, y aquella otra "¡Ya, ni el olorco!" más fina, más delicada todavía...

—Gracias.

—Qué gracias. ¡Es usted nuestro poeta, ¡nuestro gran poeta!

—Y usted es muy amable.

—A propósito. Séalo usted también una vez más: Le ruego avise a la empresa para que en aquella casa que tengo frente al pa-

lacio real limpien los pozos negros, pues la... materia fecal... ya se derrama...

Y ya sabe, poeta: me deleito con las perfumadas "acacias" y con aquella exquisitez de "¡Ya, ni el olorcico!"

Y yo me marchaba diciendo:

—¡Dios mío, Dios mío!... "¡Ya, ni el olorcico!"... ¿Cabe esto en lo posible? ¡Oh, la admiración al genio!



Seamos modestos

y sinceros

UN comerciante, un industrial, un boticario, anuncia sus artículos encomiándolos pública y escandalosamente con toda clase de alabanzas: “maravilloso” “exquisito”, “insuperable”; y no solamente los alaban ellos mismos, los autores, sincera y noblemente, sino que los ensalzan y los levantan a las nubes, principalmente, no con la demostración de méritos en lo propio, sino con la negación de todo mérito en lo ageno. Y así dicen leal y caballerescamente: “No os dejes engañar”. “No os dejes estafar”. “Na-

die ofrece cosas legítimas como nosotros”. “La bondad de nuestros artículos nadie la tiene”. “Nosotros somos los únicos que no adulteran, que no engañan en el peso y la medida y que ofrecen productos laborados a conciencia”.

Esto de la conciencia es lo que más nos enternece.

Luego después nos encanta la modestia, la bien humilde aspiración de estos comerciantes, industriales y boticarios. Ellos no pretenden una fama gloriosa de siglos, ni siquiera de años. Se conforman con que la gente preste alguna atención a sus llamativos carteles y anuncios y estiman en mucho el breve éxito de una temporada.



Somos los poetas, los literatos, los artistas, de otro modo, apartándonos de toda práctica realidad.

Nos hacemos demasiadas ilusiones: no es más estimada nuestra producción, ni son más apreciados nuestros artículos, que los de co-

merciantes, industriales y boticarios. Ni más, ni tanto, generalmente, por la poca utilidad y aplicación de lo que producimos.

No debíamos, así, aspirar, como aspiramos, a fama perdurable por años, por siglos, imperecedera... ¡oh, la inmortalidad!

Sería lo razonable aspirar a un éxito de temporada, a llenar algún huequecito que otro en el aburrimiento de las personas serias.

¡Ah, nosotros quisiéramos que nos leyese todo el mundo!... Desengañémonos, eso no es tan fácil. En primer lugar está abarrotado el mercado literario y hay dos clases de público: uno intelectual que, como lo sabe todo, no lee; y otro ignorante que no lee porque no sabe leer o porque no sabe lo que lee.

Después nosotros no hacemos por nuestros artículos lo que hacen por los suyos el comerciante, el industrial, el boticario... Nosotros deberíamos anunciar nuestros productos en carteles, anuncios y reclamos, no, como suele hacerse, en anónimas gacetillas redactadas por los mismos autores, sino en

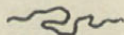
francos artículos de abierta alabanza, firmados por nosotros, usando del legítimo recurso de decir: "No leáis aquello ni lo otro. Leed lo nuestro solamente: nada tan exquisito, tan legítimo, tan de primera calidad".

Y de este modo, no digamos compitiendo con la gloria de un jabón, de un petróleo para el pelo, o de otro de esos grandes artículos que ocupan las mejores páginas y planas de color de revistas y diarios, pero sí modestamente dentro de lo que podemos pretender, obtendríamos algún apreciable éxito de temporada y nos distinguiríamos por nuestra sinceridad alabándonos, y por nuestra modesta aspiración no pretendiendo glorias ni famas perdurables, sino el éxito modesto y de temporada de cualquier artículo de bazar, de una tela rameada, de un dentrífico, de un callicida...



A nosotros nos ha parecido muy bien esta luminosa idea que hemos tenido de no hacernos vanas ilusiones y de venir a la rea-

lidad, buscando nuestro justo nivel entre comerciantes, industriales y boticarios, y en lo sucesivo seguiremos el ejemplo de éstos alabando nuestras cosas con abundancia de certificaciones, como en los específicos, y poniendo nuestra gloria, no en la inmortalidad, que de nada ha de servirnos si a pesar de todo hemos de morir, sino en el éxito modesto pero real que podemos obtener con unos versos como con un artículo novedoso de quincalla o de bisutería.



"Letras" al final

del año 1919

CON toda clase de fatigas y de apuros doy fin al IV año de mi revista LETRAS; probablemente no seguirá saliendo esta publicación. Me dá pena ¡pero qué le vamos a hacer!

No me quejo de nada ni de nadie; todo sucede lógica y sencillamente respondiendo a la alta y natural razón de "porque sí".

LETRAS nació con la guerra. Me espantó la guerra, me despertó la guerra, me exaltó

la guerra, y escribí desde entonces, todos los días, para mi revista. Pero escribí tanto que me sobraron originales con los que he formado libros que iré publicando. Y no escribí solamente de la guerra: el problema social, filosofías, amores, autopsicología y autobiografía, fueron mis temas en prosa y verso.

La guerra no ha terminado; al contrario: ahora me doy cuenta de que real y efectivamente sigue la guerra, y de que hubo siempre guerra... ¡y de que la habrá siempre! Como una gran cosa, los grandes hombres nos prometen que, si las cosas se arreglan bien, podemos tener unos cincuenta años de paz. Lo que necesita el mundo, más o menos, a fin de prepararse nuevamente para la otra "gran guerra", que será más grande y más terrible. Mientras tanto, con guerras parciales se sostendrá el culto de la guerra.

De las reformas sociales yo espero muy poco o nada. La Rusia de Tolstoi está asegurando su sangrienta jornada redentorista con las victorias de sus ejércitos rojos...

Y las fuerzas aliadas, las fuerzas de las

democracias del mundo entero, para asegurar un poco de paz y de orden en el globo, han tenido que constituirse en un superestado imperialista y dictador...

La raza humana es un encanto de armonía y de sentimentalidad... Ni **senti**, ni **mentalidad!**

Pero la guerra acaso es un bien, como algunos pensadores aseguran. ¿Qué pensarán de ésto las víctimas? ¿Qué pensarían los que cayeron mordiendo el polvo?

Yo por mi parte puedo decir que la guerra, que ha hecho tantos muertos, a mí me ha resucitado.

Yo en España a los cuarenta y un años me dí por muerto: hice mi testamento literario con mi libro "Pocsía" y lié los bártulos con pasaje para el otro mundo... Ya en el otro mundo, seguí muerto, hasta que llegó el día del Juicio final, que no otra cosa ha sido esta guerra, y la trompeta del Juicio final me despertó...

¡Y comienzo a pensar — con otros pensa-

dores — si la guerra no será muerte, sino vida!

¡Dios mío, Dios mío, al verme sin dar pié con bola, cómo te debes reir detrás de la cortina!

De mi nueva vida de resucitado, de mi nueva vida en el nuevo mundo, darán fe LETRAS y mis veintitantos nuevos libros, que comienzo a editar hoy.

LETRAS, como digo, no seguirá saliendo probablemente, (aunque bien pudiera resucitar). Los motivos de su desaparición son muy sencillos. Yo pudiera invocar falta de ambiente, indiferencia del público, escasez de intelectualismo... No, señor, no es eso. En Rosario de Santa Fe hay proporcionalmente tanto ambiente literario y afición y manifestaciones de intelectualidad, como en París o Madrid o Barcelona o Londres o Nueva York o Berlín. Sí, señor.

Lo que sucede es que es una cosa vulgarizada el quejarse así, sin ton ni son, cada uno en su oficio o negocio.

En Rosario de Santa Fe se lee bastante y

se venden bastantes libros. Por el carácter cosmopolita de esta población se venden libros y revistas y diarios de todos los principales idiomas. Antes de la guerra había una librería casi exclusivamente francesa y otra alemana. Las hay italianas, inglesa y, claro está, españolas.

Hay escritores e intelectuales y entusiastas aficionados. Lo que sucede es que cada uno anda por su lado. La vida de esta ciudad, muy mercantil, los envuelve y no se les puede notar como en las ciudades universitarias, donde tendrían su relieve, o en las ciudades tranquilas, donde una vida de reposo y recogimiento dá ocasión a especulaciones del espíritu... Aquí las especulaciones son otras.

En los elementos culturales de una ciudad hace falta mucho tesón si quieren que la ciudad luzca este airón o pluma, de gracia y de noble alcurnia: la pluma caballeresca luciendo su gentileza sobre la bizarría del casco del guerrero...

En Rosario de Santa Fe hace falta un **Ateneo de artes y ciencias**, como una forta-

leza, donde pueda campea constantemente la enseña de la cultura. Existe en esta ciudad una gran fortaleza: la **Cámara Sindical de Comercio**. Pues bien, faltan otras dos grandes fortalezas para su defensa: la **Cámara Agrícola** y la **Cámara de Artes y ciencias**.

Entre otras revistas de vida más o menos breve, en esta ciudad apareció "**Apolo**" muy bien presentado, muy bien orientado: literatura, pintura, escultura, música.... ¡Pues, adios "**Apolo**". No ha muerto, pero se ha largado a Buenos Aires, a la metrópoli, como ellos dicen enfáticamente, a crecer, a buscar campo y horizontes.

Pues no, señor. Hay que estarse aquí, que es donde hacía falta "**Apolo**". En Buenos Aires tienen suficientes revistas e intelectuales. Hay que estarse aquí y luchar para vivir y para que la ciudad tenga también las cosas finas que tiene la metrópoli. ¡Me hace gracia la metrópoli! No he nacido en Rosario, pero vivo en Rosario y me considero rosarino.

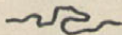
Otra hermosa revista está saliendo: "La revista de El Círculo": literatura, arte, y exquisita presentación... No espero que se vaya a Buenos Aires, pero tiemblo de que se vaya al sequero. La defiende a capa y espada Luis Ortiz de Guinea y otros amigos y temo que se rindan...

Aunque se sufren otros achaques, el mal grande que mata las manifestaciones de intelectualidad de Rosario de Santa Fe, es la impericia, escasez y deficiencia en los establecimientos tipográficos, tocante a obras literarias y de arte o científicas. En las imprentas de aquí encargue usted formularios comerciales, libros de contabilidad, catálogos, prospectos o papeluchos políticos. Eso sí, será usted servido. La tirada de "Apolo" se venía haciendo en Buenos Aires y algunas cosas de "La revista de El Círculo" también se preparan allí.

De este mal, de esta escasez de recursos tipográficos es posible que muera LETRAS, que de 32 páginas llegó a reducirse a 8, quedándose anémica y flaca lentamente, si no tísica... ¡Pobre revista mía!

Si muere la madre (LETRAS ha sido la madre) trataré, al menos, de salvar como Dios me dé a entender, a sus veintitantos hijos... ¡Mis veintitantos nuevos libros!

¡Salud!



Correspondencia

espiritual

(A Unamuno y otros espíritus)

NOSOTROS, los escritores unos a otros, nos escribimos y nos comunicamos entre nosotros constantemente. ¿Por qué paso yo todos los días por el puesto de libros, y algunos días dos veces, y por qué me detengo, sonámbulo, ante los tenderetes de diarios y revistas de los mercados y soportales?

Por eso. Busco comunicaciones, correspondencia, expresiones... ¿Para quién han escrito todas aquellas cosas otros espíritus sino para mí, y para quién escribo yo sino para ellos? El gran público, sí, a veces suele leer algo; otras, las más de las veces, tristemente, ¡para nosotros tristísimamente! le da vueltas al papel entre las manos y se repite aquello de "Aquí dice...". "Pues aquí dice..." "¡Pero es el caso que no sé leer!"

El librero se sonríe al verme entrar y pensará de mí: "Está loco". Y con razón lo pensará, porque yo le he confesado que muchos libros de los que me llevo ansiosamente, los tengo casi sin cortar las hojas y eurioseados apenas... Es natural: el ansia de tener nos hace pobres de la cosa ansiada, porque cuanto más tenemos menos podemos tener... Amontono libros ansiosamente y me falta vida para penetrarlos y poseerlos... Además, hojeando esos libros como las cartas amadas, al recibirlas, sin romper el sobre, ya quisiéramos saber el contenido... Luego, ya abiertas, nuestros ojos saltan sobre las líneas, sobre las palabras,

sobre la firma, sobre la despedida, sobre el cariño del comienzo, sobre una frase o sobre una palabra que se destacan más... y nos quedamos suspensos un momento, sin leer, como si quisiéramos, de un golpe, y más con el corazón que con los ojos, penetrar todo el contenido, todo el espíritu de aquellas líneas que tienen, como la cosas vivas, alma, y dulzura, y hiel... ¡Y tan cosa viva! La palabra escrita es agua hecha diamante... diamante indestructible y valiosísimo, que en sus aguas puras recogió las divinas luces...

Sí, en aquellos montones de libros que yo hojeo a saltos y de los que, a veces, solo corto algunas hojas, busco la correspondencia de otros espíritus con el mío, expresiones, memorias, recuerdos... y negocios que vamos arreglando... que, aunque se rían los comunes negociantes, no hay negocios, para ellos mismos, y para toda la vida, como estos que nos traemos entre manos los que nos pasamos las horas leyendo y escribiendo, y entre papeles y libros...

Y la lectura y hoqueo de libros, diarios y

revistas, suple la falta de cartas de aquellos que, por simpatía en la manera de ser, nos roban, mágicamente, lo más fino de nuestro sentir y pensar... Y no se llena esta necesidad solamente en cuanto a los que se hallan vivos y en cuanto a los que conocemos y que podrían escribirnos alguna carta, sino que se llena esta necesidad también en cuanto a muchos que no nos conocen ni que, siquiera, saben que existimos... y en cuanto a los que murieron mucho antes de nacer nosotros... De estos que murieron, como de los ausentes — todos ausentes — yo busco las palabras vivas, porque en ellas está aquel espíritu para el que no hay muerte ni ausencias... Hay muchos de estos espíritus, amigos del mío, que van conmigo a mi mesa, que comparten mis veladas... Son mi más grata compañía y es alicatado y fino cuanto me dicen... Amables y discretos, concurren a mi deseo y, a través de mares y desiertos, y a través de los siglos y a través de la muerte, vienen a mi lado...

No sé si yo le habré dicho algo de estas

cosas a este librero que yo visito: él se sonríe al verme entrar y posiblemente piensa al verme: "Está loco". ¡Qué se va a hacer! Seguramente que él no se volverá loco: para nada fuerza ni gasta su razón si no es para asegurar que Alemania no ha perdido ni perderá la guerra...

—Quién manda en Rusia? — exclama fuera de sí — ¿Quién dirige los ejércitos rojos? ¡Alemania! Alemania es todo Oriente que vencerá a todo Occidente!

Y este librero, como buen germanófilo, sabe poco de libros; para él la librería es una trata de libros, como la de negros o la de blancas...



Efectivamente, amigo mio: ¿que nos diremos usted y yo (espíritus de especulación mental y sentimental) que no nos lo hayamos dicho o nos lo vayamos a decir en letras de molde?... "No le escribo más - me dice usted — porque querría escribirle mucho más". Y agrega: ... "el terrible lector

me lleva el tiempo. Y como sé que usted ahí me lee, considere que algo de lo mejor que pueda decir, lo he dicho teniéndole a usted presente”.

Lo creo así. Nos pasa esto a los que nuestro sentir y nuestro escribir son una misma cosa.

Aunque escribimos para el público, ello es, en el fondo, una íntima comunicación y para unos cuantos espíritus más presentidos que conocidos... Los escritores escribimos en realidad, solo para los escritores, y no para todos ellos: sino para los que creemos capaces de sentirnos y comprendernos... Y tanto es así, que lo es en todas las artes: y el pintor pinta para los pintores, y el escultor esculpe para los escultores también, y el gran músico hace música para los músicos solamente... Fuerte afán humano es el de que nos comprendan, y todos, para ello, buscamos nuestros iguales. Hasta los torpes, de toda torpeza, buscan a los torpes, pues difícilmente puede encontrarse un torpe que no se halle molesto y desigual ante quien sea listo o menos torpe. La

mayor torpeza no excluye la facultad instintiva de comparar y de comprender en medida y relación a la propia torpeza.



En este afán de acercamiento a nuestros congéneres — afán de comunicación y de comprensión — yo me pongo a escribir una carta y me sale, de su pensamiento y sentir, un artículo... Y me sale artículo porque me mueve un íntimo afán de decir aquello — lo que sea — no a un solo espíritu, sino a otros espíritus también que yo presiendo interesados, en aquello y conmigo, más o menos directamente.

También puede resultar que un artículo de proyecciones generales vaya reduciendo su foco y dirección a un solo punto individual, haciendo de aquel artículo o de todo un libro, un solo grito, una sola frase de admiración o de anatema, de amor o de odio...

En uno y otro caso ha presidido en lo íntimo de nosotros un impulso de comunicación, de manifestación, con y para determi-

nado sujeto o sujetos, como cuando tomamos la pluma para escribir una carta...

Los libros de "cartas sin destinatario" han sido muchos en la historia literaria del mundo... ¡Oh, bien ha sabido siempre quien ha escrito aquellas cartas a quién o a quienes iban dirigidas!...

¡Y bien saben cuantos escriben con un sentir, que sus artículos y libros son cartas abiertas que tienen, para ellos, un bien determinado destino!

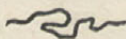


Observo en mí una propensión: ser, en lo familiar, literario... ser, en lo literario, familiar... tendencia al afinamiento en la sencillez... y a la sencillez en el afinamiento...

Pretendo escribir como hablaría sin esfuerzo... Cuando hablo bien penetrado de lo que digo o con el sentimiento de lo que digo, quisiera que mis palabras quedasen escritas... Y siempre que puedo, las recojo, las escribo, las hago cristalizar... que el tiempo las deshaga o las eternice: vidrio o diamante...

Yo pocas veces puedo escribir una carta sin que me preocupe la forma literaria: decir lo que siento y, más que decirlo, hacerlo sentir... Y cuando una carta me sale como tal carta — natural, confidencial, epistolar — quedo encantado de este triunfo de la forma.

Rosario, Julio de 1920.



La rebeldía

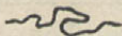
(Fragmento de prólogo no publicado)

HASTA los animales más humildes se rebelan al látigo.

Os ruego que seais indulgentes con algunas páginas de este libro, escritas en horas negras de mi vida en que algunos bestias, imbéciles insoportables o canallas odiosos, me han herido con sus necedades y groserías, con sus infamias y crueldades, arrancándome blasfemias y gritos de rabia y encono, esasperándome hasta la ira y haciéndome

ver como justa, como santa, la violencia con todos sus furores y ensañamientos, con todas sus represalias pavorosas y sangrientas.

Me han herido muchas veces los bestias, y los he sufrido con retorcimientos de suplicio, conteniéndome en mi desesperación ante la espantosa perspectiva de un presidio y de mi pobre hogar deshecho... ¿Qué sería de mis hijitos, de mi buena compañera, de mi madre anciana? ¡¡Imbéciles canallas, cómo habéis de pensar que vuestras vidas despreciables tienen la garantía de vidas tan preciosas?!



Finalidad literaria

EN un momento de irreflexión y pesimismo hemos pensado que la vida intelectual, nuestra mentalidad, nuestra vida literaria, son futilidades, hinchadas pompas de jabón y nada más . . .

Pero poco después más serenamente, (y aquí tenemos uno de los milagros de la mentalidad) hemos pensado todo lo contrario.

Vais a ver para lo que sirve la mentalidad, la literatura; vais a ver su finalidad:

La felicidad no puede ser en la inconsciencia....

La felicidad se prolonga en los recuerdos

Un buen libro es un tesoro de sensaciones,

de recuerdos, de felicidad . . .

Hemos visto una casita blanca, con unas persianas verdes y una parra y unos geranios a la puerta . . . En el zaguán cantaba en su jaula un canario . . . La sensación que nos dá esta casita, es de paz, de amor, de armonía . . . En los vidrios de la ventana hay blancos visillos muy limpios y planchados, las plantitas están recién regadas, orden y limpieza se respira en todo . . .

Y hemos pensado: "En esta casita son felices. El dueño de esa casita quizá no salga el domingo y diga: ¿A dónde iré yo que esté como en mi casita?"

Y nos hemos imaginado a la esposa sonriente de ese hombre casero: sonriente y saludable, cuidadosa del menor detalle . . . Nos la hemos imaginado al poner la mesa con un humilde mantel muy blanco, todavía repasando una ya bruñida cuchara y observando atenta si falta alguna cosa. Ha puesto en un platito unas cebollitas tiernas, ha movido la mano sobre la humeante sopera para alejar las moscas y ha tapado el pan con la punta del mantel . . .

Luego, sentándose algo alejada de la mesa y como satisfecha contemplando su obra, ha dicho alzando la voz; "Vamos, que se enfría la sopa y las moscas acuden"... Y, levantándose, ha vuelto a mover la mano sobre la humeante sopera...

Y nosotros hemos dicho:

"En esa casita está la felicidad".

¿Pero así nada más y porque sí? No: la felicidad de esa casita es la que vemos y otra cosa que os vamos a decir.

Ese hombre casero está sentado en su cuarto ese domingo por la tarde. Está silencioso, no hace nada: se levanta y quita las hojas secas de un geranio, vuelve a sentarse y ordena unos libros sobre la mesa... Quizá toma una guitarra y puntea sus cuerdas unos momentos delicadamente... Deja la guitarra y se sienta de nuevo y apoya la mejilla en la mano....

"¿Está triste? está aburrido? No; ese hombre ya sabeis que acostumbra decir: "Adónde iré yo que esté como en mi casita?" Ese hombre es feliz, precisamente, porque comprende su felicidad, porque la sabo-

rea conscientemente. Ese hombre reposa en esas dulces horas de su domingo, mientras su imaginación como una mariposa va y viene: y su imaginación se para en los tiernos tallos de la parra, transparentes al sol, y descansa un momento en las cubiertas de las camas limpias y en el pavimento brillante... Después la mariposa vuela por toda la casa: pasa por el patio lavado, por la cocina en orden y oye cacarear a las gallinas... Entra la mariposa, al fin, donde la esposa se peina o acaso les pone a unos pequeñuelos, regañona pero dulcemente, unos limpios delantales...

Y ese hombre es feliz por eso: porque la mariposa de su imaginación vá y viene con blando vuelo... Y la esposa es feliz porque también con su imaginación vuela como una mariposa blanca... Se está peinando y piensa: "Esta noche tengo que dar puntitos todavía... Sí que es domingo; pero también es un descanso que las ropitas de diario estén apañaditas por la mañana... Ahora saldremos, iremos a tomar sol... He tenido suerte: mi marido es hombre de su casa..."



LA MARIPOSA VUELA...

Tengo la cena hecha... Cuando volvamos de paseo nos sentaremos a la puerta... Seré una tonta, como suelen decir otras mujeres, pero es cuando más gozo; cuando estamos sentados así juntos en los días de fiesta y él me coje las manos“...



¿Pero cómo seremos felices si no nos habla de la vida y vá y viene sobre las cosas la bella mariposa de nuestra imaginación?...

Sin imaginación, sin mariposa, no podemos ser felices...

Hace falta saborear aquella quietud, aquel encanto del hogar ordenado, aquel reposo del jardín, el murmurar del agua, el batir de alas de una paloma en la calma y serenidad de la tarde...

Y no gozaremos nada, ni seremos felices, si nuestra imaginación no vuela y se para en las cosas diciendo: "La sonrisa de esa mujer ilumina mi vida, su voz suena en mi corazón"... ¿"Quién pintará en un cuadro la belleza de esta mañana de primavera, la

melancolía de ese crepúsculo“?... No comeremos una fruta sin decir: ”Qué exquisita, qué hermosa!”

La felicidad nos la procura nuestra mariposa inquieta, que es nuestro espíritu de observación.



Y la felicidad se prolonga con los recuerdos.. La mariposa vá y viene... Vá lejos y vuelve a nosotros... Vá a la muerte y vuelve a la vida...

La felicidad pasa, la felicidad corre, la felicidad vuela... ¡pero la mariposa de nuestra imaginación vuela tambien tras ella, la alcanza de nuevo, la retiene, la acaricia: “Ven, no te vayas, deja que te contemple... aunque te vas, te tengo cuando te puedo recordar ...”

No gozaremos de nuestra libertad, sin recordar la prisión...

La gloria de beber agua fresca, no la gozaremos si olvidamos el tormento terrible de la sed, sinó, por el contrario, volviendo

a recordar y a sentir la sed, con nuestra imaginación...

El beodo goza el trago de la taberna y la embriaguez, antes de llegar a ellos.

Y así todo: la intensidad de la vida está en la fuerza de imaginación...

Hay pocos que no tengan esa mariposa del pensamiento... Solamente que hay mariposas de oro, mariposas blancas, mariposas rojas, mariposas negras...



Un libro es una recopilación de sensaciones, de observaciones, es decir un arca preciosa que guarda la riqueza de la vida...

Un buen libro donde quedan impresos los vuelos de la divina mariposa, un buen libro donde los recuerdos quedan imborrables y vivos, es un tesoro de felicidad, pues siempre podremos vivir y revivir en él las apacibles horas de nuestro hogar de un domingo por la tarde y la dulce presión de las manos de una mujer amada que ya ha muerto...



Escribíamos para las gentes y, doliéndonos de la mundana indiferencia, considerábamos nuestra obra innecesaria y fútil...

Estábamos perfectamente engañados respecto al motivo, finalidad y destino de nuestros libros; por ageno que el asunto nos parezca, ya es nuestro al pasar por nuestra sensibilidad... Los libros que escribimos son de nosotros y para nosotros y nada debe importarnos la aceptación o el éxito que en el mundo tengan... El bien que encierran nuestros libros es para nosotros.... al abrirlos en nuestras manos, resucita en ellos nuestra vida: nuestra juventud, nuestros amores, nuestras alegrías, nuestras amadas tristezas y se reproducen ante nosotros los vuelos de la divina mariposa de nuestro espíritu y de nuestra imaginación... No son futilidades, ni pompas de jabón, sino un tesoro de sensaciones, de recuerdos y de felicidad, lo que guarda un buen libro... Lo que guarda un buen

libro para su autor y también, a veces, para algunas gentes que saben leer.



Seamos optimistas... Pensemos que este trabajo va a ser leído por alguien más que nosotros.... Quizás por un descreído.... Y concibamos la ilusión de que este descreído llegará a la convicción exclamando: "¡Caramba! Es verdad: se goza pensando, pensando... Pensar es la ilusión de las cosas".

Y abriguemos la esperanza de que este descreído al pasar por una librería se fijará más respetuosamente en los libros y quizás piense:

"Es verdad: cada libro de esos es un arca preciosa que guarda vidas... vidas vividas, vidas sentidas, vidas imaginadas..."

Sí, lector convencido y bueno; un panteón guarda los restos sagrados de una persona que hemos querido... pero un libro puede encerrar un alma!...



Sentimos una cosa, la pensamos... tratamos de grabarla fielmente para siempre... ¿lo conseguimos? Algunas veces creemos que sí; pero es difícil: la mariposa vuela, vuela... ¿cómo seguir fielmente todos sus giros?... ¡Y es tan triste dejar perdidos en el caos de la imaginación aquellos, a veces, maravillosos vuelos! . . . Vuela... vuela... se pierde, vuelve, brilla... ¡Preciosa mariposa de la imaginación parándose en las abiertas flores de las ideas!...



La mariposa volaba...

He concebido este trabajo como os voy a contar:

Yo pensaba: "Escribo y escribo... y para qué? Vivo atosigado en esta ansia de producir e imagino, ambicioso e insaciable de nombradía, que lo que escribo queda ignorado, desconocido e ineficaz... "Lo que escribo, y mucho de lo que otros escriben—seguía pensando—cae en el montón... se perderá... se olvidará. ¿No es insensato, entonces,

escribir? ¿Para qué escribo?"

Y sin embargo, yo seguía escribiendo cada vez más . . .

Entonces quise saber la verdad de lo que yo pensaba y sentía, pues muchas veces nos engañamos a nosotros mismos, y ví que yo, si bien escribía para que me leyesen, escribía también, y acaso más, para leerme yo mismo... Yo gozaba releyendo mis cosas, volviendo a sentir momentos delicados de mi espíritu...

Esto me hizo pensar también en una vieja maquinita fotográfica que yo tengo, con la que, poco a poco, he ido sorprendiendo y fijando la vida de mi hogar y de mi familia en días plácidos y felices.... Nuestros paseos a la orilla del mar, a los campos de almendros en flor... Mi compañera, mis hijas... Mi compañera joven, sonriente, saludable... luego, ya, con cabellos blancos, triste, enferma... Mis hijas pequeñas, crecidas, mayores... luego, ya, casada alguna y en brazos la nietecita....

¡Y estas fotografías de mi vida, cómo las vivo y las siento!...

¡Vieja y buena maquina, en cuya lente y en cuya cámara obscura quedó la imagen de tantas ilusiones queridas!...

Y, como esas fotografías, son mis libros en los que vá impresionando páginas y páginas mi corazón...

Y miro las fotografías, y remuevo mis sensaciones delicadas de otros días...

Y leo mis libros, y vuelvo a vivir lo vivido y lo amado y llorado...

Y entonces he comprendido que escribo y que debo escribir para mí, soñando con días serenos en que gozaré el milagro de volver a vivir la vida, nuevamente pasada por el tamiz más fino de mi espíritu...



¿No recogemos así también nuestra vida en libros de memorias, muchos de los cuales, si se publicaran, serían delicados, hondos, humanos libros?

¿Qué son, sinó esto mismo, también las cartas que guardamos, cartas de amor, de familia, de profundas amistades?...

Y cuando un día, por un desencanto, por una decepción, arrojamos esas cartas al fuego, en aquel renunciamiento, en aquel acto de desesperación, ¿no hay algo así como un suicidio? ¿No es aquello toda una vida echada a las llamas?.. Enmudecen para siempre aquellas cartas que hablaban como la persona querida... se borran para siempre aquellos rasgos que son para nuestro espíritu algo de la imagen adorada... Quedan, quizás, frases que suenan siempre en nuestro oído y rasgos que nada ha de borrarlos nunca, porque se quedaron grabados para toda nuestra vida en nuestro corazón...

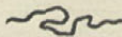


Y esta mentalidad, esta espiritualidad: esta vida literaria que un momento de cansancio y decepción nos ha parecido labor ineficaz o inútil, es lo más maravilloso y grande en las obras del hombre:

La vida ha pasado, la muerte lo ha borrado todo. Aquella persona murió. Y allí, sin embargo, en aquellas páginas, están su

vida, su espíritu, sus pasiones violentas, sus ternuras, sus pensamientos... Nosotros mismos, ya en la hora del ocaso, tomamos en las manos aquel libro nuestro, lo abrimos y volvemos a vivir nuestra juventud con sus ilusiones, con sus emociones más delicadas...

Un panteón es sagrado porque encierra la muerte... ¡pero un libro es la urna sagrada que encierra la vida!



El cronista de la ciudad

YA tiene la ciudad su nuevo cronista. Este cronista neófito es ingenuo y casi se preocupa del deber que contrae.

El cronista se dice a sí mismo: "Debo corresponder dignamente al honor con que se me distingue... Se me ha nombrado, pues debo ser, **efectivamente**, el cronista de la ciudad. El Municipio se permite este dispendio, este pequeño dispendio, como el bohemio que, comido de trampas y llevando las botas rotas, compra un tomo de versos... como

la dama aristocrática que en la decadencia de su fortuna soporta todas las privaciones menos la de renunciar a su bouquet de flores predilectas o al pomo costoso de su perfume favorito... Pues bien: ya que El Municipio tiene esta debilidad de buen gusto, hagámosla simpática...

Yo amo la ciudad en donde he vivido mi vida desde la aurora hasta el ocaso... Quizás por esto, porque la amo, os contaré sus cosas con un dejo triste, tal vez con un sabor amargo de intimidad y confianza pesadosa... Como con aquellos seres a quienes más se ama, seré con ella leal y sincero: alabaré sus bondades, condenaré sus faltas, estimularé toda inclinación suya a la más estricta moralidad y al más noble engrandecimiento.

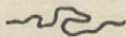
Quiero cumplir honradamente con mis deberes de cronista de la ciudad; daré en los periódicos la muestra de mi labor humilde; devengaré mi costo.

De esta manera no temeré el reproche de gozar una merced sin merecimiento, y tendré la satisfacción de que mis favorecedores

puedan, sin reparo, publicar en las cuentas de la casa consistorial el renglón de este gaje.

No será, como tantas veces, el dinero tirado al arroyo sin provecho alguno... Serán unas cuantas monedas para el coplero popular que, en medio del corro, contará o cantará a las gentes la leyenda de su ciudad querida, de esta ciudad a la que hizo ofrenda de sus veinte años de juventud, de esta ciudad que lo vió nacer... poeta. Tenga la aristocrática dama su bouquet predilecto, su perfume favorito... Lea el bohemio su tomo de versos, despreocupado de sus botas rotas...

Cartagena 8-3-1907



La piltrafa

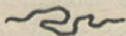
EL cargo de “cronista”, en Cartagena, se daba por el Municipio, con la paga de seis duros mensuales. Este gaje era disputado rabiosamente como una piltrafa que se arroja a los gatos. Un señorón cacique hizo cuestión política el que fuese para mí la piltrafa. Yo le decía: “No merece la pena esta contienda... Además el contrincante es otro pobre y buen amigo mío y también poeta...”

Y el señorón me replicaba: “¡Ya lo creo

que merece la pena! Hemos de triunfar”. Y, por fin, quedándose tan orondo, consiguió para mí aquella canongía de seis duros mensuales, que yo me los tenía que gastar en medias suelas, de tantos viajes que tenía que echar al Municipio para cobrar mi paga de cronista.

Y el Alcalde también se ponía tan hueco cuando, por su paternal protección, me pagaban: “¡Vamos, vamos, — me decía dándome palmaditas en el hombro — seis duritos, amigo Medina!”

¡Y aunque yo agradecía todo aquello, me daba una tristeza aquel ambiente mísero!... ¡En todo, aquella fea riña por la piltrafa miserable!



Orientándome

HE escrito algunos libros, versos, prosa, teatro. Al principio, bajo la influencia de lo que era éxito para el gran público y buscando aquel éxito. Mis procedimientos fueron de los más detestables: asimilación de lecturas, colorismo, ampulosidad, efectos rebuscados... Una cosa buena, solamente: verdadera vocación con un sentimentalismo que ape-

nas recogí entonces cuando tuvo toda su fragancia fresca y virginal... ¡Lástima! ¡Oh, aquel ambiente poco culto, aquellos maestros aclamados, aquel éxito suspirado por lo que engreía y por lo que daba! Aseguraba nombre y dinero. ¡Qué pernicioso todo aquello!... ¡Qué delicada inclinación malograba! ¡Pobre, mísera gloria aquella!... ¡Lámpara humeante y pestilente a donde fueron a sucumbir tan bellas mariposas!

La inclinación a lo popular, en literatura, me salvó en parte: no había tantos malos ejemplos que seguir, ni tanto que asimilarse: tuve que buscarme en mí mismo, puse mis labios en la fuente clara y fresca de la vida del pueblo... Pero todavía me dejaba influir por los verdaderos grandes maestros, era una relativa independencia en la concepción y en el procedimiento: preponderaba todavía la aspiración, vana, de creación de personajes, originales ideas, situaciones y asuntos inconcebidos... Y la vida, tal y como es, bella, interesante, saturada de esencia exquisita, fragante flor nunca mustia, era casi menospreciada llevándose la preferencia la inani-

mada flor de trapo... En las páginas De mí mismo que dí al frente de mi libro "La canción de la vida" comencé a orientarme bien. Ya comenzaba yo entonces a tener una intuición de la cosa, no un convencimiento, y todavía pequé bastante del error y defecto que hoy reconozco.

He visto en el gran rebaño de los hombres tan genuinas condiciones de tal rebaño y una inclinación tan poco elevada casi siempre, que en horas de excepticismo he pensado que el arte era una de tantas diversiones, nada más que una cosa secundaria y prescindible.

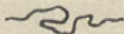
Y pensaba esto porque el rebaño ha hecho del arte todo una cosa así: una vulgar diversión.

Pero en mis horas de serenidad y recogimiento, cuando me aparto de la patulea, creo que el arte es lo más educador de la vida y el camino salvador de este rebaño de los hombres.

Pero ese arte llamado a tan elevada misión será el arte sin la aspiración al éxito ruidoso; será el arte por el arte, para los pocos,

para los iniciados... arte sin artificio, sencillo, natural... sentimiento, esencia de la vida en el más puro vaso.

Esta orientación mía, ya en el ocaso, si a mí, cansado viajero, no me sirve, puede servir a otros.



El fruto

(Sobre la crítica)

En Madrid no se puede hacer crítica literaria sincera; no hay ni un solo escritor que sepa remontarse por encima de una censura; no hay ni uno solo que pueda leer con perfecta ataraxia espiritual un adjetivo denigrante para su honra literaria; no hay ni uno que pueda hablar indiferente con su censor, sin prejuicios, sin restricciones, sin odios.

“La Voluntad”

Azorín

NO debo quejarme de que algunos intelectuales no me lean; tendrían que leer también las producciones de otros escritores... ¡montañas de libros!... Estos intelectuales, estos

críticos, están ahitos y su paladar estragado... Ellos lo gustaron todo, ellos lo saben todo, ellos perciben la más leve mistificación, su sensibilidad gastada y avisada será interesada o removida difícilmente...

Es deseable el juicio erudito, de estudio y análisis, de estos intelectuales, de estos críticos; pero rara vez emiten un juicio completo de esta manera. Tendrían que conocer muy detenidamente toda la obra y hasta la vida del autor estudiado. Esto es difícil. Un juicio completo ocuparía un volumen, acaso algunos volúmenes...

A falta de esta crítica concienzuda y detenida, se hace crítica ligera, tipo de crítica impresionista con algunas observaciones tan breves como sutiles que suelen darnos una fugaz visión interesante de un autor y de su obra.

No hablemos de la crítica al uso de generalidades de relleno y de pródigas alabanzas y de palos sin compasión ni tasa propinados.



¿Interesan al público las críticas de arte? Es a quien menos. Al público le interesa la acerba crítica. El público goza generalmente con todo lo que es despiadado y brutal. Si todavía hubiera suplicios públicos, la muchedumbre asistiría a ellos. Antes eran ocasión de fiesta las penas de azotes, los emplumados y los autos de fé. Y en los pueblos más civilizados, con un espíritu de justicia salvaje, hoy todavía, el público, si lo dejan, goza y se regocija con un linchamiento.

La crítica interesa al autor y a los pocos que estudian y siguen el movimiento artístico.

El autor necesita la crítica: ella le orienta y le asegura en convicciones o le advierte de errores y tropiezos. La alabanza razonada le alienta: no es solamente por lo que tiene de público triunfo, sino que es acaso más por lo que lo confirma en la satisfacción del acierto. ¡Y el acierto es el verdadero triunfo!

El acierto que yo persigo es el de llegar a los corazones; y cuando no me alienta la crítica de un intelectual, me conforta salu-

dablemente la efusión de un sano y modesto lector, por ejemplo, un sastre que tiene corazón y que me dice así en una carta:

“...¡Si hubiera muchos hombres que pensarán como usted!... Si Dios me dá vida, no me moriré sin estrechar su mano... haré un viaje solo con ese objeto”.

Y también me sirve de crítica alentadora la cartita de una lectora desconocida que me habla de este modo:

“En las palabras de usted **“Los hombres no saben lo que es la tierra”** aprendí a cultivar flores, las que han alegrado mi hogar”.

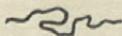
Nada más deseable y positivo, en la obra del artista, que este llegar a los corazones, que este cosechar flores naturales y saludables frutos...

Una mujer que, influída por mis lecturas, cultiva flores con amor...

Un artesano, un sastre, que, lo mismo que a la Meca van los creyentes, hará un viaje por estrechar la mano de un poeta... Este es el fruto.

A falta de alta crítica, si el acierto es lle-

gar a los corazones, séale suficiente al artista la devoción de una fina mujer que hace culto del sentimiento cultivando flores, y los plácemes de un modesto artesano que hace su oficio al par que siente intelectualmente.



Mis cuatro maneras
de producir

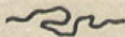
1ª. Una composición en verso, sencilla, melancólica, en la que he recogido mi estado de un fino momento sentimental, quizás es lo mejor que he podido hacer.

2ª. Lo ajeno que, emocionándome, lo ha hecho mío mi sentimentalidad, es lo más difícil de mi obra y acaso lo más meritorio.

3ª. Me han entusiasmado los momentos que he tenido de luminosidad mental... racionalismo... Pero pasa el momento de entusias-

mo y no tengo confianza en la consistencia de mis razonamientos.

4ª. Queda mi último modo de producir: es un estado de videncia sonámbula y sentimental... lo más ageno a mi "yo" consciente: siento y veo sin razonar... siento ideas... dilucido el sentimiento... Pasados esos instantes y guardado lo escrito, que generalmente me sale de un tirón, cuando, luego, lo leo, me produce el efecto de no ser mío: lo había olvidado completamente, me impresiona fresca y directamente como obra de otro y, si no viese mi letra, dudaría de haber escrito yo aquello... Hay trabajos de estos que si los perdiese yo y los publicasen con otra firma, los leería yo mismo sin recordar ni vagamente que era yo su autor.



Aspiración del poeta

QUIERO que una poesía sea un cuadro, una estatua, una sonata... Línea, forma, armonía...

Ese placer, esa dulce laxitud que nos produce el cuadro, la estatua, la música, ha de producirnos la poesía...

Sea la poesía concisa, melodiosa y acabada como pieza musical y demos en ella la más fina visión de las cosas y produzcamos con ella delicada emoción.

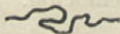


Propósito

CREO que la filosofía, o sea la moral de la vida, puede concretarse a cuatro cosas sencillas y fáciles de entender.

Estas cuatro cosas pueden ayudar un poco a la Humanidad a pasarlo mejor.

Estas cuatro cosas son las que yo pretendo dar en unas claras y breves páginas.



Pareceres

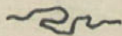
CULTIVO el arte de la emoción porque me parece que hace gozar de una voluptuosidad exquisita y regeneradora.



La sátira y el humorismo producen un avisamiento saludable.



La literatura festiva de buen gusto, es manjar tan delicioso al paladar como nutritivo.



Manera de sentir

LA emoción es una paloma temblorosa apresada en nuestras manos...

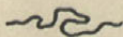
La idea es un destello fugaz en la noche del pensamiento...

En una frase feliz o en una bella página, queda, como un permanente fulgor, el encanto de la forma...

Sienten a veces nuestras manos el temblor de la blanca paloma...

En la negrura de nuestro pensamiento suele resplandecer un astro...

Ni emoción, ni pensamiento, otras veces: en la página virgen deja la pluma un inocente fulgor que nos encanta: es la forma... ¡la pura y divina forma!



El pozo y las aguas

AMIGO mío: “Necesidad de escribir” — me dice usted. Es eso mismo lo que yo siento. “Placer en escribir”, sí... pero otras veces es en mí una necesidad fatigosa: me manda imperiosa esa necesidad y yo me siento cansado... y tomo la pluma como una pesada lanza, desalentado... Entonces me siento un verdadero forzado de ese mandato imperioso y le pregunto a quien me man-

da... me pregunto: "¿Para qué?!" Pero escribo, contra mi mismo propósito de no escribir más.

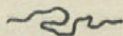
Y, tristemente, dudo de que sea misión que hemos traído... y dudo que automáticamente obedezcamos a un mandato superior... Imaginamos, pobremente, que la Suprema Voluntad ha de valerse de estos inocentes medios de comunicación y de manifestación... Acaso lo que entre los humanos llamamos mentalidad no tiene relación con el Criterio Único poseedor de la clave y razón de todo... La mentalidad humana puede que sea una cosita humana, y nada más, limitada a los humanos y aún limitada solamente a lo que dura la vida humana.

Y siendo así, ya vé, amigo mío, qué inutilidad en dar vueltas a una noria cuyas aguas suben con esta rueda del pensamiento y vuelven a caer a su mismo pozo...

¡Oh, pozo hondísimo, pozo obscurísimo, a donde nos asomamos ansiosamente toda la vida sin ver nunca nada... pero en donde sentimos que las aguas corren!...

Y eso somos, y eso es lo que escribimos,

y eso son nuestras ideas: aguas que saca con fatiga la rueda de nuestro pensamiento, que dán un poco de frescura y que brillan un poco a la luz del sol... ¡y que vuelven a caer al mismo pozo!...



Yo no tengo pájaros
en la cabeza

ES decir: yo, nunca “me lo he creído”. Siempre he pensado que yo era como cualquiera y que, aunque mi carácter se despegase de muchas cosas, tenía que procurar amoldarme a las circunstancias, más o menos, si quería vivir.

Don J. M. Aguado de la Loma que, desde Buenos Aires, envía una correspondencia al periódico “El Norte de Castilla”, de Valladolid, dice de mí cosas peregrinas.

El señor Aguado, que cuenta mi nombre

entre los que ponen a España al nivel europeo y llama a mi lira, lira de oro, se escandaliza, no obstante, al ver que emigro y que me presento en América más como contable que como poeta.

¡Pero este señor debe de vivir en el mejor de los mundos!

Por este solo motivo me increpa, me llama falsificador de sinceridad y dice que he hecho escuela de mi idealismo para ocultar con él los números que cabriolean entre cada verso y compulsar las pesetas que vale cada estrofa.

Y escribe también:

“Vicente Medina, ¡oh las equivocaciones humanas! no ha venido a Buenos Aires en busca del consuelo que demanda en el prólogo de “El rento” (?) como hubiéramos creído; viene única y exclusivamente a ejercer el comercio”.

¡Hombre! pues claro! Necesito ganar el pan de mi familia, porque ya que les he hecho correr conmigo la aventura, para ver tierras nuevas, no los voy a dejar morir de

hambre, para hacer luego sobre el asunto unos versos bonitos.

Y ejerzo el comercio porque no me han ofrecido ningún puesto para ejercer de poeta y porque prefiero trabajar, a vivir dando sablazos y haciendo una vida de bohemio desordenado.

También me censura el señor Aguado que no haya desautorizado a un bondadoso amigo mío que llamó la atención en la prensa para que fuese comprado mi último libro "Poesía".

¡Pero hombre, ¿no sabe usted que hoy todo es un puro reclamo?! Y a mí casi no me remuerde la conciencia de esto.

Vamos, no exajere, amigo: quizás soy yo quien debía ofenderse con el público esquivo; pero tampoco. Sepa que me gasté los pocos ahorrillos en hacer la edición costosa de ese libro y en fletar la expedición de treinta cajones hasta América.

Venía con mis ilusiones, vea si soy claro.

Traía mi último libro y algunas obras más

que me podían dar, vendiéndose, algunos miles de pesos.

Traía obras de teatro inéditas y ya sancionadas por la gran crítica.

Traía la esperanza de que algún Mecenas o algún espíritu superior, y millonario a la vez, me protegiese, y en este caso dedicarme a mi ideal: buscar paisajes, estudiar costumbres, observar una nueva vida y hacer nuevos versos!...

Pero esto no ha podido ser en ninguna de sus partes por ahora, y yo que no olvido la vida real, y que traía de reserva en mi equipaje los libros de contabilidad juntos con las obras literarias, me ofrecí como contable, porque era también mi profesión, como me hubiera ofrecido de zapatero, si lo entendiera, o de cargador del muelle a falta de entenderlo porque pronto se aprende.

En una palabra: soy poeta, venía como poeta y estoy como poeta cuando llegue el caso, sin perjuicio de ocupar mi puesto todos los días en las filas de los que se levantan con el alba y van a ganarse el pan con el sudor de su frente.

Amigo señor Aguado: ¿en qué mundo vive usted que vé las cosas así y que así me trata?

¡Falsificador de sinceridad yo que llego a la Argentina y me presento tal y como soy!: Un empleado humilde toda la vida, reconocido poeta cuando ya tenía treinta años, y esto porque la gente lo dijo, al ver que se le mojaban los ojos leyendo mis versos; no porque me proclamara yo poeta, como es costumbre en muchos.

Me tacha usted también de espíritu práctico encubridor de la sabia gramática parda. Pero, hombre, si mi vida es un puro idealismo, un puro ensueño... pero sustentado en la triste realidad vivida y sufrida... un ensueño con alas, que vuela arrastrándose dolorosamente de vez en cuando por el suelo...

El señor Aguado me imaginaba embebecido en la contemplación de la huerta, viviendo intensamente la vida de los huertanos humildes!... ¡él me concedía, a lo sumo, que yo, viviendo de mis versos, pero sin poder

vivir del todo con ellos, me entregase “forzado” a la prosaica tarea de llevar algunas cuentas en alguna casa comercial!... Y tan “forzado” que he sido y soy... ¿Pero qué remedio me queda?

¡Ay, querido amigo, alma piadosa y elevada deleitándose con los versos profundamente tristes del poeta, al pensar que los producía medio muerto de hambre!...

Dice el señor Aguado:

“A lo sumo, los que conocíais su profesión, pensásteis en un hombre puro, de una pureza superior sostenida a riesgo de hambres...”

¡Caramba, señor Aguado! Pero a este señor, entonces, le ha dado rabia el pensar que yo suelo comer carne y que quizás puedo mudarme de camisa a menudo.

Manifiesta el señor Aguado que a nadie se le ocurre que los que tienen un prestigio busquen en tierras lejanas la consagración. ¿Por qué no? Es el desasosiego en **la lucha por el laurel**, que usted mismo lindamente dice, señor Aguado.

Y ese desasosiego precisamente es el que

nos hace echar alas y volar... Sienten ese desasosiego muchos escritores tanto de allá como de aquí, con la triste diferencia de que los escritores latino - americanos van a Europa ayudados de sus respectivos gobiernos y nosotros venimos aquí con nuestro exclusivo esfuerzo. Ellos van en viaje de placer y nosotros emigramos.

“¡Oh, decepción! — clama el señor Aguado — el poeta era uno de tantos que explotan un vergonzoso comercio intelectual... más todavía: el poeta es, simplemente, un comerciante material y prosaico que viene aquí a lo que vienen todos: a hacer plata”.

¿Por qué con la producción del poeta, del literato, no hemos de ser como con la del pintor, escultor, músico &a.?

Contemplamos el cuadro, miramos la estatua y escuchamos la composición musical, absortos o admirados ante la obra, si es bella o si nos convence, y aplaudimos o criticamos la escuela, la forma, la factura, la inspiración; pero nos preocupamos poco o nada de si el artista es o no codicioso; de si buscó estos o aquellos medios, más o me-

nos mercantiles, para colocar su obra; de si, además de su vocación artística, tiene la inclinación o la profesión de comerciante o de industrial. Eso será un dato biográfico, más o menos interesante, pero nunca una condición que aminore el valor de la obra artística.

Además puede suceder que el artista sea comerciante o industrial sin vocación alguna y obligado por las circunstancias. ¿Por qué lo ha de rebajar esto en su condición de artista?

Sin embargo es frecuente que a los literatos, a los poetas, se les juzgue en su obra a través de su vida privada, de sus inclinaciones, de sus modales aristocráticos o plebeyos, de su manera de vestir...

Aceptemos la obra si es buena, si es bella, si nos hace sentir, y dejemos en paz al artista en su triste papel de hombre.

Recuerdo que a una carta que yo escribí desde España lamentándome del prosaico trabajo de un Banco, en donde me encontraba empleado, trabajo que no me dejaba cultivar con toda amplitud mis aficiones poé-

ticas, me contestó del modo siguiente y har-to original un abogado de esta ciudad, ya mi excelente amigo por aquel entonces.

Decía así:

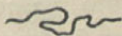
“Deploro sinceramente que las molestias de su nuevo puesto le priven de tiempo para sus versos. Bien que los versos bonitos, rara vez son producto de la felicidad de su autor. Es una dolorosa compensación: el placer ageno, solo nace del dolor propio. En realidad, debían educarnos mostrándonos la vida tal como es: si desde niños adorásemos el dinero, la lucha resultaría menos desagradable. Ahora, mientras los brazos se agotan ganando plata, el cerebro se agota demostrando lo absurdo de esa tarea”.

“Quizás fuera humano enseñarnos que el dinero es solo la equivalencia de un esfuerzo, y que por ello, es profundamente justo que todo se cotice. Quizás fuera humano también, enseñarnos que ninguna ocupación es prosaica, y que las cifras de un libro de comercio, pueden evocar tantas alegrías y esperanzas y quimeras, como las frases de

amor, los cielos claros, o las notas de un violín”.

Conque pueden calmarse las hienas intelectuales que saborean la agonía exquisita de los poetas hambrientos: he venido en tercera entre emigrantes y he sufrido y sufrido... Sepan que mi sentimentalismo es verdad... Sepan que las añoranzas dulcísimas de la lejana huerta... la desconsoladora queja de los abatidos y los idilios tiernos del hogar... todos mis versos en suma, los más sentidos, los más llorados, están escritos sobre las páginas de un libro **Mayor**, en donde han caído lágrima a lágrima, perfumando, poetizando, aquella prosa de los guarismos que, a veces, cabriolean esperanzas y alegrías de mi hogar!

Rosario, año 1908.



Al desnudo

NUESTRAS composiciones “¡**Hermana América!**”, “**El ombú**” (Saludo a la ciudad de Buenos Aires) y “**A Córdoba**” y “**Canto al Rosario**”, no prepararon nuestro arribo a la tierra americana, ni nos valieron gajes. Aunque traíamos la maleta de las esperanzas llena de nuestros manuscritos, confiábamos, para vivir y defendernos, más en nuestro hábito del oscuro y modesto trabajo de un escritorio, que en los versos y notoriedad de los libros y de la prensa.



LA JAULA DEL PAJARITO.

En mi “Canto a la humildad” digo:

“Llegué a la República Argentina en pasaje de tercera de preferencia, por ser mucha la familia y por mirar los gastitos... y al atracar el vapor al muelle no me esperaban comisiones, ni nadie... Entre los emigrantes, por mí mismo, busqué mi equipaje... y entre los emigrantes, como uno de tantos, entré en Buenos Aires”...

Llegué en el “León XIII” con mi familia en Febrero de 1908.



A mis cuarenta y tantos años, tristemente convencido de que sin dinero no es posible vivir, ni soñar, ni pelear, ni llorar siquiera, me hundí en la lucha por la vida y, durante seis años, apenas he producido literariamente, hasta que la guerra y la terrible enfermedad de mi pobre mujer me han sacudido y conmovido como nunca lo fuí, haciéndome lanzar gritos de dolor y de rabia... La guerra no se acaba y mi mujer

se ha muerto... Escribo el poema **La Compañera** y quisiera creer en la otra vida... ¡porque esta de aquí vale bien poco!

Y repito:

No es posible, sin dinero, ni llorar siquiera... Evocamos **La canción de la camisa**: queremos recordar que es una pobre madre que llora porque su hijito está muy enfermo; pero tiene que contener su llanto porque aquella camisa que cose es el pan, la vida, y si llora, no puede coser... No puede trabajar bien si están sus ojos empañados de lágrimas...

Y durante seis años hemos tenido los ojos secos, porque necesitábamos ganar dinero para llorar a gusto...



Hace algún tiempo yo le decía a un amigo en una carta:

“Trabajaba oscuramente en España, y aquí sigo trabajando lo mismo... Aquí, porque el país lo dá, con más resultado... La literatura me ha enriquecido el espíritu nada

más... No me importa, pues así me he pervertido menos...”



Y en una revista he dicho:

“Quiero a mi tierra, pero me ha gustado correr mundo... La he cantado y la he querido más, porque desde la edad de catorce años estoy alejado de ella. Ya he dicho en un cantar:

Irse lejos, para verte;
para quererte, dejarte...
¡y perderte, tierra mía,
para saber lo que vales!

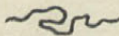
“Desde los catorce años me he ganado la vida trabajando y luchando como cualquier hombre... Alejado del comercio literario, quizás he conservado más pura mi fe sencilla en el arte.

“Muchas veces he soñado deleitándome con la bohemia artística, con su despreocupación generosa; pero he tenido también una

fuerte inclinación al hogar, un gran apego a los míos...

“En contraposición, parece, de lo destaralada que debe de ser la vida de un artista, de un poeta, mi vida es ordenada, laboriosa, económica... En mi escritorio andan mezclados archivadores mercantiles, carpetas con versos, obras literarias y libros de contabilidad...”

“¡Mi vida, llena de ideales y de ternuras y delicadezas del espíritu, se desenvuelve sana, vigorosa, alentadora y riente (yo cantor de **Cansera**) en un ambiente de áridas especulaciones y de lucha sórdida!...”



Datos para la historia

HAN llegado a este país muchos hombres “con una mano atrás y otra adelante”, y yo entre ellos.

No pocos de estos hombres han “descollado” y ocupado puestos “prominentes”. La mayoría de estos hombres “salientes” se significaron y debieron su “elevada posición” a que comerciaron y especularon; pocos de ellos araron la tierra; especularon con los campos, pero no los cultivaron.

Sin embargo, esos hombres pesaron en el

gobierno del país, tuvieron pingües cargos, acapararon puestos de viso y provecho, y plazas y calles y avenidas y hasta pueblos, quedaron bautizados con el nombre de algunos de estos hombres aprovechados. Y la obra de estos hombres, en cuanto a perpetuación y positivo y social provecho fué nula.

Además, estos hombres, como aves de paso, ya terminada la buena estación de la abundante cosecha, alzaron el vuelo para volver definitivamente a Europa o revolotear por ella, nutridos y brillantes con lo que le sacaron, comerciando y especulando, a esta tierra de promisión.



Con el tiempo todo se trastueca, y el escritor tiene el deber de anotar las cosas de su tiempo para que queden en su lugar.

Yo creo en la posteridad y espero que obtendré mucho de ella cuando ya, bien acosadito en la tierra, yo diga: "Bueno, aquí, en la posteridad, me las den todas".

Y porque creo y espero en la posteridad me preocupo en este momento de dejar bien asentados algunos datos.

En mi tierra natal pueden alguna vez, pasado el tiempo, congraciarse de haber hecho algo por mí. Bueno, pues que conste: en mi tierra no han hecho nada por mí. Esto no quita para que yo quiera a mi tierra.

He sido un escritor generalmente muy bien tratado por la crítica; si alguien se ha metido conmigo con tonterías y chilindrinas, ha sido de mi tierra. Qué le vamos a hacer! "Nadie es profeta en su tierra".



En este país me las he buscado como cualquiera que fía solo en sus brazos y en su "pesquis".

Algunos buenos amigos me preguntaron, a mi llegada, que por qué me decidía: si por ser aquí escritor o empleado de comercio. La pregunta me escamó. "Aquí — me dijeron — no se puede ser esas dos cosas al mismo tiempo".

Como los escritores siempre han andado de capa caída, me decidí por ser públicamente empleado. Pero privadamente, furtivamente, seguí siendo escritor. Y no podía yo ser otra cosa que escritor y poeta, que es lo que soy de naturaleza y de entraña verdaderamente. El empleo ha sido siempre, para mí, la necesidad. Y mi necesidad, más que de hombre, era de poeta, y, más que para vivir, he sido y soy empleado para servir a la Señora Poesía, mi diosa y mi amor.

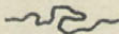
Y para servir a mi Señora la Poesía, no solamente he sido empleado, sino todo lo que hay que ser: especulador de terrenos, agricultor, industrial y pequeño ganadero en porcinos. Qué diablo! no trata uno con hombres? No se puede vivir en la poesía sin vivir como los hombres y entre los hombres.



Luego que no me vengán con que por mí hicieron esto y aquello. Por mí no ha hecho nada nadie. Yo sí: yo he vivido en la servidumbre toda la vida y he hecho por los

que no han hecho nada por mí.

He hecho sentir y he hecho pensar. He escrito mis libros y los he editado yo también, como buen sembrador que cuida la semilla y de que la buena especie se reproduzca y permanezca...



Literatura ejemplar

SIGO creyendo que no podemos ser sino como somos de naturaleza. Podemos moderarnos un poco en nuestros ímpetus, componer algo nuestra manera salvaje, auténtica y persistente.

Ha venido predominando una literatura ejemplar a base de modelos excepcionales: protagonistas del honor, de la honradez, de la fidelidad amorosa, de la gratitud, del generoso desprendimiento, de la abnegación y del sacrificio, etc. etc. Y hemos aplaudido aquel modelo de excepción ejemplar y he-

mos dicho: "Imitémoslo, sigamos su ejemplo". Sin embargo, nada más erróneo que aquel propósito nuestro nacido de un entusiasmo irreflexivo y momentáneo.

El modelo ejemplar era una creación imaginaria, sin lógica de realidad y de naturaleza, y mal podíamos seguirlo nosotros tan de naturaleza y tan de realidad.

Además, aquella ejemplaridad era imaginaria y a base de imaginaciones; no ejemplaridad útil y aplicable a la vida, o sea al concierto de la naturaleza y de su realidad.

Yo tengo la constante obsesión de hacer un pan-hostia de lo ideal y lo real, alimento de cuerpo y espíritu.

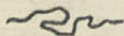
Este pan-hostia sería el arte a base de la realidad idealizada por la sensata aceptación de ver y tomar esta realidad tal y como es.

El concepto vulgar de "veneno de la literatura" está fundamentado precisamente, y con justicia, en la realidad imaginaria y descarriada del giro y desenlace de la mayoría de dramas y novelas y cuentos.

Si el autor siguiera escrupulosamente el

estudio y observación de la realidad, todo argumento y desarrollo de él tendrían la virtud de "su moral" viva y, dejando de ser ejemplo fantástico e inimitable, podrían ser espejo y experiencia y provechosa lección, pues ésta no vendría de una cabeza calenturienta, sino tomada de otro temperamento humano más o menos semejante y flaco o recio, observado y aquilatado, y sentido hasta revivirlo, por el psicólogo o por el artista.

Hacer aceptar la vida tal y cómo es, tendiendo a coordinarla y afinarla, me parecería la más conveniente norma de una literatura ejemplar.



Novela

HEMOS leído recientemente “La voluntad” y “Antonio Azorín”, de José Martínez Ruiz, y “La ruta del aventurero”, de Pío Baroja. Otras obras semejantes nos servirían de modelo para lo que queremos decir: que son admisibles estos libros así como novelas, puesto que por tales han sido presentados por sus famosos y autorizados autores.

Esto nos consuela porque nos ha dado siempre miedo pensar en escribir una nove-

la de esas (falsas casi siempre) de tésis, de argumento, de acción complicada, de numerosos personajes llevados hasta el final del libro con su vida y milagros.

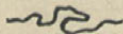
Pero una novela real de nosotros mismos autobiográfica y autopsicológica, sí nos anima y nos seduce.

Un lector depurado creemos que ha de encontrar más tésis y más acción en una de estas novelas individuales y sencillas, que no en las inventadas y complicadas de gran argumento y múltiples personajes.

La novela de nuestra vida será, al menos, la psicología y la pintura fiel de un carácter: el nuestro.

Podremos así dar al público, como novelas, nuestros libros más personales, y dar en ellos, como cosas de novela, lo más inconfesable y real de nuestra vida.

Esta será novela auténtica y humana, confundiéndose en ella la verdadera vida y la verdadera ficción.



La página interesante

SE nos ha presentado un redactor de una revista nueva: quiere dedicarnos una página. Nos ha pedido nuestro retrato y un autógrafa, luego nos ha hecho preguntas de ritual, entre ellas la de si creemos que está en decadencia la poesía en España. Y nosotros nos hemos echado a reir: se habla del atraso de España como si no hubiese más que inflarla y ya está; y se habla de poesía decadente como si no hubiese más que aga-

rrar la lira, darle tres meneos y ya está también.

A estos redactores que llevan en el bolsillo un cuestionario vulgar para hacer en su revista la página de un literato o de un artista cualquiera, les recomendamos tomen estilo y forma para semblanzas de aquellas del célebre "Charivarí" de José Martínez Ruiz (hoy Azorín), pues aunque su autor quitó de la circulación el folletito, son aquellas páginas de lo más natural y humano y de lo más justo que se puede escribir en ese género.

Visiten en buen hora al literato, al artista, y traten de darnos al hombre de carne y hueso tal y como sea: vulgar, sencillo, incoherente, desaliñado, con chispa, sin chispa, sólido o vano y en su vida real, aportando de él al público la mayor cantidad posible de detalles íntimos y de actos íntimos y de expresiones íntimas.

Y así resultará siempre una página interesante.

Lo más interesante es lo humano, lo concreto, lo íntimo, lo nimio, a veces.

A ese redactor yo le hubiese dicho: Vea: para mí sería muy interesante conocer, además de lo que he visto en los libros de los grandes escritores, trivialidades de ellos mismos, interioridades, flaquezas y miserias, que las tendrán pese a todo.

Azorín es algo tartamudo. Ibamos él y yo un día, en Madrid, a casa del editor Rodríguez Serra, yo le contaba por el camino algo de mi drama "El alma del molino"... Yo suelo sentir las cosas, sin saber las cosas, y le hablaba incongruente y atropellado de mi drama, tratando de pintarle el misterio de aquel son del molino en la noche... y dije: "aquel son de la tolva"... "No — me rectificó Azorín—el son de la tarabilla". Eso es: él ha leído muchos libros y tiene por los dedos las palabras propias.

La tarabilla va en la tolva y, dando saltitos al andar la piedra, hace caer el chorrillo del grano y hace aquel sonsonete monótono, pertinaz....



A Unamuno, cuando estuvo en Cartage-

na, lo alojaron en una casa de posición y, como es natural, le gastaban muchos cumplidos y le tenían excesivas atenciones... Y esto a Unamuno le disgustaba. Aceptó un almuerzo de tres pesetas, de nosotros, unos cuantos amigos que apenas teníamos las tres pesetas, porque éramos unos pobretes, y Unamuno estuvo en sus glorias y nos leyó versos y el discurso íntegro que iba a pronunciar aquella noche. Por cierto que Unamuno hacía bolitas de miga de pan limpiándose así los dedos de algún poquito de salsa. Hacía mucho calor y bebimos todos gran cantidad de agua con hielo. Luego en el teatro, durante la conferencia de Unamuno, nos sentíamos con retortijones, los que habíamos comido con Unamuno, y estábamos muy preocupados pensando si Unamuno en el escenario y ante el gran público estaría con iguales dolores y algún aprieto terrible.



Recordamos haber visto a Pío Baroja con Azorín una noche en la redacción de "El

Glogo''. La redacción era destartalada, desordenada: estuvimos en una habitación desabrigada, con unos divanes empolvados y medio rotos. Baroja contó algo de una panadería que tuvo, según creemos... de horas pasadas cerca del horno, de momentos de viva sensualidad en la temperatura de alcabor del horno cerca de una mujer de carnes frescas, redondas y rosadas... Tenemos de todo esto una idea vaga... queremos recordar también que Baroja gastaba unas recias botas de monte, de cuero al natural y con hebillas para abotonarlas... Es el caso que, desde entonces, hemos tenido la impresión de un Baroja sencillo y amante de la naturalidad. Esta impresión la hemos confirmado en sus obras, y cuando pensamos en él siempre creemos que efectivamente ha sido panadero y que al calorci-to del horno solía meterse en harina.



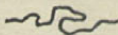
A Luis Bonafoux no lo conocíamos personalmente. Pero aseguramos que el Bonafoux rabiosillo era un hombre más bueno que el

pan; que era un Don Quijote de pluma en ristre y que, cuando se enriquecieron algunos vendiéndose al oro alemán, salió expatriado de Francia pobre y amargado, metiéndose en Londres y pagando su tributo a la guerra con carne de su carne (su hijo Tulio soldado inglés), con vicisitudes y penalidades para él y su familia, de perseguidos y desheredados, y con el freno de la censura, más doloroso que todo, amordazando su lengua revolucionaria...



Son éstas como muestras de páginas interesantes que podrían hacerse de escritores y otros artistas.

Por nuestra parte nos agradecería que este redactor que ha venido a visitarnos dijera: que nos gusta mucho el pan y la ensalada de pimientos y tomates asados y la mojamantina y que solemos comer sopando el pan con los dedos en la ensalada y en los huevos fritos.



Intransigencia

CASI nunca hemos juzgado las cosas serena e imparcialmente.

Pensamos y juzgamos a través de nuestro pensamiento (quizás torcido) y de nuestros nervios y de nuestra digestión... O a través de otros criterios tan poco seguros como el nuestro por iguales o parecidas causas.

Para juzgar bien deberíamos de salirnos de nosotros mismos y no meternos en los demás ni con ellos.

Los que nos preguntan nuestras opinión

sobre una cosa, generalmente no quieren que les demos nuestra opinión sino la suya. Pocas veces pedimos lealmente un consejo, aunque lo parezca: buscamos una complicidad.

Todo esto es para hablaros de un jefe mío en cuya casa estuve empleado. De él hablábamos pestes: criterio de dependientes. Con criterio de dueños o de jefes, la cosa hubiese sido distinta.

Nuestro jefe era tacaño, codicioso, activo, madrugador. Para los comerciantes, nuestro jefe era solvente, trabajador, bueno. Para nosotros, los empleados, era explotador, tirano, perverso.

Nuestro jefe tomó una vez a su servicio a un sobrino suyo: como tío se compadecía del sobrino y lo empleaba, y como comerciante le pagaba poco.

A otra cosa:

Cuando aquel jefe mío se vió medio rico, pensó en orientarse hácia el ideal. Es un caso frecuente: primero lo brutal, el dinero, y luego nos hacemos personas finas. No todos piensan que el afinarse es leer, instruirse, tener amigos intelectuales y artistas.

Muchos piensan que es suficiente gastar dinero en ropa y alhajas y usar buenas y distinguidas prendas.

Es casi universal eso de que la distinción consiste en llevar más o menos estúpida-mente un jaquet, unos guantes. Bueno.

Mi jefe era más fino que todo eso: no sabía llevar un levitín, ni los guantes le entraban en los nudosos dedos; pero sabía distinguir y a los imbéciles encopetados, ellos y ellas, los desplumaba vendiéndoles plumas y otras chucherías de vidrio, cintajos y cosas de colorines, de las que sirvieron en tiempos para engañar y cautivar a los indios y salvajes.

Como digo, mi jefe era más fino que todo eso y se orientó bien. Me tomó consejo, me dijo que hacía vida de idiota, siempre metido en la tienda... Entonces yo le propuse buenas lecturas y concurrir a las peñas intelectuales, de los círculos y cafés. Aceptó gustoso pareciéndole muy bien y, por mi indicación, comenzó a leer a Zola y a venir a nuestra peña literaria del café.

Pero no sé cómo tomó las lecturas de Zo-

la que la señora, hija de un contraamaestre y que era una contraamaestra, me vino echándome en cara de muy malos modos las lecturas de mi jefe y diciéndome que por mi culpa andaba medio loco.

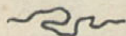
Mi jefe era muy sensual y lujurioso y no sé si es que pagaría la señora las exaltaciones zolescas, o si temería ella que se metiese a redentor y repartiese los ochavos, que eran el ideal de la señora. Pienso esto segundo porque entonces mi jefe leía "Fecundidad" y "Trabajo".

En esto, la buena orientación de mi jefe tampoco era bien acogida en nuestra peña literaria del café, pues mis compañeros, conforme al criterio de ellos, lo tenían conceptualizado como un hombre mezquino, ruín y vulgar. Además mi jefe, para congraciarse con ellos, hizo la tontería, los primeros días, de pagarles el café a todos y de repartir sus cigarrillos profusamente a derecha e izquierda. Y decían mis compañeros:

Tu jefe es un idiota, no lo traigas más. ¿Qué entiende él de nuestras cosas? ¿Piensa, acaso, que nuestra amistad se compra con-

vidándonos a café y dándonos un cigarrillo? Dile que no sea imbécil y no lo traigas más.”

Y siempre he pensado que la intransigencia de la Contramaestra y la de mis compañeros intelectuales, malograron las buenas disposiciones de aquel jefe mío que, bien considerado, era superior a la mayoría de los demás hombres.



Inmoralidad del escritor

HAY escritores que escriben para un público determinado, para un periódico determinado... No escriben para todos... No escriben para los pobres, si no de luces naturales, sí de la necesaria preparación para entender a los enrebesados escritores, que con su enrebesamiento ya cometen inmoralidad y que, además, muchas veces, agregan la de poner las cosas de modo que se pueden entender de dos y más maneras.

Debemos escribir para todos, y más para los que no entienden (¡desdichados!) que no para los otros (pillos generalmente) sobrados de entendederas.

Tal escritor hace un artículo rimbombante, artificioso, ampuloso, huero, falso, sin sentirlo, para halagar a un monarca y a los palaciegos y monárquicos...

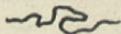
Tal otro escritor adula un patriotismo del que se burla en privado...

Y tal otro dice fuera de su tierra lo que toca a ella, lo que debe saber y entender ella más que nadie...

Y bien se ve lo que fué escrito para este gran diario, para esta gran nación, para este gran público...

Estos escritores tratan de demostrarnos, que son sabios (sabios de aprender) que saben idiomas varios, que lo han leído todo &a. Demuestran lo que conviene a su cartel, o sea al fin moral o material que persiguen; pero no nos demuestran lisa y llanamente lo necesario al fin moral y social que aparentan perseguir y que es el que deben seguir.

No han dicho estos escritores abiertamente lo que sentían, ni lo que dirían y cómo lo dirían, ni lo que de buena gana hubiesen querido decir, sino que cada uno dice lo que debe... ¡triste Debe!... obligado por las circunstancias, y ésta es la más lamentable inmoralidad del escritor.



inmortalidad

NADA que vive puede ser inmortal.

Nada tan inmortal como lo verdaderamente muerto.

Lo inanimado es lo único que no muere.

Y lo verdaderamente eterno es lo inanimado.

Lo más inmortal de los inmortales son sus estatuas.

Y es tan cierto, que muchos inmortales ya habrían muerto si no fuese por las pie-

dras y bronces que los eternizan.

A los potentados vanos y soberbios recomendamos el procedimiento: gasten sus caudales en erigirse estatuas y monumentos... manden esculpir lápidas imborrables... Con el dinero no solo se puede ganar la gloria, pagando misas, sino gozar también de la inmortalidad.



El momento

NADA es definitivo... y por consiguiente nada es estable... y, ya en este punto, tampoco nada es lógico...

Pero todo es lógico, estable y definitivo en su momento de ser...

Una pesada bola de metal no se sostiene en el aire como el fino plumón de un pájaro; pero si lanzais con fuerza esa bola al espacio, durante un momento se sostendrá en el aire...

Y el hecho es que hemos visto en el aire

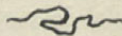
la bola de metal...

Dicen que hay astros que están cayendo en los abismos del espacio siglos y siglos...

Quizás la vida de los astros es caer y llamear un momento en su caída... ¿Pero de dónde caen y a dónde van a caer?

¿Desde cuándo se estará cayendo una torre que se derrumba al cabo de los siglos? Acaso se siente caer desde que la hicieron... y lo que parecía estabilidad ha sido caer... caer... caer...

Vivamos cada momento de nuestra vida como lo que es: como algo eterno y definitivo, en su momento.



Sobre la forma literaria

Hay dos maneras de escribir principales; una es la clásica, la académica, que consiste en componer libros y escribirlos a base de la lectura de los antiguos, siguiendo ciertas reglas; la otra es la anárquica, la romántica, que estriba en imitar la naturaleza sin preocupación de regla alguna.

Pío Baroja

“Las horas solitarias”.

Me dejo influir ¡qué voy a hacer! Oscar Wilde, Rabindranath Tagore, Lorrain, Mirbeau, Séneca, Baroja, Azorín, Bonafoux, Maragall, Neruo, Unamuno... Me entusias-

man... ¿Otros? Sí, de seguro se me olvidan otros... Además tendría que llenar carillas de nombres. Y esto ya resultaría de mal gusto literario. Porque, finalmente, al escribir esto, como todo lo que escribo, lo que yo quiero es hacer literatura. Sucede, en este caso, como cuando para expresar un concepto nos vienen a la mente una porción de términos: por apropiados que sean, si los ponemos todos, resulta aquello recargado y diluida la sensación que queremos dar. Quien me parece a mí que salva esto muy bien, es Azorín. Por ejemplo: al describir la llanura manchega, se perfila Azorín que es un primor... Diríamos, "perfila Azorín" o de otro modo más exacto, ¡pero esa manera del hablar incorrecta, es tan bonita y natural tantas veces!

Cuando yo hablo trato de no hacerlo mal ¡pero puede ser esto? ¡Qué enormidad de repeticiones de y... de pues y de mire usted y de a mí me parece y de claro y de por supuesto y a cada frase si... no... lo que yo digo, se comprende, pero... ¡Y el dichoso bueno? y el bien? ¡Vamos!

Y sin embargo, creemos que la literatura ha de ser acercándonos cuanto sea posible a un modo de hablar natural y sencillo. Quien mejor hace esto es Baroja.

Bueno: a mí, más que esta manera de la forma, me preocupa el **dar la sensación**. Este es mi Norte en arte: **la sensación**. Y según creo que doy la sensación, unas veces me gusta la forma natural y sencilla y otras algo atildada, fina, sutil... Yo más bien diría, límpida, transparente, fresca... Y diría honda, íntima, insinuante... Quiero apuntar que he visto en lo poco que se publica de Julio Casares que, a este respecto, pone muy bien los puntos sobre las íes al depurar, desmenuzar y desentrañar en sus trabajos de crítica.

Dar la sensación, para mí, que es todo.

Y para dar la sensación nos sirve, con frecuencia, mejor una forma incorrecta que una perfección estudiada.

Y es que la sensación es hija del natural y quizás, la fina sensación hija del natural educado, estudiado, ahondado y rebuscado en su entraña misma...

Yo hasta las ideas las siento. Las que más me convencen son las **ideas-emoción**. Creo que, hasta en matemáticas, para comprender hay que sentir. Finalmente en matemáticas de alto vuelo todo son puras abstracciones.

Estoy conforme en que debemos huir en literatura del recurso artificioso de los finales de efecto, o latiguillos; ¿pero debemos entender esta preceptiva rigurosamente? Yo huyo de tal defecto, tratando de ser natural y sencillo; ¿más no caigo en ese dichoso latiguillo, en mi prurito de dar en los finales la sensación penetrante, fina y sutil?

¡Paciencia! Tan censurable purismo es el remirado y académico, como el de lo natural escueto y extremoso.

Cuando yo edité mi libro "Poesía" corregí algunas composiciones quitándoles algunos versos porque creí que no eran tan naturales como los otros: en "Murria", en "El abejorrico negro", en "Mi reina de la fiesta"...

Pues bien: después he visto que no estuvo acertado, se nota la falta, el vacío...

En algunas composiciones es muy esencial la entidad tiempo. Redundancias, repeticiones o ritornelos, o alguna más duración en la lectura, nos suelen llevar, a veces, con éxito, a la sensación, al efecto buscado por el escritor.

Una cosa que a mí me preocupa, y que creo vencer con dificultad, es ir apoyando un párrafo con otro con fluidez y naturalidad. . . El ensartar un párrafo con otro *graciosa*mente para que no se vea, como en un bello collar, el hilo que une las perlas. . . Esto, al escribir es, como al hablar, aquel constante pegote de apoyatura **verás: y bueno, te digo que, ¿me entiendes?** y la terrible y. . .



Es inútil, escritor, que amontones minuciosos detalles para la descripción de un paisaje.

La abundancia de concepto y prolijidad del relato diluye la sensación que queremos dar y hasta llega a quedar anulada tal sensación. Además, y esto es lo estupen-

do, los que nos leen suelen ver mentalmente un paisaje muy distinto del que hemos querido sugerirles, porque lo forman con lo que recuerdan de otros paisajes que han visto en la realidad y de los que conservan la ilusión.

Yo pregunté:

—¿Te imaginas ese paisaje descrito por mí? ¿Habré dado la sensación?

Y me contestaron:

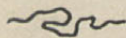
—Yo creo que sí. A mí me llega esa sensación: me imagino ese paisaje, como otros paisajes que me gustan al leerlos, recordando cosas y parajes de mi país. Con estos recuerdos formo siempre los paisajes que leo. Mi mar, mis montañas, el valle, el río, la casita, el árbol centenario... hasta el cielo... Todo eso lo voy colocando, más o menos, según lo describe el escritor, y veo el paisaje vivo, exacto y verdadero.

Entonces caí en la cuenta de que yo mismo nunca he visto a través de los libros un paisaje que no tenga alguna cosa de los paisajes de mi tierra.

—Es todo, en arte, la belleza de la forma: os elevará en pensamiento o hará que sintais de la emoción, la inefable flojeidad...

—¿Y cómo descubrir la forma bella?

—Dejaros ir a la aventura... Estareis sobre sus pasos cuando vuestras ideas abran las alas, cuando os inunde la ternura, derramándose la fuente escondida de vuestro corazón...

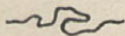


Paisaje

LLEGAMOS de noche a nuestro pueblo. Vamos soñando con los paisajes de nuestra tierra... llevamos con nosotros una maquina instantánea en donde pensamos traer nos algunos... ¿No habeis gozado la ilusión y la sensación de traer os a vuestra casa en vuestra maquina, como un lindo pajarito en una jaula, un paisaje con el que estábais entusiasmados? ¿Y no lo habeis gozado luego muchas veces mirando al trasluz

aquel negativo predilecto, buscando en él auxiliados por una lente los más recónditos detalles?: Tal caserío es lo que vemos, tales montes, tales sierras lejanas... En el caserío conocemos, aunque tan minúscula, aquella casita que tiene un parral a su puerta... en la sierra vemos los pinitos apenas perceptibles... Había nubes aquella tarde: allí están en el cliché... En primer término, en una casa de la huerta, batían sus alas unas palomas... se ven unas en el aire y otras posando en el tejado... Reconocemos un sendero... ¡hemos pasado por él tantas veces!... Conocemos una palmera lejana, esbelta... y lejos también, al pié de una lomita, unas tapias blancas, acaso unas crucecitas que se distinguen apenas, y unos oscuros altos cipreses...

Y guardamos cuidadosamente nuestro cliché con nuestro amado paisaje, porque en aquel pedacito de vidrio está la tierra de nuestras ilusiones y hay un rinconcito con cipreses que nos habla a lo más íntimo de nuestro corazón.



La tristeza del paisaje

EN la infancia ya era yo soñador y romántico. Tomaba un libro de cuentos y me iba a leerlo a los leganizos o a las altas peñas del Lope, que es un cabezo a cuyo pié se extiende mi pueblo. Desde aquellos puntos elevados y silenciosos me extasiaba contemplando el paisaje de la huerta frondosa, del río plateado entre espesos cañares y de las azules lejanas sierras... Y en aquellos puntos yo gozaba mucho más de la lectura y yo no sé qué delicada relación establecía

yo entre la lectura y la contemplación del paisaje. Lo cierto es que me sentía dulce y finamente emocionado. Y en aquella emoción había también una tristeza: la de no poderme llevar aquel amado paisaje. Yo hubiese querido ser un hábil pintor. Oh, entonces, yo hubiese intentado recoger en lienzos inmortales toda aquella luz y aquel color y aquel encanto de los vergeles orientales de mi tierra!

Ya hombre, pero en la juventud, volví a mi pueblo, después de una larga ausencia, y volví con aquellas mismas ansias del paisaje y en una mayor idealización. Pero entonces me acogí al único recurso que me era dado: llevé conmigo una maquina de fotografía y... ¡cuánto gocé yo! ¡Cuánto miré y remiré en el espejito prodigioso! ¡Qué borrachera de contraluces, de aguas espumosas, de frondas caladas por los rayos luminosos, de tallos tiernos avivados por el rocío!... ¡y qué enagenación de casitas blancas entre verdes, y barracas al pié de las palmeras, y rebaños abrebándose en las ramblas, y tapiales de huertos trepados de

jazmineros, y acequias cristalinas, y pueblecicos al pié de un cerro con su iglesia y su torrecica!... Regresaba a casa reventado y me encerraba en seguida a revelar, hasta las tantas de la noche... ¡qué ilusión! ¡Qué ilusión la de ver aparecer en un negativo un paisaje que nos había entusiasmado! Y a los paisajes se añadían los interiores típicos y los personajes auténticos: las cocinas con sus hogariles y sus poyos, las puertas de los corrales y de los paradores, los jarreros, los tinajeros, las lejas llenas de vidriado, las subidas a las cámaras... y a la puerta de las casas y de las barracas y de los casones y en los interiores, las mujeres con sus refajos y sus pañuelos de encima a lo hebreo, a la cabeza, y llevando a la cabeza los cántaros, las tablas de pan, los capazos de fruta, los lebrillos llenos de ropa lavada... y en las cocinas y a las puertas, las parejas de novios platicando y las caras arrugadas y las cabezas de cabellos blancos de los viejecicos!... Pero cuando yo obtenía estas fotografías, persistía siempre en mí aquella ansia de perfección y de espiri-

tualidad artística, aquella tristeza del paisaje: Oh, si yo fuera pintor!

Y fué por entonces cuando empezó a significarse como notable pintor mi pariente Inocencio Medina Vera. Y, en una de mis excursiones al pueblo, nos encontramos y fuimos juntos a emborracharnos de luz y de color a las copas de los cerros, a los hondos de los barrancos, a los arenales del río, . . . en las azudes, en los molinos, en las almazaras, en los cornijales, en las pedrizas, en los cañizos. . .

Y empezó a pintar Inocencio tipos y paisajes de la huerta, y yo, como si mi espíritu sintiese la transfusión del suyo, empecé a sentir consuelo en "mi tristeza del paisaje" . . .

Pasaron los años y yo emigré a la Argentina, separándome de mi primo el pintor y alejándome mucho y quizás para siempre del paisaje amado y cantado de mi tierra. . .

Y se recrudeció entonces en mí, con una característica especial, aquella tristeza del paisaje.

Abriqué el fantástico ensueño de recons-

truír, en extraño y remoto país, el paisaje de mi tierra. Y no solo creí que lo había reconstruído siquiera en parte, ¡tal era la ilusión! sino que desde el remoto país llamé a voces al pintor para decirle, como desde la copa de uno de nuestros cerros: “¡Inocencio, ven! ¡Ven y verás qué preciosidad! Hay limoneros y naranjos y barracas y palmeras!”

Y vino Inocencio y se maravilló: efectivamente la fuerza de mi ilusión había reconstruído en el extraño y remoto país, siquiera un cachico de la tierra natal y un rinconcico del paisaje huertano.

Pero cuando el pintor, con su arte mágico, intentó recoger en el lienzo la luz y el color amasados con la poesía de nuestros entusiasmos de artistas, la mano misteriosa que nos trae y nos lleva, se lo llevó quizás a mundos más luminosos y más divinos de color y de poesía, en donde acaso hacen falta pintores sentimentales y enamorados de la belleza, como era Inocencio.



Y yo me he quedado en el país extraño y remoto, contemplando melancólico esta

reconstrucción de un rinconcico de la huerta, con álamos, con higueras, con barracas y cañares, sin el pintor que lo pinte, teniendo el único consuelo de mi maquinita fotográfica, y sintiendo como nunca la tristeza del paisaje...



Unos cuantos amigos, artistas y aficionados, han venido a verme. Nos hemos puesto a mirar los cuadros de Inocencio que llenan las paredes de la casa: cuadros acabados, otros a medio acabar, bocetos, estudios... Hemos hablado del pintor, todos le habían tratado con intimidad, aquí mismo, viéndole ejecutar con facilidad sorprendente sus obras. Una docena de sus cuadros y apuntes son de caras conocidas: Záira, Elvirita, Agustina, Elena, Dolores, Ana María, Lydia, La Morocha, La Modelito, La Sordica... Caras bellas y juveniles en cuyos ojos, al mirar los cuadros, parece que brillan lágrimas porque recuerdan al pintor ido para siempre... Inocencio las estimaba porque se prestaban, con amabilidad y

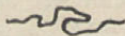
pacientes, a ser vida y alma de sus cuadros... Y los demás lo rodeábamos, admirando la rapidez y facilidad de ejecución, y exclamábamos: “¡Pero qué bien!” Y era así: ¡Qué bien! Eran casi retratos en un momento.

Y hablando de Inocencio nos hemos detenido en la salita donde más abundan sus obras. Antes hemos admirado largamente “La Fuensantica” su obra magistral... En la salita está la cabecita rubia de una de sus nenas. Se enternece mirándola y decía que ese cuadrito nunca lo vendería...

Y en la salita, nos hemos sentado y, amortiguándose las vivas exclamaciones de entusiasmo ante las obras del pintor, hemos llegado a un íntimo recogimiento hablando melancólicamente de aquella vida de lucha y de esfuerzo del artista, como de tantas otras vidas de artistas que, como abejas divinas, laboran para el mundo la más exquisita miel, en un ambiente de indiferencia, de olvido y de ingratitud... Esta era la queja de Inocencio ¡pobre! como es la queja de tantos, y nos embargó a los que lo evocá-

bamos, una corriente de tristeza, como si el alma de Inocencio hubiese venido en aquel momento a sentarse entre nosotros y a seguir el triste comentario...

Y yo dije: "Sí, evoquémoslo: parece que en este momento se ha sentado entre nosotros... ¡Pobre Inocencio!" Y un nudo apretó nuestras gargantas y nuestros ojos se humedecieron y Luciano, sentándose al piano, ejecutó con la más honda emoción "La muerte de Aase".



Elasticidad de lenguaje

ES posible que algún día alaben de mi obra literaria lo que Unamuno me calificó de “elasticidad de lenguaje” y quiero que conste que esta condición de mis versos y de mi prosa no es instintiva y casual sino absolutamente consciente y estudiada. Pongo toda mi atención en ello. Lo que más me seduce, al escribir, es esta construcción clara, limpia y de blandas y fáciles modulaciones. Busco la suave trabazón de unas palabras con otras, huyendo las asonancias desagradables, las aglomeraciones de monosílabos, los íatos y otras cosas de mal gus-

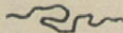
to. Hasta en aquello que no haya de ser declamado o recitado en alta voz, me preocupa el que pueda ser pronunciado de una manera blanda o sonora que se pegue al oído.

No llego, en aras de esto, a sacrificar las ideas para beneficiar la forma; precisamente en eso está lo simpático del trabajo: en dar a la idea una forma bella y natural.

Los que saben de mi tendencia simplicista, a base de sencillez, ¿temerán una abdicación mía, una conversión?

De ninguna manera. Es, cabalmente, en mis trabajos más simplemente naturales y sencillos donde he puesto toda mi alma para salvar la belleza de la forma.

Dicen que las palabras
se lleva el viento...
¡Mentira! que las tuyas
van en mi pecho...
¡Qué ha de llevarse,
si las tengo clavadas
como puñales!

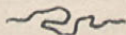


Percepción

MUCHO me preocupo también de dar una completa e inmediata percepción.

La necesidad de releer y repensar, el no ver claro en seguida, generalmente se produce por defecto de la obra literaria.

Quien lea debe penetrar al momento hasta lo más dentro de la página y ver sin confusiones el fondo, la figura, el ambiente...



Aspiración del escritor

PLANTAMOS un árbol o un rosal: queremos verlo crecido por su belleza, por sus flores, por su fruto... Las menos veces ponemos el árbol o el rosal para que las gentes se maravillen y se hagan lenguas...

¿Cuál es la aspiración del escritor que no es un forzado de la pluma? ¿Que sean arrebatadas por el público grandes ediciones de sus obras? ¿Ser vertido a idiomas extranjeros?

Azorín en la introducción de su libro "Entre España y Francia" dice que ha

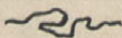
querido darle cierto carácter de “permanencia”.

También Unamuno, hablando del “Epistolario inédito”, de Nietzsche, (“Nuevo Mundo” 18-7-1919) dice “no actualidad, sino sempiternidad”.

No son ni las grandes ediciones arrebatadas por el público, ni la versión a otros idiomas... Aquello es actualidad, espuma pasajera... Aquello no es la “permanencia” ni la “sempiternidad”...

Lo que más me satisface a mí, en esta aspiración de escritor, es la compenetración con otros espíritus: el haber llegado a su sentir y a su pensar... (En el gran público que arrebatá las ediciones no hay tantos espíritus de esos...) Y, en esta compenetración, comer el fruto y gozar la belleza...

Y en nuestras obras — como en nuestros hijos — despegarnos de la vida, si es despegarnos, porque en los hijos como en las obras nuestra vida se queda...



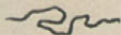
El tesoro del tiempo

HAY quien se hastía, quien se aburre del tiempo, quien no le dá valor alguno a sus días libres... Para mí cada día, cada hora, tiene un valor insuperable...

Hay millonarios que se aburren de su dinero... Alguien ha dicho muy bien que hace falta imaginación, aunque sea para gastar millones...

En cambio los pobres gastan sus centimitos con un alambicado aprovechamiento.

Yo soy pobre de tiempo, tanto por esta codicia que tengo de él como por lo avanzado que ya va el Sol en mi día...



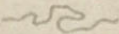
El vicio de los papeles

DOY la vuelta y vengo siempre a caer por la librería: una, dos veces al día, ¡y hasta tres veces! ¿Hay novedad? — pregunto. No hay novedad. ¿Ningún libro nuevo? Ninguno.

Es una manía, un vicio.

Yo ya sé que me van a decir que no hay nada nuevo: ¿a qué vuelvo? Y me quedo parado delante del escaparate, mirando los mismos libros que he mirado cien veces.

¿Qué es ésto? qué busco? qué es lo que allí me atrae? El bebedor lleva el vaso a los labios y lo retira de ellos con repulsión, apenas probado el contenido... No obstante vuelve a la taberna: entra, sale, torna de nuevo... Algo así me sucede a mí con la librería y con los libros: tomo éstos en mis manos, los hojeo y los deajo en seguida con desilusión...



El dolor quimérico

del arte

EN literatura hemos abusado de los temas tristes, dramáticos, desoladores... Además, hemos querido hacer ejemplaridad y analizar el alma humana... Y hemos querido tratar el alma humana con reglas generales, a pesar de que estamos viendo que cada ser humano es un caso distinto.

Todo esto ha sido absurdo.

La cerrazón sigue siendo absoluta en cuanto a origen y finalidad de la vida y en cuanto a moral y religión y justicia y quizás en cuanto a salud física... La misma cien-

cia no puede negar categóricamente que algunas enfermedades puedan ser un exceso vital o saludable... Lo más respetable entre los humanos hasta ahora, han sido las manifestaciones de mentalidad, sobre todo, lo que llamamos inspiraciones, habiendo llegado, con presunción inocente, a darles el calificativo de divinas: "inspiraciones divinas". La característica del ser humano es la fatuidad: Crea un Dios a imagen y semejanza suya, funda la creación, establece el principio y el fin y determina lo bueno y lo malo, lo grande y lo pequeño, lo feo y lo hermoso...

"Cada hombre es un mundo" — se suele decir.

Pues bien, todo eso está bien, sin darle mayor transcendencia ni importancia y dentro de lo que es esta vida y este mundo y el mundo de cada uno que, finalmente, viene a ser el único mundo.

Y dentro de ese mundo de cada uno, es natural y es lógico y verdadero lo que, fuera de ese mundo de cada uno, es absurdo y disparatado y quimérico.

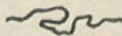
¿Fuera de ese mundo de nosotros, qué sabemos? Aun dentro de nosotros andamos a ciegas. A cada instante confundimos en nosotros todo impulso y sentimiento. Llamamos gran amor a una pasión tiránica que sentimos; llamamos emulación gloriosa al mezquino afán de sobresalir entre otros; y cuando decimos que estamos llenos de razón, estamos llenos de soberbia...

Convencidos de todo esto, debíamos reducirnos a vivir bienamente en nuestro mundo, sin meternos a desentrañar lo que jamás desentrañaremos, y, puesto que una de las cosas famosas del hombre es la literatura, deberíamos orientar ésta a un fin placentero y saludable. ¿A qué tanto dolor y tanta desolación de amargos desencantos y desesperanzas?

Hagamos literatura que nos haga fuertes y alegres y optimistas. Hagamos que la comedia siempre acabe a gusto del espectador. De todas maneras la literatura del dolor y de los aplanadores pesimismos es tan inventada y fantástica como la de los sueños de color de rosa. Pues inventemos lo

que nos haga vivir con una constante sonrisa de credulidad, de ilusión y de esperanza...

No solamente lloramos nuestra realidad triste o entristecida, sino que en el teatro, en el libro, en la música, en la pintura, lloramos constantemente el dolor quimérico del arte....

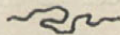


Sustancia queremos

TRATEMOS de no diluir excesivamente las ideas.

Si un poco de azúcar la diluimos en mucha agua, no advertiremos lo dulce...

Hemos de ser sustanciosos. Mucho hablar es poner mucha agua.



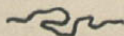
Preceptiva

EL arte grande es el que se inspira en la realidad.

De las entrañas de la sinceridad ha de ser hija la Filosofía.

Y cuanto más nos inspiremos en la realidad y más sinceros seamos, nuestra obra literaria será más grande.

Me obsesiona la forma simple, clara, precisa, breve, para dar la idea o la sensación...



Popularidad

QUIZA lo que más nos deslumbra es la popularidad... Hemos querido ser populares en nuestra patria y, al menos, en nuestra provincia o, siquiera, en nuestro pueblo natal... Y lo hemos conseguido... Vamos, parece que lo hemos conseguido. Un cronista, amigo nuestro, dice, más o menos, en una de sus finas crónicas: “Fuimos a la ciudad del poeta y preguntamos a cualquiera por él: “Sí, señor: a Vicentico Medina lo conocemos todos, es nuestro poeta”.

Entusiasmo de amigo y calentura de cronista. Por mí y por otros sé muy bien a dónde llega la popularidad... Sé muy bien las contadas personas que como poeta me conocen en mi pueblo, en mi provincia...

Es el entusiasmo el que a unos cuantos admiradores nos hace ver esa popularidad de un artista querido...

A mí me ha sucedido el caso repetidas veces, al principio ingenuamente y después con malicia, y me he convencido de lo que es la popularidad.

El barbero que a mí me arreglaba era malagueño y, un día, mientras me cortaba la barba, me acordé de aquella preciosidad de "Cartucherita" y le dije a mi barbero, de sopetón:

—Usted conocerá mucho a Arturo Reyes...

—¡Yo!...

—¿Pero usted no es del mismo Málaga?

—Zí, zeñó: nació y críao. ¿Quién es Arturo Reyes?

—Un escritor que ha hecho más por Málaga que todos los Larios juntos.

—Vamos! se quié usted callá! (me dijo el barbero) ¿y no lo iba a conocé yo?



Otra vez, ya con malicia, le pregunté a un representante de una casa fuerte de pasas y de vino de Málaga, el cual era persona muy instruída, y se me quedó:

—Arturo Reyes... Arturo Reyes... Debe ser firma poco conocida.



A un joven de Monóvar le pregunté por Azorín y me contestó vivamente:

—Sí, señor; sí, señor: ese apellido es de mi pueblo.



Y ya con mi fé en la popularidad bastante quebrantada, me he dirigido a varios vascos diciéndoles más o menos:

—De ustedes los vascos hay dos hombres

muy grandes.

—Dos? No será uno?

—Quién?

—Loyola!

—No, señor! Pío Baroja y Unamuno.

—Arrayuá ¿Y quién son esos?



Ya sé yo que, a pesar de esto, a los escritores nos conocen más o menos... Ya sé, ya sé: los aficionados, que no son tantos... los del oficio, y no todos... y nuestras cariñosas familias. Oh la disputada popularidad!



El auto - bombo

VICENTE Medina, como tantos otros escritores, es un infeliz.

La mayoría de los libros de su biblioteca -- que es mediocre -- tienen sin cortar las hojas. No conoce la literatura... apenas por el forro, algunos autores. Padece dudas terribles al escribir, no solo de ortografía, sino de cosas esenciales.

En su obra "El libro de la paz" página 755, línea novena, ha puesto "empírico" por "olímpico". Al releer le pareció que aquello "no pegaba" y buscó el diccionario, en-

terándose ¡entonces! de lo que era “empirismo”.

Sufre torturas ortográficas en lo más inocente como los “entretanto”, “amenu-do”, “apenas”, “combinación” “convenio” “adonde” “donde” “a dónde” y con la j y la g y con la x y la s. Pero este “adonde” sobre todo, lo trae loco. Y cosas insuperables son para el poeta los “asímismo”, “malparar” “mientrastanto” y otros términos compuestos.

Y al hablar desbarra y lo arregla con aquello de “Yo no sé si he dicho lo que quería decir... pero sé lo que quiero decir”.

A título de sencillez y naturalidad, se atreve con temas verdaderamente vedados a los que, como él, carecen de una fuerte preparación.

Tiene la petulancia de juzgar a algunos autores por la lectura de una sola página.

Le dijimos una vez:

—Usted tiene la pretención de hacer filosofía.

—Sí, señor.

- Pero usted no lee a los filósofos.
—Porque soy un verdadero filósofo.



Vicente Medina aparece siempre muy modesto; pero nosotros creemos que esa modestia es la modalidad de un vano orgullo. Prueba al canto:

Unamuno, escribiendo sobre Zorrilla, el poeta (**La Nación** de 14-V-1917) dice que no siente deseos de releerlos y sí de releer a poetas íntimos, ya muertos como Vicente Wenceslao Querol, Ventura Ruíz Aguilera, y, de los vivos, alguno de estos que vive hoy en la Argentina.

Pues Vicente Medina nos confesó ingenuamente que agradecía la alusión a Unamuno, por considerarse aludido.



Sonó la flauta por casualidad...

Vicente Medina declara amenudo que se sorprende él mismo de sus trabajos. Dice

que no los podría reproducir si los perdiera y nos cuenta de algunos de ellos que, si no los viera por él mismo manuscritos, pensaría que no eran suyos.

Este es el celebrado poeta de "Cansera" autor del "Amaos los unos a los otros" y del "Ya regada está la tierra con la sangre de los hombres". Y estos dos libros, en realidad, no parecen suyos, porque no son del todo malos. Son libros de una simplicidad rayana en inocente candor y, ni por el concepto alambicado, ni por lo complicado del asunto, te aseguro, lector, que te han de dar dolor de cabeza. Posiblemente llorarás, pues es lo único que sabe Vicente Medina: hacer llorar.

Vicente Medina no publica en "La Nación" ni en "La Prensa" y esta es la medida de su talla.

Una vez, por recomendación de un maestro de esgrima al Sr. Mitre, le publicó "La Nación" (25-I-1917) unos versitos en la sección de noticias sociales, confundiéndose

La poesía con una noticia cualquiera. Estos eran los versitos.

TIEMBLO...

Tiemblo ante el porvenir... mi nietecilla,
¿qué te reservará?...
Apenas balbuceas y ya sueñas...
¿qué soñarás?...
Todavía no sabes sonreírte,
y cuando sueñas te sonríes ya...
¿qué sueñas? ¿qué recuerdas, si de nacer acabas
¿a qué mundo? a qué vida? a quién le sonreirás?

Tiemblo ante el porvenir... Mi nietecilla,
¿de qué mundo vendrás?
¿de qué cielo ha llegado la luz de tu sonrisa
y a qué cielo se irá?...

Tiemblo, mi nietecilla, cuando pienso
el sino que a esta vida te traerá...
Tiemblo ante el porvenir... ¿Qué es lo ignorado
que nos hace temblar?...

Eres rama y soy tronco y, aunque yo tronco muera,
prendida tú en la tierra, también árbol serás,
y en tí, rama prendida y árbol nuevo,
mi vida seguirá...
En tí mi savia corre y espero ser ceniza,
cuando tú de lozanas flores te llenarás...

Y tiemblo no tan solo por tí, mi nietecilla,
sino por algo más
indefinido y tierno...
retoños que en tus ramas brotarán...

Tiemblo por tí y por todo:
por todo lo que es ido y por lo que vendrá...
¡por esta blanca estela... estela de mi vida
que voy dejando atrás!...

Quando hemos llegado a este punto de nuestro artículo sobre Vicente Medina, entra un amigo en la redacción y nos dice una cosa estupenda:

—Los tres o cuatro artículos que se han publicado estos días, sobre Vicente Medina y sus nuevos libros, son autobombos.

—¡Pero es posible!

—Exacto: he visto los originales de puño y letra de Vicente Medina. No ha tenido ni la precaución de mandarlos hechos a máquina.

Extrañados de tanta frescura, no menos frescos nosotros, hemos ido a ver al autor

de los "Aires Murcianos" y le hemos preguntado, francamente.

Y, más francamente todavía, nos ha dicho así Vicente Medina: "¿Y qué quieren ustedes que haga, si no hay crítica y apenas si la prensa y la literatura son otra cosa que las profusas planas de anunciantes? Y tengan presente otra cosa: que de esas críticas o autobombos, en muchos grandes rotativos, de los que van a la cabeza del progreso y de la cultura, hay que pagar la inserción".

La franca confesión del poeta nos ha reconciliado con él.

—¿Sabe usted lo que voy a hacer ahora? (nos sigue diciendo) Voy a escribir un artículo dándome yo mismo un palo. Para el éxito es lo mejor.

—Entonces quédese con este trabajo nuestro.

—Bueno lo haré mío y haré cuenta que es un autobombo disfrazado.



Pocas veces el autor de una obra queda del todo contento de la crítica. Dice:

—Si,... no está mal... no merezco tantos elogios.

Y a la vez piensa:

No se han fijado en lo que yo hubiese querido que se fijasen, no han penetrado mi sentir, han podido decir otras cosas más atinadas.

Hay quien esto lo ha resuelto perfectamente escribiendo por sí mismo la crítica de sus obras.

—¿Y cuando al hacer la crítica, se alave el autor de la obra a sí mismo?

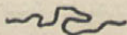
—Dudarán entonces de la sinceridad de la crítica.

—¿Y por qué? ¿Cuándo será el autor de una obra más natural y sincero que cuando se alave a sí mismo?



En las revistas y diarios se recibe con los libros, ya hecha, la nota bibliográfica del editor... y hasta del propio autor.

Gracias a este procedimiento, hay crítica todavía y tenemos alguna noticia de las obras literarias.



Idealismo y realidad

SUELE creerse que el poeta, el artista generalmente, tiene “gancho”, es decir, suerte con las mujeres. Puede darse algún caso, pero no por la poesía, sino por el “gancho” como hombre.

A las mujeres les gustan los versos y sueñan con los poetas; pero cuando buscan al poeta, si no encuentran “su tipo”, el hombre imaginado, el poeta no les interesa nada.

Mi amigo el poeta me decía: “He con-

quistado algunas mujeres como hombre, pero ninguna como poeta". Y mi amigo era muy poeta! Luego me contó algunos casos curiosos:

"Encuentro en la calle, con frecuencia, una muchacha que me inspiró unos versos bonitos. La suelo mirar como diciéndole: "Yo te he escrito unos versos por tu bella arrogancia, por tu mirada de fuego, por tus cejas expresivas"... Y ella me mira con enojo como respondiéndome "¡Qué estúpido!"

"Yo he pensado pararme en firme delante de esta brava belleza diciéndole: "Hermosa, tome usted ese libro; en él van unos versos que me ha inspirado usted". Pero, francamente, no me atrevo porque lo que me espero es una rabotada y un manotón, tirándome mi libro a la cabeza.

"Una muchachita que entendía poco de literaturas, me dió entrada y se puso la cosa bastante bien... tanto que le compré unos mueblecitos para un nidito que pensábamos ocupar... Iba la cosa tan bien, que le escribí unos versitos delicados, finos, de

amor, de parejitas dichosas que, como los pájaros en los aleros, se arrullan en un alto desván...

“Y, efectivamente, cuando la cosa parecía más a punto, alzó la palomita el vuelo, llevándose las pajitas del nido... ¡mis mueblecitos!...

“Me salió una vez una admiradora romántica y literata. Pensé que nos íbamos a hacer cisco: de tal manera tuvimos una mútua explosión de idealismo pasional. Le pedí que me mandase algunas de sus producciones: me envió unas hojas de su diario, ví dulces alusiones, ansias de un amor de cuerpos fundidos y confundidos en fuego de sentimiento y de inteligencia... En lo que yo ví dulces alusiones hablaba de unos ojos que la fascinaban “ojos color turquesa” decía... Yo pensé: “Mis ojos no tienen, precisamente, color turquesa... Será un ripio, un disfraz literario de su pasión”..

“Pues no era disfraz. En la hora de los desengaños, ví que eran en realidad, los “ojos turquesa” de un garañón por el que andaban salidas unas cuantas románticas, no

atraídas talmente por la poesía del garrañón, que no tenía ninguna, sino por el poderoso “gancho”.

“Otra — la mejor de todas, — me resultó grilla también. Me ponía en las nubes. Me llamaba “dios”, “miel de su alma”, “apoyo de su debilidad, “luz de su noche”...

“Pues porque un día quise quemarle todo el incienso de mi adoración y, liándome la manta a la cabeza, la seguí por la calle dando lugar a que lo notasen unas amigas tuyas que la acompañaban, se sintió abochornada y, ella, tan despreocupada y liberal, me escribió una cartita llamándome yo no sé cuantas cosas feas.

“Y otra — para terminar, pues tengo un numeroso repertorio — fué de las más notables: Me llamaba “su maestro” y gasté con ella mucha saliva, iniciándola en la religión libérrima de la mentalidad y del sentimiento: “Hija mía, la moral es una estupidez convencional para espíritus vulgares. Adoremos la belleza, remontémonos a los cielos divinos de la mentalidad, su-

merjámonos en los lagos adormecedores del sentimiento, entreguémonos despreocupada y efusivamente a las embriagueces de la belleza, de la gracia, de la emoción... No hay cuerpos, no hay almas... hay llamas que lucen un momento en la noche de las eternidades... ¡incendiémonos!... ¡consumámonos en divino fuego!

“Y fué la chica y se me escarnó y se me llamó Andana.

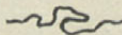
“Pasado algún tiempo la ví de nuevo y me puso morritos de enojada. “Malo — me dije — mi filosofía amorosa le ha sentado como una banderilla de fuego”.

“Después la volví a encontrar en la calle y me dijo adiós indulgente y amable. “Vamos — pensé — ha reflexionado. Su cabe-cita no está hueca del todo... tiene una lucecita dentro: ¡es un farolito!” Entonces, agradecido, le escribí unos versitos que me salieron preciosos... poesía erótica.. ¡Dios santo cómo se puso! No me valió el ejemplo de los grandes clásicos que han escrito poesías eróticas delicadas y bellas. Olvidó la chica sus pujos de intelectual y de prepara-

da, y me devolvió los versos considerándolos un insulto y amenazándome con enviarme alguien que me los agradeciese dándome tres palos... ¡Dios mío, y yo que creía que eran versos de amor vivo, delicados, ardientes, perfumados!...

Y concluyó el poeta:

“Amigo mío, ¿dónde estará la soñada mujer, toda ella inteligencia y sensibilidad? Están las mujeres (salvo raras excepciones) aplastadas por la necesidad de los figurines y por los afeites de la hipocresía... Siguen las modas de la moral y son pudorosas dándose colorete”...



Yo soy feliz

HE podido darme un baño y ponerme unas ropas zurcidas pero limpias... ¡yo soy feliz!

He comido una fruta, he olido una rosa, he visto correr las aguas, he mirado pasar las nubes, he sentido cantar los pájaros... ¡yo soy feliz!

He rimado un verso, he leído una página sencilla, he contemplado un cuadro, me he deleitado con una pieza musical... ¡yo soy feliz!



Las tristezas y los dolores forman el fondo que dá relieve y forma a la felicidad.

¡Oh feliz descanso cuando estoy cansado; y feliz sonrisa cuando me hallo triste. y feliz humilde choza cuando busco abrigo, y rayito de sol que me calienta, y pedazo de pan y sed de agua.. ¡yo soy siempre feliz!

La eternidad no es más grande que cada momento; si vivimos nuestro momento no estaremos ansiosos de eternidad...

Vivimos, sentimos, vibramos: y esto que es todo y que nos es concedido con largueza no lo estimamos en nada.

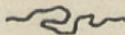
Y pedimos y suspiramos considerándonos infelices, cuando todo lo tenemos concedido en esto: vivimos, sentimos, vibramos...

Las gentes pasan extrañas a mi lado y sordas y ciegas... es horrible la indiferencia humana para sus semejantes... pero yo tengo en el fondo de mi sér la fuerte convicción de que todos somos hermanos y de que todos nos sentimos hechos un haz de amor cuando nos agobia la común desgracia... Y con tal convicción veo que, aún en medio de esta Humanidad descastada, yo soy feliz.

Yo soy feliz con todo y con cualquier cosa, porque la mayoría de la gente pone su felicidad en menos todavía: estrenar unos zapatitos o una corbata, pasear en coche por un boulevard de moda, salir en los diarios en la lista de los concurrentes a una fiesta, lucir una condecoración o un título nobiliario comprado como se compra una sortija de precio en una joyería...

Con tan poquita cosa se dá por feliz esa mayoría de la gente que clama incesantemente por la felicidad...

Yo no clamo por nada; yo lo tengo todo en mí y en todo momento... ¡yo soy feliz!



Mi cristianismo

es romántico

Rosario de Santa Fe, Setiembre 15 de 1921.
Sr. Don Mariano Cordonfu. — Guantánamo.

MI querido amigo Mariano: Tu carta del 17 ppdo., muy larga al parecer, me sabe a poco.

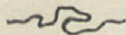
Te contestaré brevemente, por mis tareas; pero te mando un paquete con producciones mías para tí y para los buencs amigos, y muy especialmente para el P. Romero con quien yo hablaría largamente con mucho gusto. En mis producciones amplío mis

palabras, aquí reducidas a poco, y en esas producciones va mi espíritu. Religioso? ¿Yo qué sé lo que soy ni lo que no soy? Ni nadie tampoco lo sabe! Yo me doy lealmente como soy: creo que en el fondo de toda mi obra (que es mi sentir) hay un cristianismo romántico, que quiere decir aún más puro que todo cristianismo. Pues hay muchos cristianismos, y todos serían buenos si no fueran de secta. En mis poesías “Cristo”, “Eres cristiana”, y en otras muchas y en mis prosas, en las más revolucionarias, está mi cristianismo: Sensatez, justicia, indulgencia... ese es mi culto.

Y si en todo esto no estoy en lo cierto, ¿qué culpa tengo yo, pobre de mí?

Tu amigo de la infancia, y muy de todos,
de corazón,

Vicente Medina



Patria y religión

en el hogar

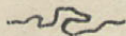
MIS hijas no han confesado, no han comulgado, no saben rezar, ni saben persignarse...

Yo no he predicado a mis hijas demagogia... saben de la religión católica poco más que del mahometanismo, budismo, etc., no temen ni a Dios ni al diablo, ni se burlan de los actos religiosos...

Mis hijas tienen un culto: el hogar, el amor de la familia, sus quehaceres, el orden, la tolerancia, las buenas relaciones y la justicia con los semejantes...

En este culto profano hay un misticismo también: el sentimiento. Y el sentimiento produce, como divinas flores, la abnegación, el sacrificio, el amor sublime, la espiritualidad... Y mis hijas que ni esperan la gloria ni temen el infierno, hablan de su madre muerta como si no se hubiese muerto...

La patria para mis hijas y para mí, se encierra en las cuatro paredes de nuestra casa y en las cuatro plantas de nuestro jardín... Al emigrar de nuestro país natal, nos trajimos con nosotros una planta de malvaseda en una maceta... Y, cuando navegábamos por esos mares, solíamos reírnos tocando la tierra de la maceta y gritando: "¡Tierra!" Y añadíamos: "Esta es nuestra tierra... nuestra tierra va con nosotros a todas partes"...



Yo sé de esa pena

ME he dado en mis ideas cuanto he podido, pero tengo escrúpulos de que he podido darme más.

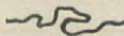
He temido al delito social de darme tan entero y tan al desnudo... Y el verdadero delito está en lo que me he recatado y hurtado.

¿Qué diríamos del telegrafista que nos mutilara y embozase una clara aunque dolorosa transmisión?

Y el sentir ideas, ¿qué, si no, es que recibir, por vía inalámblica y de inestricable procedencia, comunicaciones que debe-

mos transmitir íntegra y fielmente?

Ciegos de nacimiento los hombres, en su mayoría, ignoran lo que es la luz... Y la luz, más radiante cuanto más violenta, son las ideas: única luz en esta noche cerrada del vivir... Y si apagamos o amortiguamos esta luz, es en daño de los que, tristemente, no han nacido ciegos, cuya pena es el ansia de luz en esta noche...



Mi tendencia comunista

PARIS, 28 (U. P.) "L' Internationale", diario comunista de ésta, anunció (que el gobierno del soviét desechó los principios comunistas diciendo que la revolución rusa entró en una nueva faz.

El gobierno del soviét se ve obligado a hacer concesiones al capitalismo a fin de reorganizar la condición económica del país devastado por siete años de guerra.

El restablecimiento consiste en el comercio exterior y en la industria independiente, asegurando

a los campesinos que pagando totalmente los impuestos, tendrán la posesión individual de las cosechas

Se llamó a los capitalistas extranjeros para crear empresas en Rusia, con lo cual se asegurará el desarrollo económico.

“L’Humanité, también comunista, publica un informe de los comunistas franceses que fueron delegados al congreso de Moscú, indicando aunque con menor intensidad, la misma confesión del fracaso.

Ambos niegan autenticidad a la manifestación publicada de “L’E-matic” y afirmada por Lenin, en la cual similarmente se admite la derrota.

“La Capital” —29-VIII-21.

YO, contrario de toda revolución de desmanes y tropelías y destrucciones y vindicaciones sanguinarias, protesto de que el comunismo sea un fracaso, y protesto de que echen mano, para justificarlo así, de lo que

ha sucedido o actualmente está sucediendo en Rusia.

El mal le ha venido a la Rusia comunista no de la revolución, sino de la idiotez de su revolución.

¿Cómo un gobierno como el del soviét, que ha conseguido sostenerse nada menos que tres o cuatro años, no ha podido organizar y encauzar las fuentes de vida del país?

No ha sido el sistema comunista lo que ha fracasado, sino la índole brutal y bárbara que imperaba en el sistema soviético.

La Humanidad no puede vivir sino socialmente; esto ya está incorporado a su naturaleza.

El sistema comunista es el más social de todos.

Y un régimen social no puede ser sinó de orden; de organización, de equilibrio.

¿Por qué ese dañino propósito, en contra de las libertades y progresos humanos, de desacreditar lo que está considerado como una utopía, en razón a parecer un bello sueño irrealizable?

Es lo mismo que desacreditar la teoría cristiana fundándose en mistificaciones religiosas y en prácticas perversas de intolerancia.

El comunismo es bueno y realizable en más o menos grados.

La vida actual es un comunismo, en relación a los tiempos feudales.

Bien considerado, en las luchas sociales modernas de tendencia sana, y de origen auténtico y sano, no se pretende más que un ascenso de grados en el sistema social presente, que ya es, de por sí, muy comunista.

Unas cuantas mejoras dentro del mismo sistema social que nos rige, darían un verdadero estado comunista. Por ejemplo:

Aminoración extrema de la burocracia.

Trabajo productivo obligatorio.

Evolución del comercio e industrias de explotación y de provecho individuales a Cooperativas fabriles de intercambio y de beneficios internacionales.

Nacionalización (mejor internacionalización) de las fuentes de riqueza.

Municipalización de las viviendas, las aguas, la luz, la calefacción, el pan, transportes, salud pública, enseñanza bellas artes...

¿Qué necesidad tendremos de afanarnos por la riqueza, si están a cubierto holgadamente todas nuestras necesidades?

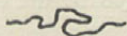
¿Por qué ha de dividirse forzosamente la sociedad humana en dos clases: unos dedicados al derroche y al lujo y otros a la producción penosa y a la privación y a la austeridad?

Aminoremos estas irritantes diferencias, llevando a la práctica fórmulas de más justicia y equidad, y estaremos en pleno comunismo.

Los privilegios de casta han sido derogados por los de fortuna.

Los privilegios de fortuna son accesibles a cualquiera, y no se fundamentan ni en una razón de estirpe, ni de saliente gerarquía. La gerarquía del dinero suele germinar y alzarse de lo más bajo y hediondo y pocas veces puede engreirse de tener un origen acrisolado y limpio.

Nos parece, por ello, una gerarquía no difícil de combatir y de derogar, pasando con ello a un estado comunista sensato, cuyas bases más poderosas han de afianzarse en la cultura y en el afinamiento humanos.



Mi sistema penitenciario.

YA hace tiempo que más se llaman las prisiones “correccionales” que no “penales”; pero la mayoría de ellas siguen siendo penales y no correccionales.

No hablemos de la infamia de las cárceles de países pervertidos por una política de pillastres, de ladrones y de toda clase de gentes moralmente despreciables y repulsivas; países en donde los primeros que debían de ocupar esos establecimientos penales deberían ser sus gobernantes-administradores.

Que hablen esas cárceles negras, húme-

das, insalubres, donde se deja ocioso al preso, donde se rebaja hasta lo último la dignidad, donde se completa la educación de la delincuencia, del crimen y de los perversos instintos, donde los pobres presos se mueren de hambre y de frío, a causa de que se queda entre las uñas de los directores y subalternos lo presupuestado para comida y para camas y ropas...

Mi sistema penitenciario es a base de métodos correccionales modernos, ya puestos en práctica, más o menos, por naciones adelantadas, aunque esos métodos no llenen todavía el alto fin que tienen.

El tiempo de corrección, según mi sistema, no lo impondrían ni la ley ni los jueces, sino las Juntas de los establecimientos correccionales.

Estas Juntas, que tendrían que ser de una garantía moral absoluta, seguirían la vida de los reclusos hasta el convencimiento de su corrección, que es cuando estos reclusos obtendrían su libertad definitiva.

La libertad tendría grados: un recluso en libertad, seguiría vigilado y sería detenido

tan pronto como diese indicios de retroceso moral.

La vida dentro de los establecimientos correccionales sería social, con las restricciones necesarias según cada caso.

Conforme hay clínicas diferentes en los hospitales, las habría en los correccionales.

Serían los correccionales establecimientos disciplinarios de enseñanza de agricultura, mecánica, oficios, y universitarios y de bellas artes.

La redención y libertad se obtendrían por méritos de trabajo, de aplicación, de disciplina, de orden.

Al poco tiempo de su mejora moral los reclusos disfrutarían las ventajas de su afán para regenerarse, con premios de permisos para pasar algún día con sus familias o personas de su afecto.

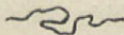
Habría un tribunal permanente de revisión de procesos que habría de escuchar a los penados una y mil veces, por si hubieran deficiencias o errores en los fallos.

Finalmente, los reclusos de los correccionales quedarían indefinidamente bajo la tu-

tela de las Juntas de Corrección, hasta su perfecta curación moral, como tales enfermos o defectuosos de naturaleza.

Son infinitos los medios y valiosos los recursos de que puede disponer la sociedad actual para mejorar y corregir a sus individuos anormales. En cambio los extraviados apenas si dan con un camino de salvación.

La sociedad actual es responsable de sus delincuentes, y el sistema correccional ha de ser a base de una aplicación correccional a la sociedad misma.



En la cumbre

HE cumplido cincuenta y cinco años... Naturalmente mi vida comienza a declinar. He luchado ásperamente en la conquista de algunos intereses; éstos, aunque ambicionados para conllevar mejor la vida, constituyen también una carga... Y un poco melancólico y cansado, me he detenido un momento en este camino de la vida, en esta cumbre de mis años, a considerar lo andado y lo que me resta que andar...
Y en esta cumbre oigo las voces de la

experiencia: una, austera, que me aconseja tirar la carga y andar el camino buena-mente, libre y contento... y otra, prudente, que me recomienda paciencia y calma...

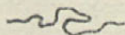
Detrás de mí, por el camino, viene la juventud, y cobro alientos al sentir sus voces alegres y animosas...

Pero a veces la juventud se arrastra indolente y descreída y se postra agotada y renegadora en el camino...

Entonces yo me digo: ¿Pero a dónde voy solo y con esta carga?

Y la voz austera me repite: "Tira la carga y toma tu descanso". Y la voz prudente interviene mediadora con su consejo: "Paciencia y calma".

Sabias voces las dos... ¿quién sabrá su bien? Decido caminar despacio e ir dejando caer poco a poco la carga... ¡Esta carga de la vida!...



Yo soy un hombre

aprovechado

ES posible que no falte quien diga que yo soy “un hombre aprovechado”. Efectivamente, a mí me dá pena que se desperdicie nada.

Siempre me despierta interés lo arrumado, lo tirado, lo abandonado, lo desechado, el retal, el desperdicio: ¿No se podría sacar algún provecho de ello? Yo debo de venir de una casta de gentes muy pobres, remontándose, acaso, mi ascendencia en pobreza y humildad... ¡Quién sabe! Lo cierto es que no me avengo al despilfarro, ni

a ser un mano-rotta, aunque me vea nadando en la abundancia. ¡Qué se va hacer! Mi finca de Hume estaba que se hundía de fruta el año pasado, los duraznos (melocotones) hermosísimos no los querían por nada en los mercados, había que dejarlos en los árboles... Bueno, pues yo salía a recorrer la quinta y cogía duraznos del suelo para comérmelos, teniéndolos en los árboles que no los querían por nada. ¡Pero me daba una pena ver aquella fruta tan hermosa tirada en el suelo! Y yo recordaba cuando, en mi tierra y de muchacho, iba con mi padre a la huerta y me decía mi padre: “¡Qué bendición, hijo mío: mirá qué hermosura de fruta en los suelos! Come, hijo mío, come de esta fruta del suelo, que es la más dulce. Mira, estos dátiles y estos higos picados de los pájaros están como la miel. La fruta del suelo se cae de madura, y una fruta picada de los pájaros es porque está en toda su sazón y es la más rica del árbol. Los pájaros, hijo, son unos pícaros y saben de fruta más que nosotros”.

De muchacho me encantaba un lugar

de esos donde se arrojan basuras y desperdicios de algunos talleres o tiendas: había cajas y pedazos de cartón, tientos rotos de porcelana, taquitos de madera, recortes brillantes de hojadelata... ¿Qué se podría hacer con todo aquello? Y llegaba a mi casa cargado de cosas de aquellas. Y mi madre me decía, llevándose las manos a la cabeza: “¡El Señor nos ampare ¡ya me vienes con más enredos? ¡Todo te lo voy a tirar!” “Tirar” ¡qué espanto para mí! Sí, amigo lector o sonriente lectora, para mí es lo último tirar las cosas.

Aquella propensión de chico creció conmigo y ha llegado a ser casi una manía; pero le debo a esa propensión muchos ratos de placer y he tratado de sacar, de ella, una saludable doctrina para mi hogar.

El otro día confeccionó un bonito cojín una de mis hijas, tejiendo pedacitos de muestras de seda, de un muestrario ya sin objeto. Esto nos hizo recordar una alfombra de piés, que hizo una vez su madre, aprovechando muestras desechadas que le llevé de la tienda donde yo trabajaba.



EL BAÑO MORO, HECHO DE CASCOTITOS.

Con este motivo sacamos a relucir los "retaleros" de nuestro pueblo. Durante las veladas se hacían con las tijeras tiritas de todos los trapitos inútiles; aquellas tiritas se unían con una puntada, formando largas cintas, y estas cintas se hacían grandes ovillos: unos blancos, otros de un determinado color, otros de mezcla de colores... Estos ovillos, ya en cantidad respetable, los llevábamos "cal tío Tintorero" (que era tejedor y tintorero) y le encomendábamos hacer con ellos "retaleros". Los "retaleros" eran unas fuertes y pesadas mantas, adecuadas para liar colchones y ropas de cama en las mudanzas, y para otros usos, ¡y muy buenas para abrigarse con ellas en el invierno los pobres, a falta de otras!...

*

Una gran característica de mi quinta de Hume (hechura mía) es el aprovechamiento de cosas desechadas.

Tengo una galería de columnas revestidas con pequeños azulejos recortados de pedazos de azulejos rotos de cocina.

Hay unos surtidores en el jardín con mosaico de porcelana blanca de roturas de material higiénico.

En el techo del baño moro hay un bonito arabesco hecho con cascotitos de tazas y platos rotos.

Las vidrieras de galerías y ventanas son de restos de vidrios de colores comprados a tanto la tonelada.

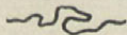
Y con restos de vidrios de colores y restos de azulejos he hecho algunos mosaicos y algunas columnitas en los aposentos interiores, que no solo me han reafirmado en la teoría del aprovechamiento de las pobres cosas, sino que me han hecho fantasear e imaginarme lo bello que sería el mundo si fuese más general una tendencia semejante.

*

¡Las pobres cosas! No hay nada que no merezca la pena de alzarlo del suelo, de recogerlo, de buscarle aplicación y acomodo.

Hay unos misioneros (creo que evangelistas) que se dedican a recoger a los vagabun-

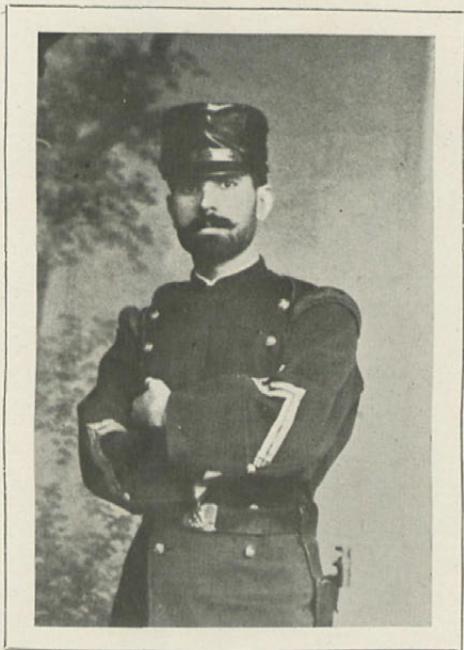
dos — desechos humanos — y a recoger desechos y desperdicios de todo: papeles tirados, botellas, latas vacías, trapos... Y la misión de estos misioneros es la de limpiar y purificar y utilizar, en lo posible, estas vidas y estas pobres cosas tiradas.



Mis viajes de recreo

ÚNICAMENTE dos he hecho en mi vida y los quiero contar.

Por el año 1888 más o menos, yo, de cabo de Infantería de Marina, estaba de escribiente auxiliar en la Capitanía General del Departamento, en Cartagena, y se me ocurrió ir a ver la Exposición Universal de Barcelona. La fragata "Numancia" estaba en Barcelona y habían pedido un cabo y algunos soldados, de Infantería de Marina, para relevos de la guarnición del buque. Entonces me presenté al secretario de la Capitanía y le rogué que me destinase a la "Numancia".



CUANDO HICE «MIS VIAJES DE RECREO».

“¡Qué ocurrencia! — me dijo — irse a pe-
lar guardias, estando aquí tan bien”... “Pe-
ro veré Barcelona y la Exposición” — le di-
je yo. Y me mandaron a la “Numancia”. El
viaje hasta Barcelona fué por ferrocarril y
yo iba al frente de diez o doce soldados. Hi-
cimos una larga parada en Venta la Encina,
desde medio día hasta la mañana siguiente,
esperando el tren de Alicante para Valencia.
¿Por qué me acuerdo de Venta la Encina?
Pues me acuerdo porque entre la hija del
posadero y yo, de la posada donde estuvi-
mos de parada, se estableció una corriente
de simpatía tan fuerte y repentina, que por
poco la chica no se viene conmigo a ver la
exposición de Barcelona. Pero:

El amor del soldado
dura una hora...
En tocando la marcha,
“¡adiós, señora!”

Me acuerdo de Venta la Encina porque la
hija del posadero no sabía qué hacerse conmi-
go cuando nos sirvió la comida; yo le hice

unos versitos... Eran las tantas y la muchacha no se había acostado, hasta que su padre le dijo: "Pero, muchacha, ¿no te vas a recoger esta noche?" Cuando partió el tren, estaba la muchacha en la estación diciéndonos "Adiós", con su pañuelito, a mí y a mis soldados... Por eso me acuerdo de Venta la Encina.



También hicimos otra larga parada en Valencia, esperando el tren de Barcelona, y quiero contar otra cosita de Valencia. No fué otro amorío romántico: palabra de honor, que aunque los soldados son como son, me acordaba todavía de la muchacha de Venta la Encina.

Lo de Valencia fué otra cosa: Yo sabía que el país de la paella era Valencia, y me dije: "Este es un viaje de recreo, a mi modo, y hay que disfrutar de lo que se pueda y recrearse. A mí me gusta mucho el arroz en cazuela y, aunque mi madre lo hacía en casa que uno se chupaba los dedos, no me debo

ir de Valencia sin comer arroz en paella". Nada más lejos de mi ánimo que quitarle su mérito a la paella valenciana, pero aquel día pasé por un triste desencanto: Nos tocó otra posadera, que ni sombra de aquella de Venta la Encina, y ella misma nos propuso que, para comer, sería lo mejor hacernos una buena paella. "De primera! ¡Venga esa paella!" Y vino la paella: el arroz duro y mucho de él con la cascarita, guisado sin gracia, soso, sin un mal pimiento y apenas si había visto el aceite... ¡Qué decepción!

La característica de mis dos únicos viajes de recreo ha sido el hambre y, ese día de Valencia, pasamos ya un poco de hambre mis soldados y yo, pues se fué el plus de marcha de aquel día en aquella dichosa paella y tuvimos que andar comiendo pan y cacahués...

Por aquellos días había ferias en Valencia y anduve en compañía de mis soldados por la feria tragando polvo y echando piropos a las muchachas. ¡Estos militares!... También estuvimos alrededor de la plaza de toros, donde se celebraba una gran corrida. Los

que no pueden ir a los toros, porque no les alcanza el parné, se contentan con ver la plaza por fuera y oír el vocerío y las palmadas y los ¡olés! y los silbidos...



Es muy propio del servicio militar lo de pasar hambre; lo sé de mi época, y de otras, por lo que se cuenta.

En los barcos de guerra se comía un poco mejor que en los cuarteles: a las cinco de la mañana ración de tocino crudo, café y pan. Nos llenaban de café el plato de lata y lo colmábamos de sopas. El tocino solía tener saltón (gusanos); pero como era al amanecer y casi oscuro, pasaba... Ojos que no ven... A las once de la mañana y a las cinco de la tarde, el rancho: patatas y garbanzos, verduras, mucho pimentón y muy poca carne. También nos daban vino: palo campeche y agua. Cuando navegábamos había que comer galleta.

Hombres jóvenes y mal comidos, la obsesión de un pobre soldado es la comida. Una

noche que me tocó de guardia con un compañero muy truhán, éste me indujo a que trasésemos el rastrillo de la despensa y rateáramos alguna cosa para comer: pudimos pescar un gran trozo de tocino (de aquel con saltón) una cubetilla de vino (vinera) y tres panes. Nos hinchamos. Otra noche fué una bacalada. Con la sed que nos dió el bacalao, nos bebimos casi una vinera llena. Suerte, que era palo campeche y agua. El día que daban francos casi nadie quería rancho. Ya en tierra, lo primero era comer.

Quizá por estas hambres de soldado, le tomé mucho cariño a la calle de Escudillers, de Barcelona, en donde había cuando la Exposición muchos y buenos bodegones. Me gustaban mucho aquella pulcritud y aquella economía sensata, muy catalana. Había obreros que llevaban su pedazo de pan y pedían menchetas (judías). Con unos céntimos se aviaban. Era un salón grande y, dentro de él, y a la vista de los que comían, estaba la cocina. Mucha pulcritud y confianza, porque veía uno por sus ojos. Y había quien se comía un pollo y quien se comía solamente su

pobre ración de menchetas. A mí me encantaba aquel apaño económico: postre, unas almendras tostadas, unas pasitas... o bien una manzana... Lo suficiente; no sobraba nada, no se tiraba nada, no se pagaba demás nada que se dejase sin consumir. Me faltaba pan: el mozo miraba lo que me quedaba por comer y me traía una rebanada pequeña o mediana, lo suficiente. El vino en petriocot (un porroncito) de cinco, de diez, de veinte céntimos, lo justo al bebedor. Una vez con seis reales comí muy bien y fuí al teatro.



Yo realizaba la ilusión de mi viaje: veía la Exposición Universal, de Barcelona. Todos los días que me tocaba franco, yo iba a la Exposición, pues era libre la entrada, para los militares. Me maravillé ante todas esas cosas que maravillan en las exposiciones: palacios del vapor, de la electricidad, de la industria... ví tejer en seda retratos de la reina... contemplé un globo cautivo: no pude subir en él porque era caro para mi pobre soldada; algunas noches me extasié con los

preciosos fuegos de artificio y con una gigantesca y fantástica fuente luminosa de agua de colores... ¡Qué importaban aquellas guardias penosas de abordó en que un oficial, creyendo hallarme dormido, me gritaba: “¡Voy a dar parte y va usted a ir al presidio de las Cuatro Torres!” ¡Qué importaban aquellas hambres, por no poder pasar el rancho endemoniado! ¡Qué importaba nada: yo había visto la gran Exposición, yo había visto la pequeña París (Barcelona) yo me había enamorado, por unos días, de una chica preciosa vendedora de fósforos en la Rambla de las flores...



Recibió la fragata “Numancia” orden de zarpar con rumbo a Mahón (Baleares) y yo me ví por primera vez navegando en alta mar. Aunque el tiempo era bueno, llegué a marearme... ¡Quién comía! y, menos, el rancho... ¡aquella bazofía! En la cantina me cobraron una peseta por un miserable pedacito de salchicha cruda. Tampoco la pude pasar, ni asándola, y ya no me quedaba más

dinero. Cuando se me pasó el mareo ¡entré en Mahón con un hambre!...

En Mahón vendían las ricas y auténticas ensaimadas mallorquinas y leche muy buena: ¡Qué panzada me dí! Y a crédito, pues fiaban los vendedores a marineros y soldados.

Recuerdo de Mahón las innumerables fábricas de calzado: ¡todo zapateros! Habían también muchas confiterías, y también (y esto no sé si sería ilusión de militar) ví más muchachas bonitas que había visto en ninguna parte.

Estuve en Mahón cosa de un mes, era en invierno, se sentía un frío intenso en la isla y, en esos días, padecí mucho de un flemón, atormentándome el hambre, pues no podía comer...



Antes de concederme el ir a la "Numancia", yo había escrito a Madrid, a un compañero de las oficinas del Ministerio de Marina, para que tratase de incluirme en alguna propuesta de cabos para Filipinas y,

cuando yo menos lo esperaba, llegó a la "Numancia" mi orden de desembarco para que me trasladase a mi Departamento (Cartagena) donde había de ser pasaportado para Filipinas.

Mi deseo de viajes se colmaba con esto.

Salí de Mahón para Barcelona, en una cascarita de nuez: un vaporeito que bailaba sobre las olas de una manera desesperante. Fué un marco terrible de veinticuatro horas seguidas, lanzando hasta la primera papilla, después de tres semanas casi a dieta a causa del dichoso flemón. ¡ Con qué hambre llegué a mi pueblo, donde descansé ocho días antes de presentarme en mi cuartel en Cartagena! Gracias a que mi madre, aunque éramos pobres, me atiborró de carne asada y de buen vino de Jumilla.



De Cartagena salí para Filipinas en un vapor de la Trasatlántica. Una sola persona vino a despedirme al muelle. ¿Sabeis quién? Una novia mía, una muchacha de la sierra de Cartagena: María-Huerta.

A la ida para Filipinas, volví a estar unas horas en el puerto de Valencia (en el Grao), pero no quise arroz ni que me lo mentasen.

De Valencia fué el vapor a Barcelona, y de Barcelona (abarrotado el buque de reclusas de artillería) salimos para Port-Said.

Yo llevaba doce duros para toda necesidad y dispendio de este largo viaje de treinta y cinco días. Pero yo había echado mis cuentas: yo iba en viaje de recreo y tenía que recrearme. Según me había informado, teníamos que tocar en cuatro o cinco puertos interesantes: Port-Said, (Africa) Aden (Arabia) Ceilán (India) Singapore (China) y finalmente Manila. Y me dije: "Mira, Vicente, pase lo que pase, en cada puerto de esos tienes que bajar con dos o tres duros en el bolsillo, para ver todo lo que puedas y disfrutar un poco."

Yo no habría podido cumplir este programa, si no hubiera sido por mi ánimo resuelto a sufrir toda clase de vicisitudes y privaciones para conseguir que mi viaje, según mis propósitos, y aunque con algunas fatigas, fuese de recreo.

A la salida de Barcelona hacía bastante los reclutas de artillería iban equipados de mantas de abrigo; pero según nos acercábamos a Port-Said y al cambio de latitud, apretó el calor, hasta el punto de parecer innecesaria toda la ropa. Entonces los artilleros, ya fondeados en Port-Said, y ya agotado el dinero en la cantina del buque, comenzaron a cambiar sus mantas y muchas prendas de ropa por dátiles y cocos y bebida y tabaco.

El rancho que nos daban en el trasatlántico no se podía probar. La olla inmensa de hierro fundido semejaba un gran mortero de artillería. Aquella olla, que estaba sobre cubierta cerca de la máquina del buque, la llenaban de patatas y legumbres y algunas sobras de carne del pasaje de 1.ª y 2.ª, todo en cantidad para quinientas raciones del pasaje de 3.ª, le atornillaban una tapa formidable para que no reventara y, después, hacían hervir el condumio a fuerza de chorros de vapor de la máquina, por unos caños que entraban en la olla. En cinco minutos se había cocido aquel pienso de los pobres soldados, mayoría del miserable pasaje de

tercera.

Pasábamos hambre. Solo algún domingo nos daban pan a los de 3.ª No había quien tragase la galleta, que parecía amasada con aserrín de madera, ni había quien pasase aquel rancho, mal cocido, sin sustancia y con gusto al vapor de los tubos y a la grasa de la máquina. En el segundo puerto (Suez) los soldados acabaron de vender o cambiar a los moros las prendas de vestir para matar un poco el hambre comiendo brocerías. Se quedaron con la sola muda puesta y, debido a la desidia, se empiojaron y se empiojó el buque entero. El jefe de la expedición ordenó entonces una revista diaria: para pasarla, se ponían los quintos la única muda interior que les quedaba y, una vez pasada la revista, se la volvían a quitar y andaban sin ropa interior, tirados en la cubierta jugando a la lotería de cartones. Todo, menos ir a proa a lavarse la ropa. Yo aprendí entonces el oficio de lavadero. Mi madre me había echado unas ocho mudas interiores muy manidicas. Yo tenía algunos informes de lo que sucedía en el dichoso via-

je a Filipinas y me preparé lo que pude. Me pasaba la mayor parte del día quitándome una muda interior y poniéndome otra, para limpiarme de piojos. Pero nada era suficiente. Un marinero de cubierta me llamaba, cuando barría, para mostrarme el montoncito de basura que bullía como un hormiguero: eran piojos! Decían que todo el pasaje de 1.ª, incluso el mismo Capitán, ya tenían piojos. “Menos mal—decía el marinero—que en el mar de la China y con el gran calor, desaparecen.”

Yo me pasaba lavando mi ropa la mitad del día y, a veces, aburrido y con náuseas, al ver bullir los parásitos, formando cordones en los pliegues de la ropa, ¡y blancos, grandes, coludos! tiraba la muda al mar... ¡Qué asco!



Formábamos rancho aparte scis cabos de cañón y yo, cabo de Infantería de Marina. Leímos para pasar el tiempo mientras tuvimos libros: nos los cambiábamos y prestábamos. A mí no me gustaba la lotería de

cartones; me aficioné algo a los naipes, por no saber qué hacer. Ya tenía yo aficiones literarias y les escribía largas cartas, a mis padres, con descripciones del viaje, y así me entretenía un poco. Había quien tocaba el acordeón. Será todo lo vulgar que queráis ese instrumento, pero me he emocionado muchas veces, al sentirlo, evocando mi melancolía de entonces, de nostalgias y ensueños juveniles, lánguido arrobamiento que aumentaba según me iba alejando de la patria natal con rumbo a las remotas fantásticas islas de vírgenes selvas, de monos y de pájaros de colores y de mujeres semidesnudas y de belleza salvaje... ¡Sueño ardiente, sueño deslumbrador del hombre-mozo!...

Yo llevaba en mi equipaje una fina muda (un traje) de rayadillo azul, que se lo había comprado a un cabo repatriado de Cuba.

Esta muda, sin los galones de cabo, era como un decente traje de paisano. Yo, a la llegada a puerto, me lo ponía y un fez o gorro turco que me había comprado en Port-Said. Y de esta manera me escabullía entre

los pasajeros de 1.a y 2.a, pues a los soldados y cabos (pasaje de 3.a) les tenían prohibido bajar a tierra hasta llegar a Manila.

¡Entonces era la mía y la de gastarme los dos o tres duros de mi asignación para cada puerto!

Lo primero era comer: ¡Huy qué hambre atrasada de ocho días! Yo podía haber ido, como otros, a la cantina del trasatlántico mientras me hubiese alcanzado el dinero. Pero ¿y después? Hubiese pasado hambre igualmente. Me parecía mejor sufrirla y darme un hartazgo de vez en cuando. ¡Y qué placer, en aquella hambre, pensando en el día de llegada a puerto y en el atracón!

¡Sí, primero comer! Ya satisfecho, me iba a verlo todo, a correr, a curiosearlo todo, a gozar sensatamente hasta la hora de volver abordo. “¡Adelante, Vicente, ya te has echado unas medias suelas, bien les has sacado el pringue a los tres duros!”

Pero el viaje era muy largo y el hambre

arreciaba. En Aden no me fué posible bajar a tierra: quedaba el puerto legísimos, fueron a él contados pasajeros, pues pedían mucho por llevarlos a tierra. Debiendo, por ello, esperar la llegada a otro puerto, que era Colombo (de la India inglesa), se hacía doble la terrible jornada del hambre.

En nuestro rancho o grupo había un cabo de cañón, al que mortificábamos un poco con bromas pesadas (en honor a la verdad, yo no tanto) porque era un poco afeminado y sinvergüenza. Sin embargo, más que cínico, era bondadosamente despreocupado. Este cabo de cañón dijo: “Yo no quiero pasar más hambre. No tengo tantos moños como ustedes y acepto la invitación de ir a pelar papas a la cocina y a fregar platos, a cambio de comer sobras y lo que caiga”.

—¿Y no te dá vergüenza? — le dijeron en coro. (Yo me callé).

—A mí no, — dijo él.

Y se fué a pelar papas y a fregar platos y luego nos contaba cosas de las “Mil y una noches”, de lo que comía y plimplaba en la cocina. Su relación, enumerando manjares,

nos esasperaba más el hambre. Uno de los compañeros, ya desesperado un día, le dijo: "Oye, ¿por qué no ves la manera de traernos algunas sobras?" Los demás callábamos sin protestar de aquel pordioseo. "¡Pobres hijitos míos, muertecitos de hambre, — dijo el calificado de marica sinvergüenza —cuántas veces os hubiese traído algo, pero temía que me lo tiráseis a la cara, ofendidos!" "¡No nos ofenderemos! ¡Tráenos aunque sean las sobras de los platos!" Había sus dificultades: la comida sobrante de 1.a y 2.a se tiraba al mar, y se tiraban al mar canastos de pedazos sobrantes de pan tierno. Estaba prohibido alargar en la cocina un pedazo de pan a nadie, de los de 3.a. Pero ¿qué importaba esto? Allí estaba sonriéndose con truhanería aquel sinvergüenza marica: él haría por sus pobrecitos hijos, muertecitos de hambre, lo que no haría por él mismo: ¡robaría! ¿Que lo pillaban e iba al cepo? ¡Más gloria para él, siendo por lo que era!

Y fué entonces lo más trágico del hambre aquella. Aquel pobre, con grave riesgo, iba a la cocina a deshora y arramblaba con lo

que podía, echando en un caldero papas, legumbres, verduras, sopa carnes, huevos fritos o cocidos, pedazos de pan... a veces cosas de dulce... todo revuelto. Y se deslizaba con el caldero hasta la oscuridad de un rincón del sollado donde estaban nuestras literas, y, allí, en la oscuridad, a tientas, metiendo las manos en el caldero, sacábamos a puñados lo que la suerte nos deparaba llevándolo a la boca... Entonces, al gustarlo, solíamos saber lo que comíamos y se entremezclaban en la oscuridad gruñidos de satisfacción y reniegos y sordas exclamaciones, no habiendo ninguna diferencia de nuestro gruñir al gruñir de unos hambrientos animales cuando les echan la bazofia...



Que... ¡¡Vaya unos viajecitos de recreo!?

Hombre, a falta de pan, buenas son tortas. Para mí, a pesar de todo, fueron viajes de recreo. ¡Oh feliz juventud! Además, es que lo fueron ciertamente por la ilusión que en ellos puse y por el recuerdo fino y hondo que

han dejado en mí.

La entrada en Singapore me encantó: se llega al puerto por estrechos y pintorescos canales rodeados de colinas verdeantes pobladas de edificios chinoscos... Luego el gran puerto, la multitud de tipos pintorescos de Arabia, de Asia, de la India... A los trasatlánticos se acercan las pequeñas embarcaciones llenas de nacarados caracoles marinos para la venta... Los vendedores de plumas de avestruz, de lacas, sedas, abanicos, bastones, etc., invaden el buque recién llegado... En el muelle aguardan los cochecitos tirados por chinos... Hay calles dedicadas a una sola industria o comercio: sederías, zapaterías, joyerías: hay calles enteras de carpinteros de ataudes... Fuimos a los figones chinos: vimos comer el arroz y los fideos con unos palitos... vimos tomar té, en cuclillas, fumando a la vez largas pipas... En una palabra: aquello era la China y yo era un pobrecito que para visitar aquel exótico y fantástico país, hacía un original viaje de recreo, pasando hambres y fatigas.

Llegamos al puerto de Manila, por fin. ¡Oh qué encanto! Se fueron precipitadamente del buque todos los pasajeros y se llevaron también a los reclutas artilleros. Nos quedamos solos en el trasatlántico los cabos de cañón y yo con la tripulación, hasta que viniesen a buscarnos del Departamento de Cavite. Entonces nos arrancharon para comer con los marineros y fogoneros del buque y éramos felices comiendo pan todos los días y un bien condimentado guiso de carne. También nos daban vino. Entonces yo fuí feliz sin hambre, extasiándome en la contemplación del puerto tranquilo, durante dos o tres días, sin otra preocupación que la de mirar y recrearme: a lo lejos la ciudad, más lejos los cocotales de la costa, las casitas de bambú de los pueblecitos pescadores... Junto al trasatlántico pasaban las pintas (embarcaciones pequeñas) con sus balancines de caña y con sus velas de palma tejida...

Y yo era feliz porque había realizado mi ensueño de ver las lejanas y maravillosas tierras y los negros y los árabes y los in-

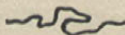
dios y los chinos y las islas encantadas llenas de monos y de pájaros de colores...



Al año y pico regresaba yo para España, también "en viaje de recreo" en el crucero de guerra "Aragón" que tardó sesenta y cinco días en la travesía. Un día inesperadamente, como suele ser, tocaron "zafarrancho de combate". Yo tenía designado mi puesto en el sollado de víveres y allá me fuí con mi fusil a defender las piladas de sacos o bolsas de harina. En aquel viaje, (lo hago constar en honor de la verdad) no pasábamos hambre: pero el pan no andaba abundante y comíamos mucha galleta, muy dura, pero de excelente calidad. Así, que lo que veníamos a tener todos era hambre de pan y sobre todo de pan tierno. Pues ese día en el "zafarrancho de combate" ví entre dos sacas de harina un hermoso panecillo tierno, como recién sacado del horno. Yo me dije: "éste se lo ha dejado aquí el panadero de los

oficiales quizá olvidado”. Y esperé, sin quitar los ojos del panecillo, a que diesen la señal de terminar el zafarrancho. Cuando así fué, tomé rápidamente el panecillo escondiéndomelo debajo de la blusa marinera y me fuí con mis camaradas a mi rancho, pues era la hora de comer. Con estupefacción de todos mostré el panecillo: “¡Pero qué suerte!” “¿De dónde te ha caído?” “Del cielo” “¿Nos darás a probarlo?” “Sí”. Me puse a partirlo y no pude. ¡Cosa extraña! ¡Y parecía tan tierno! Un compañero muy fuertudo dice: “¡Trae acá!” No pudo hincarle el diente ni el cuchillo. Ya grotescamente, uno cogió un martillo y golpeó el pan sobre un cabrestante de hierro, como sobre un yunque, y el pan quedó pulverizado como si fuese de vidrio... ¿Cuántos años tendría aquel pan?

A los pocos días divisamos las costas de España y dí por terminados aquellos “viajes de recreo” que tuvieron como principal característica el hambre.



Mis prendas

Vicente Medina es un poeta eminentemente masculino, en el que nada han influido las extravagancias afeminadas de esa legión de decadentes que, so pretexto de renovar nuestro lenguaje, lo están poniendo que dá lástima. No, el vate murciano, en buena hora lo diga, no sabe ni media palabra de orquídeas y crisantemos, y, además... se corta el pelo al rape.

Para pintar al hombre, que vale tanto como el artista, referiré un hecho que da, de un trazo, toda su psicología.

Pocos días antes de celebrarse el

certámen en que fué laureado Medina, se permitió alguien indicarle la conveniencia de que vistiera de frac para conducir al trono a la reina de la fiesta. Su contestación fué la siguiente: — Mi traje es la chaqueta, y no pienso desertar del campo de los míos, precisamente en la hora del triunfo.

Y, efectivamente, al llegar el momento solemne de formarse el cortejo, Vicente Medina, vistiendo modesta americana, ofreció el brazo a la encantadora reina de la fiesta, que lucía un hermoso traje “de corte” confeccionado en París, gemelo de uno de los que usó la reina Guillermina de Holanda en las fiestas de su coronación.

Luis Márquez

“El Popular” — Málaga 17-IX-1904.

Yo no he tenido la debilidad de la ropa. Un compadre mío, sastre, creyendo que no se puede ser buen literato sin una levita negra, larga y cerrada, me hizo y me regaló un levitón de rechupete, de lo mejor en estas prendas, y no me lo he puesto nunca. Por

cierto que me dá lástima que se apolille y se pierda, así sin estrenarlo, cuando, como prenda de ropa, para cubrir mis carnes o para quitarme el frío, sería excelente. Porque me parece que es esta la misión de la ropa y no la de completar la figura de un literato o de cualquier personaje. A mí me hacen mucha gracia estas cosas e importancia de las prendas de vestir: mantos reales, casacas de ministro, libreas de cochero, fraques, esmoquines y jaquettes... En una playa, porque está de moda, puede usted estar en pelota, entre damas y señoritas en idem, las cuales se indignarán si a las dos horas se presenta usted otra vez a ellas vestido decentemente de chaqueta pero no de frac, si es tal o cual fiesta de etiqueta.

Cuando mi compadre el sastre me regaló mi levita, un pariente mío me regaló también un sombrero de copa algo usado que se me colaba hasta las orejas, lo cual se remedió metiéndole un diario doblado debajo de la badana. Pero tampoco lo usé y anduvo rodando por casa hasta que fué a cumplir su destino sirviendo para alguna mamarracha-

da de carnaval.

Cuando me venía para América, por si acaso, me compré en "El Siglo", de Barcelona, un frac que me costó cuarenta duros. Me lo puse una vez para una necesidad, una fiesta, y lo arrumbé porque el pobre está como de cuarenta duros que es. Además le tengo tirria al frac, que debía de abolirse como prenda de distinción, pues lo usan infinitas personas ordinarias, que están deseando la oportunidad de un banquete cualquiera para presentarse de frac como personas distinguidas y cultas.

Esto mismo sucede con el esmoquin y, como se lleva tanto, yo en los banquetes confundo a los combidados con los elegantes camareros.

Esto de la etiqueta y de las prendas de vestir, es un engorro.

A mí, que soy negado a estas tonterías, si tengo ropa negra se me hace vieja y se me apolilla sin usarla, y si voy a echar mano de ella no me sirve. Hace unos años le pedí su esmoquin a un amigo, para ir a una fiesta; el amigo era muy alto y tuvieron, en

casa, que remeterle al esmoquin medio palmo de manga. De cuerpo me estaba bien y nos estuvimos riendo, al probármelo, la señora de mi amigo y mi amigo y yo, de mi facha con aquellas mangas que me tapaban las manos.



Claro, como yo no vengo de gente de categoría, ni mi padre ni yo habíamos usado prendas muy señoras; de aquí, seguramente, mi aversión a los fraculines. La cosa es que yo nunca había llevado sobretodo. Había llevado mi manta murciana o mi capa española. Pero como cambié algo de posición, por mis empleos y aficiones literarias, tuve que amoldarme un poco al medio social, lo cual no es otra cosa que, ridículamente, como los monos, imitar a los demás en el vestir y en las maneras y costumbres. Entonces, para el invierno, no tuve más remedio que hacerme un sobretodo. El tal sobretodo era de color barquillo, precioso. Pero allí se quedó en la percha, sin estrenar, pues yo seguía

con mi capa, a la que le tenía un verdadero cariño. ¡Oh vieja capa mía! Mi mujer me decía: "Pero, hombre, pónitelo!" Y yo le contestaba: "Déjalo, mujer, ya me lo pondré. ¡Te aseguro que el día que me lo ponga, no me lo voy a quitar ni para... nada!"

Por fin tuve que hacer un viaje a Madrid a pretender que me estrenaran una obra en los teatros y a presentarme como literato que desde provincias saca la cabeza; y entonces, en mi equipaje, como prenda de respeto, puso mi pobre mujer, cuidadosamente doblado aquel sobretodo color barquillo.

Ya en Madrid, me dije: "¡Bueno vá: me pondré el petarlé!" Y me puse el sobretodo, que resultó tener las mangas casi dos dedos más cortas que las de mi americana. Pero como el sastre que lo hizo era bueno, pensé que tendría que ser así, por uno de tantos caprichos de la moda, que lo mismo acorta las prendas que las alarga, y me eché a la calle con mi sobretodo corto de mangas. Y con este sobretodo corto de mangas estuve en un estreno de Echegaray y en el saloncillo del Español, entre Pérez Galdós, Benaven-

te, los Quintero y otros, y con este sobretodo, ridículo seguramente, (¡pobre sobretodo mío! — ya verán el final) estuve visitando ministros y senadores y marqueses (el de Casasegovia, los de Torre-Pacheco) y literatos eminentes: Valera, Núñez de Arce, Octavio Picón... Por algo la señora de don Juan Valera me tomó por un sablista. ¡Claro, me vió con un sobretodo tan corto de mangas que no parecía mío!... ¡Pobre sobretodo mío! ¡Y tan mío! Porque lo llevé muy viejecito y raído hasta el final, sacándole el pringue, y, aún después, mi mujer lo deshizo y, volviendo el género, se hizo con él una linda chaqueta para andar por casa...

A la vuelta de Madrid, llevé puesto mi sobretodo cuanto duró el invierno sin quitármelo ni para... nada; y así lo llevé otros varios inviernos y en otro viaje a Madrid, ya raidito y alargado de mangas y bien amoldado a mi cuerpo, no como prenda extraña y nueva de puro lucir, sino como prenda querida y sobada, hecha pellejo de uno mismo...

Y en aquel segundo viaje a Madrid, yo mismo raído por la vida, igual que ya raído estaba mi pobre sobretodo, no me fuí a visitar ministros ni otros personajes, sino a gestionar unos pasajes baratos para emigrar de mi patria. Hice sí, entonces, una visita a mi compadre el sastre (aquel que me regaló la levita) y una hija suya (que ahora es mi segunda y buena compañera... ¡Quién nos lo iba a decir!) estuvo repasando y asegurando los botones de mi pobre sobretodo color barquillo...

El final del sobretodo, como he contado, fué transformarse en chaqueta de mi mujer.

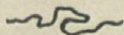
Quizás os quedáis con ganas de saber también el final de mi frac de cuarenta duros y de la levita negra.

Pues la levita negra me va a servir para andar por casa en zapatillas las mañanitas de invierno: menos ridícula que un batín o que un pijama, sin duda alguna.

El pantalón del frac, con franja de cinta de seda, lo usaré para trabajar en el jardín. Lo malo es que me está bastante estrecho y

se va a rajár por... salva sea la parte.

Y el frac propiamente dicho, para espan-
tapájaros.



Mal ando yo
de prácticas sociales

ODIO las susceptibilidades y escrúpulos a base de sociales convencionalismos: del “yo no puedo admitir eso”, “eso no está bien visto”, “que dirán”, “cómo lo juzgará la gente”, &a. &a.

Una vez yo asistía a un estreno en el teatro “Español”, de Madrid. Yo fui de chaqueta a la platea. Claro, yo iba de provincias y, además, por mi origen humilde, yo no sabía un pitoche de prácticas sociales. Bueno, pues seguramente estuve estupidamente ridículo, porque ahora me ente-

ro de que a esas funciones no se puede ir sino de etiqueta. Me entero porque el otro día dije en casa:

—Iremos a ver a la Guerrero y así yo pasaré a saludarlos.

—Pero, papá, — me replicó una de mis hijas — ¿cómo vamos a ir, si a eso, como a la ópera, hay que ir de etiqueta?

—Hija, a mí me podría servir aquel frac comprado en “El Siglo”, de Barcelona, ha-ce quince años, aunque puede que esté apollillado.

—No, lo malo es que esté pasado de moda.

—¿Pero también hay modas en los fraques?

—Sí, papá. Además, la nena, tendría que hacerse ropa, como señorita que es, y yo como señora que soy, y las dos, también, cada una su correspondiente tapado.

Y todo para ir una noche a ver a la Guerrero o a la ópera. Es decir que hasta para gozar del arte fino, pone sus inconvenientes la estúpida y antipática moda.

Total: que les mandé unas flores de mi quinta y una cartita a doña María y a Don

Fernando y nos privamos del placer de ir a ver aquella noche a la Guerrero.



Pues volviendo a lo del teatro "Español", lo más gracioso es que yo, palurdo provinciano, también con estúpidas preocupaciones de la misma índole, hice aquella noche el gran papelón, como se dice por acá; fué de este modo: Don Gaspar Núñez de Arce estaba viendo, como yo, el estreno cerca de mí, dos butacas por medio, y cuando terminó la obra y se salía la gente, Don Gaspar, que ya era muy viejecito, se descoyuntaba tratando, fatigosamente, de meter los brazos en las mangas de un pesado gabán. Mi primer impulso fué el de ponerle a Don Gaspar el abrigo y hasta abotonárselo; pero tuve cortedad, temeroso de que alguien viese en aquello una bajeza y una inclinación de humilde criado, y me estuve quieto mirando idiota-mente el angustioso forcegeo de Don Gaspar para meter los brazos en su gran abrigo. Eso sí: estuve mirándolo muy respetuo-

samente, queriéndole decir con mis ojos mi pesaroso sentir y mi incertidumbre en cuanto a prácticas sociales y, cuando ya pasó por delante de mí, Don Gaspar, le hice una ceremoniosa inclinación de cabeza. ¡Oh, aquella inclinación de cabeza debía de estar muy bien dentro de la etiqueta rigurosa!

Y ahora el copete:

Durante aquel estreno del “Español”, una señorita preciosa me estuvo mirando mucho, desde un palco, y yo pensaba: “Puede que sea un poco romántica y que sepa que yo soy ese poeta nuevo que acaba de aparecer... O puede que sea una extravagante y que le haya gustado mi tipo de árabe del desierto”.

Y después he caído en que el mirarme tanto aquella señorita era, sin duda, por verme tan ufano con mi chaqueta en aquella función, a la que no se podía asistir sino de frac. “¿Quién será este palurdo?” Se diría aquella señorita. Y luego, tomando chocolate en ca Doña Mariquita, lo contaría de una manera graciosa, riéndose a carcajadas.

Me sucedió otra cosa notable, por estas

dichosas etiquetas.

En una casa aristocrática, por cierto de personas muy finas e intelectuales, me invitaron a pasar algunas veladas para hablar de literatura y leer versos. Fuí dos o tres veces con mucho gusto, pues me agradan estas cosas y, además, porque me recibieron con llaneza y familiaridad. Pero una de las veces, seguramente por agasajarme y honrarme más, invitaron a unas pocas más personas y le dieron a la reunión un tono de etiqueta, ciertamente no estricto. Pero el caso es que yo ya no estuve con aquella holgura y confianza familiar. Había en la reunión bastantes mujeres, bellas, distinguidas, é inteligentes y se hizo un poco de música y hasta se bailó un poco. Yo no bailaba; esto me violentaba algo... yo estaba molesto. Además aquella noche quedó la literatura un poco en segundo término. Difícil es que cuando hay baile pongan, hombres y mujeres, atención a los versos... Pero mi molestia mayor provenía de mi manera de ser sencilla, en contraposición de aquel ambiente de finas superficialidades y vanos cumplidos...

Sucedió también que una señora muy bella, muy joven y muy inteligente, pasó al piano y, en esto, la dueña de la casa me invitó a que fuese al piano para acompañar a la señora. Fuí; tuve que cruzar la sala, sentí las miradas sobre mí, llegué al piano y aquella mujer hermosa, que interpretaba como consumada artista una pieza musical, me acogió a su compañía con la sonrisa más deliciosa...

Para un caballero galante hecho a la vida de los salones, esto era sencillamente magnífico; pero en cambio para mí esto era horrendo: ¿Qué debe hacer un caballero en estas circunstancias? ¿Debe hablar? ¿Debe estar callado? ¿Debe echar mano de una erudición barata y hablar de los grandes maestros de la música? ¿Debe alabar la pieza interpretada? ¿Pero qué pieza era aquella? ¡Ay de mí! Si yo hubiese estado más sereno, sin aquella estúpida preocupación de cumplidos y de etiquetas, yo sé bien que le hubiese podido decir a aquella mujer: "Es usted un encanto: Tan hermosa, tan fina, tan artista, sentada ante el piano, volando

sus manos como blanquísimas palomas sobre el marfil, dá usted la sensación de ser usted misma esa divina música que nos arrebató y nos eleva a los cielos”...

Pero yo, no solamente no le dije nada de esto, sino que no le dije nada, ni le pasé siquiera las hojas de la música en el atril. ¡Y cómo las había yo de pasar sin entender de música! Terminó la pieza, sonaron aplausos de manos enguantadas y la artista se levantó con lentitud del taburete sonriéndome nuevamente de manera dulce y gentil. Y yo, inclinándome ante ella ceremoniosamente, como en el “Español” ante Don Gaspar, creí que esto era lo que me correspondía hacer y dejé a la señora cruzar sola toda la sala, siguiendo sus pasos en guardia de honor. No era esto lo que correspondía; luego lo ví por otras señoritas que pasaron al piano. Yo debí ofrecerle mi brazo y llevarla hasta su asiento. Cuando lo comprendí, me quedé corrido ante mí mismo y maldije de tanta etiqueta y tontería. Tan corrido, que no volví más por aquella casa de personas tan intelectuales y finas y para mí tan estimables.

Odio estas pamplinas sociales. Tres o cuatro veces, a personas que se me han metido de golpe y porrazo en el corazón, haciéndose entrañablemente queridas, les he ofrecido dinero. Y les he ofrecido dinero porque me parecía que, en aquel momento, era lo más positivo, razonable y poético, en razón a que sin esa porquería del dinero no se puede ir a ninguna parte.

Bueno, pues alguna de estas personas se me ha ofendido y, francamente, yo al ofrecer dinero, lo que ofrecía era mi alma.

—¿Pero — me dirá alguien — y la susceptibilidad? y la delicadeza?

—¿Y qué más delicadeza —digo yo — que aquella efusión? Te quiero y te doy el alma y después cuanto tengo, porque todo vale menos que el alma.

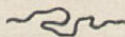
En cambio no hiere la delicadeza pedir o tomar a título de prestado y a sabiendas de que no hemos de devolverlo. ¡Son pamplinas!

En América me encontré un amigo que había estado muy bien y que había derrochado mucho dinero por allá por nuestra

tierra. Aquí se vió muy mal y un día me dió “un pechazo”. Vamos, me pidió veinte pesos, que yo le dí con mucho gusto. En seguida me convidó a almorzar y no consintió “de ninguna manera” que yo pagase.

Y la suceptibilidad de este amigo no estaba herida, porque todo aquello caía dentro de las normas sociales.

Una familia íntima de la mía se nos enojó porque un día le mandaron de mi casa no sé qué golosina. Parece que era una ofensa regalar cosas de comer.



Contra los que cacarean

¡España está local...
siempre ha de tener el clarín en la boca...

Martínez Sierra

FUERA del cariño al suelo natal, recuerdos de donde pasó nuestra infancia o nuestra juventud, simpatía por lo que es de nuestra raza y de nuestras costumbres, habla &a, el patriotismo es una cosa absurda, sobre todo en la forma exaltada de que alardean de él, precisamente los cerriles que no saben razonar ésto, ni nada, y los indecentes que engañan al pueblo con esto del pa-

triotismo para manejarlo y explotarlo y darse la gran vidorra.

El patriotismo es, en primer término, contrario a los nobles sentimientos por la Humanidad: fraternidad, altruismo, progreso, concordia, paz, amor, bien y goce, universales...

Después hay muchas tonterías.

Hay nación que "por tiquis miquis" hace una guerra y manda sus hombres al matadero y se arruina. O bien hace una guerra para conquistar territorios, mientras deja incultos los suyos propios.

Es como cuando se prohíbe la emigración de los braceros y no se les facilita trabajo y se les deja perecer de hambre.

De lo más contrario a toda ley divina es lo de impedir al hombre que salga de "su patria" y lo de obligarlo a ir a la guerra.

Luego hay otras cosas:

Un gran artista o un gran hombre de ciencia se sacude las chancletas y se larga de su país, sencillamente porque se le remueve el estómago de ver algunas cosas, o porque no quiere morir de hambre, o por-

que le resulta estrecha su tierra y quiere más ancho mundo, o simplemente porque tiene ganas de darle al zancajo. Bueno, pues ese hombre es una mal patriota, hace mal, "se debe a su país". Y este pecado se hace grave si el tal es un inventor, y ya pecado gravísimo si su invento es de aplicación a fines de guerra.

En cambio si este hombre permanece en su patria suele llegar a viejo viéndose en la indigencia o casi en la indigencia, como ('ajal y Bretón (casos de actualidad comentados en "La Esfera") y otros mil. Entonces los pocos buenos y sinceros patriotas elaman al cielo. ¿Por qué? Esos hombres hicieron mal confiando en esa patria...

"España de la tradición, que hace sus hombres y los gasta... Así Zorrilla y así Galdós y Pompeyo Gener... Que haya una injusticia más, ¿qué importa al mundo, a ese mundo oficial que brilla en las antesalas y bulle en el congreso y hace grangería de los bienes del Estado? No hay dinero; no habrá un mezquino puñado de dinero para Bretón, para el gran artista cuya obra, populariza-

da en todo el mundo, ha hecho más por el nombre y la honra de España que la mayoría de todos esos políticos que tienen millones y estatuas en vida”.

Así habla “La Esfera”. Y resulta lo que yo digo: todo eso es una indecencia. El Rey cobra millones y los verdaderos reyes (de la inteligencia, del genio), más reyes que los reyes, no pueden cobrar una miserable jubilación.



Yo ya sé que muchas ideas mías pueden parecer extravagantes, pero las echo a los cuatro vientos porque son ideas, que no es lo que más abunda; y menos ideas-madres, ideas-semilla, que puedan germinar y dar algo.

Muchos negocios de Estado, en los que parecía que lo que danzaba era el honor nacional, se han arreglado en este pícaro mundo con el “me dás tanto, te doy cuánto”. El honor es muy convencional. Es como cuando en culpabilidades que afectan al

honor se castiga con indemnizaciones, como si el honor fuera susceptible de indemnizarse o de apañarse con un remiendo. Por eso yo me río del honor. Vamos, del honor preconizado por mucha gente que entiende el honor como una cosa que se ha convenido tener y guardar entre las gentes.

Pues yo iba a decir que, como muchos negocios de Estado se arreglan con lo de “me dás tanto, te doy cuánto”, bien pudieran arreglarse las guerras idiotas con algo de “cuánto quieres y vamos a entendernos”. De todos modos, después de derramarse sangre y arrastrar el honor de aquí para allá, venimos a parar a ésto.

Las guerras también se podrían llevar a cabo de otra manera.

Es costumbre, por la necesidad, el reclutamiento de legionarios, “por su tanti y cuanti”, pues son soldados extranjeros, cuyo honor no tiene nada que ver con la “cuestión de honor” que se ventila.

Quiere decir esto que no se trata de lavar la mancha con sangre del ofensor o del ofendido, sino de pegar fuerte, con ayuda

de quien sea y de lo que sea, hasta ponerle al contrario, si puede ser, la pata en el cuello. Total: que una guerra no es hoy una cuestión de verdadero honor, sino una campaña, o una empresa necesaria, o un negocio con el que hay que salir adelante por todos los medios.

Y el medio más práctico en estos tiempos guerreros, en que el guerrear es un oficio, me parece que sería ir a una nación de las más guerreras y preparadas para este trabajo y decirle: "Tengo este asunto entre manos: a ver cuánto me puede costar el arreglarlo".

¿No es más humanitario ésto, que el sacrificar idiotamente tantas vidas?

Me pasa con el honor y con el patriotismo como con los golpes de pecho: no me fío de los que a cada momento están dale que le dás.

Cuando se sienten de verdad, ni el honor, ni el patriotismo, ni la religión, son cosas que se cacarean.



Hombria

ME hizo gracia la pregunta.

—¿Pero usted ha venido a América a hacer dinero?

—¡Hombre! Yo he venido a hacer eso, que es lo único que saben hacer ustedes en su mayoría... y, además, he venido a hacer lo mío, que no es cosa que ustedes puedan hacer. ¿O pensaban ustedes que iba a dejar mi tierra para venir a cantarles coplas, muerto de hambre, mientras ustedes regoldaban? ¡Vamos, caballeros!... Yo como

hombre soy tanto como ustedes y he venido a igualarme... Y como poeta soy una cosa excepcional sobre ustedes y he venido a superarme. ¡Me hizo gracia la preguntita!

Mi consejo a todo poeta (a todo artista) es que, además de ser poeta, no deje de ser todo un hombre.

Cuando yo, emigrante, llegué a Buenos Aires, dijo de mí Lopez Bago en "La Vida Moderna" (19-III-1908):

"En una maleta que el poeta llama **de las esperanzas**, trae Vicente Medina su libro **Poesía** y cinco o seis obras dramáticas"...

Era así efectivamente; pero si no hubiese echado mano de otros recursos, pronto me hubiese muerto de hambre.

Lo de ser poeta no es cosa de este mundo, aunque lo parezca, y para vivir en este mundo y entre los hombres, hay que ser hombre.

¡Piensan ustedes que reniego de ser poeta? No! Reniego de haber venido a este mundo, por equivocación seguramente y, ya en este mundo, reniego de tener que ser hombre... y tan hombre como cualquiera!

Yo no soy yo

YO voy vestido grotescamente como los hombres, con una tapadera en la cabeza, con unas alas y una cola de trapo, (mi sombrero, mi levita); pero yo no soy yo. Yo soy el que mi madre ha parido y solamente soy yo cuando soy como mi madre me ha parido.

Ustedes me ven pasar por la calle y me ven que yo saludo a ustedes amablemente; pero yo no soy yo. Yo no iba por la calle, yo iba por las nubes y estaba en el quinto cielo cuando he tropezado a ustedes... y yo —el verdadero yo — no ha saludado a

ustedes sino que ha lamentado un encuentro tan idiota, pues me he tambaleado en mi celeste vuelo, con peligro de caer en la Tierra, de la que iba huyendo...

Ustedes me han visto desempeñando mi modesto empleo: me han visto ustedes someterme a mi triste servidumbre; me han visto ustedes inclinar la cerviz como un esclavo ante el trabajo agotador e imbécil, ante el grito despótico del amo, ante la dura cadena que me tiene atado... Pero ese que han visto ustedes no era yo... Ese que ven ustedes, humilde y sencillo, no es lo que parece. Ustedes lo ven allí que, resignado, escribe cifras antipáticas sobre unos perversos libros, implacables, de Debe y Haber, pero no es así la cosa tampoco.

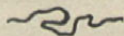
El verdadero "yo" suele estar a veces allí en aquel empleo, pero no es tal empleado ni, menos, un sometido: es un príncipe, acaso un dios, y cuando inclina la cerviz, es de indulgencia y de tolerancia ante la aberración de algunos míseros hombres que se engríen como dioses airados, cuando son, en realidad, esclavos de la vanidad humana y

siervos de la miseria del oro...

Y cuando me veais que escribo, suelo ser yo; pero aunque veais que escribo en esos terribles libros del **Debe** y el **Haber**, no lo creais: yo, escriba donde escriba, escribo siempre, precisamente, en otros libros en donde todo **Debe** y **Haber** se borra.

Así, que sabedlo:

Yo no soy yo. Yo no soy ese mamarra-cho de hombre con tapadera en la cabeza y con alas y cola de trapo, como un bicho ridículo: soy más al natural y más de otra manera. Ni a mí me encontráis nunca por la calle: yo vivo en otro mundo... Ni yo soy, tampoco, un humilde empleado: yo soy un príncipe de las letras, yo soy un dios, yo soy una abeja divina que hace panales del sentimiento... ¡Ese soy yo!



Inventario

AL ocuparse de mi obra literaria, unos se han pronunciado contra mis "Aires murcianos", y especialmente contra los icos, sobre todo en el abuso de ellos; otros, cuando he dado prosa o versos castellanos, me han dicho: "zapaterico, a tus zapaticos".

Cohibido por las exhortaciones severas de algunos, he medio repudiado mis "sectarias" (!hijas de mi alma!) y otros me han recriminado por mi timidez.

Azorín me decía: "Persista usted en esos

cuadros de color como "El rento", en esa pintura exacta de la tierra y del hombre del campo, en que tan acertado está usted". Y un célebre actor, paisano mío, me inducía a producir "obras de sociedad" y, sobre todo, que no tuviesen la tendencia socialista de "El rento" o de "¡Lorenzo!..."

Total: que yo andaba como loco entre mis impulsos y mi deseo de complacer a todos, con el santo fin de ganar gloria y provecho.

Pronto me convencí de que yo no servía para sacar provecho del arte, y entonces me decidí a seguirlo por puro amor, sacando el provecho no de cosa tan elevada, sino de cualquier cosa más o menos baja, como lo sacan todos los hombres.

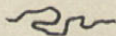
Y desde entonces, he escrito como me ha dado la gana y de todo lo que me ha dado la gana.

Y a unos y a otros os digo: Ahí teneis mis obras. En ellas hay para todos los gustos y todo es espontáneo y natural, y de todo lo que he producido estoy satisfecho y orgulloso.

Ahí teneis mis obras: no sé qué recomen-

daros más: si mis “Aires murcianos”, o mis versos clásicos en lengua castellana, o mi poesía lírica o mi poesía rebelde o el poema íntimo “La compañera”, o mis “Estilos argentinos”.... Ni sé si encareceros “La sombra del hijo”, o mis palabras de paz, o mis filosofías amargas... Todo creo que es bueno, todo me salió del corazón, y en todo ello, si no a la Humanidad, encontrareis, al menos, a un hombre.

Y ese hombre soy “yo mismo”.



Balance general

HAN pasado veintidos años y mi situación es la misma que la pintada en mi carta a Martínez Ruiz (Azorín) en Diciembre de 1898.

Y no es lo peor que la situación mía sea la misma que en el comienzo de mi carrera literaria (verdadera carrera, por el atosigo) sino que ha sido siempre la misma esa situación mía: sin tregua y sin descanso, ni respiro...

En America, a donde emigré con los míos a la edad de cuarenta y dos años, he mejorado de posición económica, tras años de áspera lucha de empleado, de industrial, de negociante, de agricultor; pero por circunstancias especiales, (enredo en los pequeños negocios y falta de valor para dejarme el empleo segurito, temeroso a encarar eventos y privaciones al final de mis días) he seguido lo mismo: al yugo, "en la ñora"... trabajando de diez a doce horas diarias en cosas bien ajenas a la poesía y a la fina literatura.

De todo ello resulta que mi obra de escritor, totalmente del principio al fin, ha sido llevada a cabo de este triste modo: sin libertad, agobiado en la servidumbre del trabajo y de la dependencia y herido en lo más delicado del sentir y del pensar...

Herido, (¡cuántas veces humillado!) constantemente herido... ¿Ha sido, por esto, el venero del dolor, tan abundante?

¡Herido!... ¡Cuántas veces, cuando más elevado me hallaba en un delicado sentir o en un fino pensar, el empellón brutal, o la

coz, me han hecho descender de las alturas!...

¡Cuántas veces — ¡cuantísimas veces! — he tenido que ocultar precipitado (y hasta tembloroso) debajo de una factura o de una carta comercial, aquellas cuartillas en que estaba fresca la tinta de mis versos!...

¡Y no pocas veces me ha sido enrostrada como una falta mi afición literaria!

¡Y vez hubo que, al caer en reincidencia, cogido infraganti, me avergoncé de mis versos... de mi gloria!

Rindo cuentas y quiero dejar bien claras las partidas:

A mi obra literaria han contribuido solamente mis amigos críticos, periodistas y aficionados.

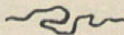
No he tenido ningún Mecenas.

En mis empleos me he ganado el pan "con el sudor de mi frente" y con la amargura de saber que me perjudicaban mis aficiones literarias y mi nombre de poeta.

Repito que no he tenido ningún Mecenas, y si hubo para alguno ocasión de ser Mecnas conmigo, optó por el papel opuesto,

oprimiéndome en servidumbre y haciendo befa de mi culto literario.

A la mayoría del mundo, que es imbécil, mi obra literaria no le sirve para nada; pero conste que yo tampoco les debo nada a los imbéciles.



Informe fiscal á nuestra rendición de cuentas

A un escritor nunca puede juzgársele definitivamente; la prueba de la fecundidad y transcendencia de un artista está en este perpetuo juicio, en esta perpetua interpretación de su obra a través del tiempo.



La historia crítica de nuestra literatura moderna está por hacer; ni han sido puestos a su verdadera luz muchos autores ni, en cambio, puede ser aceptado como valor lícito y verdadero mucho de lo que de otros

poetas y novelistas se ha escrito y elogiado en manuales y monografías.



Se ha dicho que el propio creador de una obra es el menos indicado para fijar su valor y su alcance, para interpretarla; se añade más: que es preciso defender la obra artística de las interpretaciones del propio autor.

Azorín

Prólogo a "Superchería", de Clarín - Biblioteca Estrella.



El poeta en sus glorias

NO compadezcáis a este poeta que os hace llorar o que os subleva el ánimo. Este es un poeta embrollón que os engaña con la verdad y que se las arregla para darse la gran vidorra.

Fijaros en el siguiente artículo que tomamos de la "Revista de El Círculo", de Rosario de Santa Fé. Según malas lenguas (malas lenguas muchas veces son las que dicen la verdad) según malas lenguas, este

artículo está escrito por el propio Vicente Medina.



El mayor encanto de la quinta del poeta está en el aprovechamiento y disposición de las cosas.

Vicente Medina es de una tierra en donde abunda un tipo de mujer humilde que, por lo cuidadosa, limpia y ordenada, se suele decir de ella: “Le luce lo que se echa encima”.

Efectivamente, esta clase de mujer va siempre que parece una reina, y total, su atavío es una falda de percal y un pañuelo de satén. Pero esta mujer es limpia como los chorros del agua y, al revuelo de su andar airoso, se verá la blanquísima enagua y veréis siempre su cabello honestamente recogido y alisado. Y cuando esta mujer lleva el pan a cocer, es impecable el tendido de su tabla y, cuando le pone la mesa a su marido que viene del trabajo, su

mesita tiene un mantel como la nieve y relucen sus platos y las cucharas y un tomate fresco y lavado, que parece una mesa de príncipes... En su casa no hay moscas, ni polvo, brilla siempre enjuagada y fregada con arena y limón la rezumante cantarita de agua fresca y, en el cuarto humilde, bien enlucido de yeso blanco, su cama parece un altar con su remirado cobertor y sus almohadones limpiísimos y almidonados... Y la disposición de las cosas cuidadas por esa mujer ordenada y pulera, y un cierto gusto y gracia, dan realce a la vivienda humilde, que se nos figura un palacio.

Algo de esto sucede en la casa de Vicente Medina: el orden y aprovechamiento de todo elemento, por humilde que sea, y el gusto y la gracia natural de este hombre sentimental y delicado, dan una traza de ostentación a la honesta vivienda campesina.

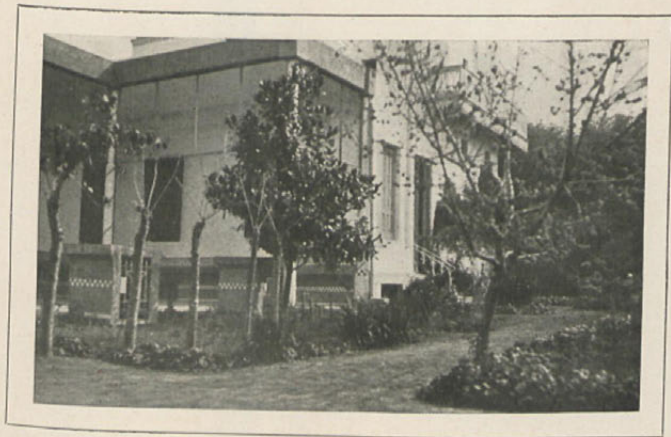
Columnas revestidas de pequeños azulejos cortados, aprovechando azulejos rotos de cocina; un baño morisco y unos surtidos ornados con cascotitos de tazas y platos

rotos; unas vidrieras de colores hecha con restos de vidriería... Construcción, dirección, muebles e instalaciones, todo labor de la propia familia, la cual se compone de industriales obreros... Y todo esto entre muchos árboles, que todo lo llenan de encanto y de poesía y que son la ilusión del poeta por que le dán la sensación de su tierra de Murcia cantada y soñada.

Y de tal manera ha querido trasplantar su tierra aquí Vicente Medina, que dos ranchitos que tiene en su quinta son una copia fiel de las barraquicas huertanas...

Hay detalles muy curiosos en la vida de este poeta que hace compatibles sus más finas aficiones con lo más vulgar y prosaico de la lucha diaria.

Hemos visto a Vicente Medina llevar en su jardinera por la mañana temprano la fruta de su quinta (fresas, duraznos, ciruelas,) a La Despensa, al almacén de Jaime Colomar y al bar "Victoria," y sus flores (rosas, dalias, jacintos, nardos, claveles) al jardín "Japonés" y al jardín "Buenos Aires".



LA QUINTA DEL POETA.

“Quince, veinte y hasta treinta pesos me sa-
co todos los días” dice satisfecho este poe-
ta hortelano y jardinero, a la vez que em-
pleado de comercio.

Cuando hemos estado a visitarle hacía su
vendimia para elaborar su vinico, como él di-
ce... ¡y vaya un vinico!

Delante de nosotros, con toda llaneza, to-
ma cuentas a su sobrino Pascual — que es
como el mayordomo de la quinta — y dá sus
disposiciones.

—Hay que injertar esos duraznos cuyas va-
riedades no nos dan resultado en la venta....
Hay que carpir la fresa... En donde estaba
el trigo, pon, en seguida, maíz cuarentón...
A la tierra no hay que dajarla descansar...
Este año, en la poda, no hay que perder
una estaca de rosal de las clases buenas que
se dan de gajo... Hay que hacer plantas,
muchas plantas, y aumentar las variedades
en todo, y plantar y replantar árboles ince-
santemente.

Y luego su sermón:

—¡Qué lástima! Los hombres no saben

lo que es la tierra, lo que vale la tierra...
¡El mundo podría ser un paraíso!



La vida de Vicente Medina, en su quinta, es patriarcal y dice en la mesa apostólicamente:

—Este pan que comen ustedes es de trigo criado aquí en esta bendita tierra. Y de esta bendita tierra es, también, este vino, este jamón, esta fruta, este queso, esta leche, estas flores...

La jardinera de Vicente Medina — que es un carrito atartanado — es notable y muy conocida. Viene a la ciudad con productos de la quinta y dentro, o fuera manejando, viene el poeta... Y todos los días de fiesta podeis ver esa jardinera venir por las calles de San Luis y Entre Ríos, poco después de anochecer... Trae de la quinta a la familia de Vicente Medina y, en la delantera, viene el poeta con su nieta dormida en los brazos...

Esta jardinera tiene su leyenda en la poesía de Vicente Medina titulada “Reina de

mi nave" que es complemento de otra poesía titulada "La dulce soledad", en que alude el poeta a su amado retiro campesino.



La quinta del poeta tiene otra particularidad: que se ha hecho muy popular.

¿Por qué? El poeta lo explica así:

—Se descuidan las gentes y no plantan árboles: en mi quinta hay muchos... Y aunque las gentes no planten árboles, sin explicárselo, sienten su atractivo y acuden aquí como los pájaros, que también aman los árboles.

Efectivamente, en la quinta del poeta hay muchos pájaros, porque no quiere el poeta que los maten, y los tiene para sentir su alegre algarabía y, como las palomas que tiene también y que tampoco las mata, para verlas volar...



Pero el atractivo de la quinta de Medina

es, además de los árboles y de las flores, la amabilidad del poeta y el ambiente de arte y de espiritualidad que allí se respira.

Y dice Vicente Medina:

—Es que ustedes se sugestionan un poco y sugestionan a otros... Han hecho ustedes una leyenda de esto, y lo que tiene leyenda, tiene poesía y tiene encanto... “El castillo encantado” llamo yo esta casa en una composición del poema “La Compañera”, y es porque yo también me he sugestionado y esto ya está lleno, para mí, de recuerdos, de poesía, de encanto y de misterio...



Además, Vicente Medina tiene en su casa un pequeño tesoro: tiene buenos libros, ropas típicas regionales de su tierra, fotografías y algunos cuadros... Pero, sobre todo, tiene los últimos alientos artísticos del malogrado pintor y primo suyo Inocencio Medina Vera, en bocetos y apuntes que forman un pequeñito pero valiosísimo museo.

Vicente Medina — usaremos un término

cálido de aquí — “la goza” en su quinta.
Oigámosle:

—“Oh tierra, la mayoría de los hombres — ¡y son tus hijos! — ni te estiman, ni saben lo que eres! ¡Lo eres todo, amada mía, tierra mía; provees a todos: a la necesidad y a la belleza! ¡Amigos míos, lo que he gozado y gozo ante el paisaje: los bosques sombríos en los crepúsculos, a las puestas de sol... las alboradas divinas de los duraznos floridos.... ¡Ante algunos de estos soberanos espectáculos y ante las rosas cuajadas de rocío, he sentido a veces el impulso de hincarme de rodillas en arrobadora adoración... ¡Tierra, hermosa mía, amada mía, madre mía!...

—“Por la noche, al venir, veo mi casa, desde lejos, blanquear a la luz de la luna... Y pienso con ternura: Allí está mi castillo encantado... Las noches de vendabal, de tormenta, de frío, de aguaceros, soy feliz: sé que al final de mi viaje, me espera el abrigado puerto... A distancia veo brillar su lucécita en la noche, como un faro alentador... Sí, como un faro... Hombres, pensad en la

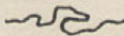
luz de vuestra casita, haced por verla en vuestro espíritu cuando vayais por caminos tortuosos en la noche negra.... Y cuando llego me digo: ¡Señor, qué más puedo pedir? Arde leña en el hogar, tengo mi blanda cama, me rodean silenciosos y amables, sabios libros, cuadros, discos musicales... Y fuera llueve torrencialmente, dobla el huracán los árboles y se encojen los animales acobardados por el frío...

Y esto, lector, es la quinta del poeta, cuyo aroma de flores y de frutas nos dá Vicente Medina en sus palabras y en sus dulces y delicados versos.



Medina aventurero	por José García Vaso	64
Adios a Medina (Soneto)	por José S. Cchocano	66
Pasados veinte años		
Rindiendo cuentas		67
Las alabanzas del maestro		73
Medina editor	por A. García Vaso . .	77
Oyendo a Medina	por José P. Martínez . .	81
Breves juicios	José M ^a . Buck Guillermo E. Calderón Lorenzo de Huesna	83
Intimidades	Alguna correspondencia con Martínez R. (Azorín)	88
Más íntimo y privado		103
Despertando en América (Mi segunda época literaria)		108
Unas palabras al aparecer mi revista "Letras"		112
La poesía del pueblo		117
Pequeñas andanzas del autor novel		125
El poeta novel		134
La admiración al genio		137
Seamos modestos y sinceros		145
"Letras" al final del año 1919		150
Correspondencia espiritual (a Unamuno y otros espíritus)		158
La rebeldía (fragmento de prólogo no publicado)		167
Finalidad literaria		169
El cronista de la ciudad		183
La piltrafa		187
Orientándome		188
El fruto (sobre la crítica)		192
Mis cuatro maneras de producir		197
Aspiración del poeta		199
Propósito		200
Pareceres		201
Manera de sentir		202
El pozo y las aguas		203
Yo no tengo pájaros en la cabeza		206
Al desnudo		216
Datos para la historia		221
Literatura ejemplar		226
Novela		229
La página interesante		231
Intransigencia		237
Inmoralidad del escritor		242
Inmortalidad		245
El momento		247
Sobre la forma literaria		249

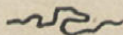
Paisaje	256
La tristeza del paisaje	258
Elasticidad de lenguaje	266
Percepción	268
Aspiración del escritor	269
El tesoro del tiempo	271
El vicio de los papeles	272
El dolor quimérico del arte	273
Sustancia queremos	277
Preceptiva	278
Popularidad	279
El auto-bombo	283
Idealismo y realidad	291
Yo soy feliz	297
Mi cristianismo es romántico	300
Patria y religión en el hogar	302
Yo se de esa pena	304
Mi tendencia comunista	306
Mi sistema penitenciario	312
En la cumbre	316
Yo soy un hombre aprovechado	318
Mis viajes de recreo	324
Mis prendas	347
Mal ando yo de prácticas sociales	356
Contra los que cacarean	365
Hombria	371
Yo no soy yo	373
Inventario	376
Balance general	379
Informe fiscal a nuestra rendición de cuentas	383
El poeta en sus glorias	385



Obras completas de VICENTE MEDINA

Volúmenes como el presente ya publicados:

- I VIEJO CANTAR (*Versos de amor*)
- II ¡PADRE NUESTRO! (Breviario)
- III PATRIA CHICA (*Sentimiento regional*)
- IV EN LAS ESCUELAS (*Preceptiva pedagógica y literaria*)
- V EN EL MUNDO HUERFANO (*Excepticismo*).
- VI LA COMPAÑERA (*Versos - Poema íntimo*).
- VII CONTRA EL DIOS DE LOS HOMBRES
(*¡A trallazos!*)



De estas obras completas de Vicente Medina ya van publicados ocho volúmenes, hasta el presente, y todos ellos eran inéditos. Seguirán unos doce volúmenes más, todos también inéditos, y cuya especificación es la siguiente:

SIN RUMBO (Versos excépticos)

PEQUEÑA GALERÍA (Apuntes)

A LA BUENA DE DIOS (Filosofía ligera)

¡SED TENGO! (Versos-Anhelo del más allá)

NINFAS Y SÁTIROS (Versos eróticos y galantes)

HECES (Del fondo de las cosas)

PAVESAS (Más versos de amor)

CENIZAS (Palabras de amor)

EN EL SURCO (Versos del ocaso)

LA TIRANA (Versos del abuelo)

PLUMAS AL VIENTO (Del bello pensar)

AIRES ARGENTINOS (Estilos)

Correspondencia á Vicente Medina - Entre Rios 958 - Rosario de Santa Fé - R. Argentina.

PEDIDOS

á la Agencia Gral. de Librería Rivadavia 1673, Buenos Aires.
Librería "Fernando Fé" Puerta del Sol 15, Madrid - Librería de Victoriano Suarez, Preciados 48 Madrid.

**ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
M. PIGNOLO & HNO.
SAN MARTIN 585-87
ROSARIO DE SANTA FÉ**



Vicente Medina

FUMMO

AYUNTAMIENTO
DE MURCIA
ARCHIVO

EST.^e 3

TAB.^a A

N.^o 33

VIII